

SU SANTA IRA

NOVELA DE

Fernando García Izquierdo

***A Nicky, siempre;
la fiel compañera que ha
estado a mi lado en los
momentos más difíciles
de la creación de esta
obra; mucho de lo que aquí
aparece a ella se debe***

Fernando G ; Izquierdo
9, rue vernet
78150 LE CHESNAY
Francia

Tel 00 33 139540198

E-mail: fg.izquierdo@yahoo.es

Los personajes de esta novela, aunque basados en la realidad, no corresponden a ningún individuo concreto que exista o haya existido en Valladolid o en otros lugares de España; son por tanto producto de la imaginación del autor. Esto, naturalmente, no es aplicable a aquellas figuras históricas que son citadas por su propios nombres y apellidos, ostentando cargos que de hecho desempeñaron en la vida real española, y cuyos hechos, dichos, escritos e ideas han pasado a ser conocimiento público.

Esta novela es parte de una saga de ocho volúmenes :

- 1 - LA CALLE DE LAS ANGUSTIAS (1931-1936)**
- 2 - LA VIRGEN DE LOS CUCHILLOS (Junio-Julio 1936)**
- 3 - TIERRA DE CAMPOS (Julio 1936-Octubre 1938)**
- 4 - TODOS LOS LUTOS DEL MUNDO (fin 1938 a 1939)**
- 5 - LOS AÑOS DEL HAMBRE (1939-1945)**
- 6 - FELI Y DOROTEA (1945-1953)**
- 7 - SU SANTA IRA (1953-1956)**
- 8 - VA TENEBROSA LA VIDA (1956-1963)**

La acción transcurre en Valladolid y Tordehumos de Campos

**“En cuanto a las escuelas públicas,
se destierra sistemáticamente de ella la religión,
so pretexto de dejarla al cuidado de la sociedad
de los *Amigos de los niños*.**

**No se trata más que de disfrazar para eliminar
automáticamente la enseñanza religiosa.**

**... más aún, se impiden las prácticas religiosas,
organizando toda suerte de festejos escolares
o deportivos precisamente a las horas
en que se celebran las misas.”**

Cardenal-WYSZYNSKY

EL-CALVARIO-DE-POLONIA

PREMISA HISTÓRICA

Marx nos enseña que la historia de las sociedades que han existido en el transcurso de los siglos, hasta nuestros días, es la historia de una **lucha de clases**. En otras palabras, desde el comienzo de los tiempos, siempre ha habido “explotación del hombre por el hombre”, siempre han existido, por un lado, los **oprimidos** (la inmensa mayoría), y del otro los **explotadores** (los privilegiados de siempre, favoritos de la diosa Fortuna.)

Esta forma de sociedad **sin** comunidad de intereses que, como había demostrado Rousseau ya siglos antes, se constituye y sostiene por la fuerza, es pura y simplemente una **sociedad de clases**, clases antagónicas. La manera como una clase explota a otra u otras es por lo general empleando el ejército, la policía, la casta sacerdotal, y toda la retahila se vasallos. No ha avanzado nada en eso la humanidad.

Acontece, sin embargo que en algunos casos, generalmente los países más ricos, se emplea a veces la hipocresía, el embeleco y la ficción donde otros hacen uso de la fuerza bruta, y los oprimidos llegan a creerse todo lo que les cuentan sus amos, adaptándose a la opresión, y llegan a la postre a pensar que están en el mejor de todos los mundos posibles.

De vez en cuando los explotadores deciden dar a la opresión una forma nueva (reforma.) Es decir sólo la forma cambia. Esto se ha dado siempre. La clase explotadora en nuestra parte del mundo lo que ha ido buscando siempre, y muy particularmente desde el fin de la segunda guerra mundial (por aquello de que habíamos luchado contra el fascismo) era y es el someter bien a sus súbditos **sin recurrir a las armas**. Se llegó al paroxismo de la hipocresía, hablando de estado de derecho, un derecho fabricado por los usurpadores para perpetuar la explotación. Para ello se necesita establecer de cuando en cuando una forma nueva de opresión. Una **apariencia** de democracia. Con todo el cuento de las elecciones libres, los derechos humanos, la libertad de hablar y escribir... y toda la retahila.

España siempre ha sido, en mi opinión, un país diferente. Siempre hemos sido un pueblo colonizador de otros pueblos, pero a pesar de ello paupérrimo. En nuestro país siempre o casi siempre se ha dado el despotismo. *Y en el despotismo las leyes se dictan siempre para oprimir*, como señalara Montesquieu. Ahí están nuestras leyes de las presentes y pasadas épocas.

Más particularmente, y refiriéndome a las últimas décadas, desde nuestra guerra (que con el apoyo del nazismo alemán, el fascismo italiano, y las plutocracias del mundo ganó el general Franco), los españoles no hemos conocido mucho más que la dictadura y otras formas de opresión. En los tiempos más duros del franquismo, al súbdito se le privó de todo derecho, incluso el de **pensar**. Luego el poder empezó a hablar de “democracia orgánica,” y vinieron Ullastres y sus amigos, que suplantaron al camarada Girón y su banda de aguerridos Defensores de la Fe.

En esta novela yo he tratado de dar una idea de esa época, que algunos llamaron ‘la transición’, describir al pueblo español, en mi patria chica, donde un número de mujeres y hombres generosos y valientes decidieron que lo que hacía falta era **la lucha** por el cambio.

CAPITULO 1

Fue rompiendo poco a poco Dorotea con todo el mundo: vecinos, parientes, tenderos, conocidos, antiguas amistades. Hubo excepciones, naturalmente. Con el marido no llegó nunca a romper, lo que se dice romper. Habían tenido sus más y sus menos a lo largo de una vida en común que probablemente estaba siendo demasiado larga, pero ahora eran uña y carne: se necesitaban uno a otro, aunque nada más fuera para darse palos. A lucha diaria salían ahora. Era un sentimiento mutuo de odio y de rencor, cada uno buscando vengarse en el otro de todo el mal que había encontrado en la vida y que cada cónyuge de alguna manera identificaba con la persona del otro. Aparte de las visitas que periódicamente le hacía Feli, la única persona con quien mantuvo Dorotea una relación normal aquellos días fue la antigua vendedora de pipas y caramelos, la señora Amparo, que había sido su enemiga declarada durante la guerra y aún esporádicamente después, un regular tira y afloja. La pobre pipera era ya tan ancianica que, de puro escurrimizada y encogida, apenas se la veía entre sus vestidos, colgajos y mantones negros.

En cuanto a salir de su agujero, ya bien poco. Un cuadrilátero entre el Mercado del Val, el del Portugalete, la Fuente Dorada y Platerias constituía su mundo. Con una sola excepción: pues iba de vez en cuando al cuartel, a por el rancho. Lucito pasaba muy de tiempo en tiempo, y dejaba algunos billetes a sus pobres padres necesitados, que se lo gastaban en seguida en vino.

Gonzalo Beltrán venía de vez en cuando a verla, y la traía regalos que, por modestia o humildad, decía que eran para los niños: golosinas y esas cosas. Una vez incluso la enseñó muy animado una fotografía antigua y degastada, color sepia, de cuando eran unos jovencitos en Tordehumos. Era como si en lo más profundo de su ser todavía existiera el sentimiento, que nace en la adolescencia, cuando por primera vez siente uno el deseo de abrazar y besar a una bella muchacha de su misma edad: sentimiento purro, de amor. El cual había sido su caso, ciertamente, durante aquellas tarde largas, sudorosas, de la siega, a una de las cuales correspondía la fotografía.

“Para mí, un precioso recuerdo,” dijo, “de cuando eramos muchachos, tú que vivías en el pueblo y a donde yo venía cada verano, ¿ya te acordarás?”

Imágenes queridas de la infancia, los veraneos, las cosechas, el sol tórrido de julio, grandes sombreros de paja, las noches de trilla a la luz de la luna, juegos de amor; la Dorotea de entonces, aquella muchachita sana, rápida y feliz, ¡oh, tan hermosa!

Sí, su primo venía a verla. No mucho, pero una vez al mes por lo menos y, extraño es decir, se sentía en esos momentos rejuvenecer, había de cuando en cuando una sonrisa en sus labios.

CAPÍTULO 2

No quita que, al cabo, se quedó la pobre Dorotea muy sola, según iban haciéndose unos y otros paulatinamente ancianos.

Con el primero en romper fue con su tío don Urbano Jiménez Jiménez. Después de aquel memorable día de la manifestación de adhesión al Caudillo y a los Principios del Movimiento, cuando lo del embargo de la ONU, estuvo Dorotea yendo a ver al viejo durante un par de años como una vez al mes: a ver si le sacaba unas peseticas, que tanta falta le hacían. Sabe Dios cómo se las apañaba, pero siempre metía la pata.

“¡Ay, tío, me lo descuenta usted de la herencia!” decía.

Y el resultado era irremediamente que le dejaba al pobre anciano en un estado de agitación y nerviosismo verdaderamente lamentable. Una impertinente. Nunca fallaba. Y como el anciano no estaba ya para trotes, Berenguela misma tomó la decisión un día de no abrir más la puerta a la sobrina. En adelante cuando sonaba el timbre (y que al abrir la mirilla, veía el ama de quién se trataba) sencillamente le decía que lo sentía mucho, Doro, que su tío estaba enfermo y que no podía recibir a nadie; y la dejaba en el descansillo aunque protestara. Pues Dorotea naturalmente no lo aceptaba así como así. “¡Jesús me valga! – decía -. Si no voy a poder entrar y ver a mi tío, malico como está.” Volvía a llamar. El ama quitaba los plomos para que no sonara el timbre, y ella daba unos golpes descomunales en la puerta, que no parecía sino que iba a hacer añicos el vidrio de la mirilla. Tenía derecho a ver a su tío, ¿no?, un tío carnal así, hermano de su difunta madre, que en la gloria estaba, que de su propia sangre y todo, y que eso no era para esconder ni hacerle mala cara, ¡vergüenza les debería de dar! Amenazaba al ama, diciendo que se vengaría, y la insultaba, llamándola ‘palo seco’, más fea que picio, chocho viejo, y que en cuanto asomase la jeta le iba a tirar de esa nariz aguileña, y que la conocía muy bien. Otras veces, llegando de improviso a una hora más temprana, en cuanto abría la mirilla Berenguela, metía Dorotea un palo entre los hierros, y llamaba al tío a voz en grito, diciendo que no se preocupase, que venía a sacarle de aquella ratonera, y que se levantara y viniera

a abrirle la puerta, que la Beren no quería más que envenenarle para quedarse con la herencia. Hasta que aparecía la portera del inmueble, y le invitaba de muy mal talante a que se tomara las de Villadiego. Dorotea obedecía, excitadísima, temblando de rabia y de espuma, llamándoles a todos ladrones y tiñosos, diciendo que venía a visitar a un enfermo, y que eso era el pago que le daban, ¡maldita la hora en que le tocó nacer en una familia así, todos unos cucos degenerados y avaros indecentes!

Era la época en que todavía no había abandonado por completo su aseo, y al llegar al portal, después de haber dado el concierto en el descansillo del principal, se paraba delante de un espejo muy grande que allí había y se arreglaba el moño. La portera, que era una verdadera harpía, bicho y veneno como todas las de su oficio, se plantaba delante de ella mirándola, como si estuviera dudando entre darle palique o arrojarla inmediatamente a la calle. Optó por la primera alternativa. -¡Ea! Que no es pa tanto, señora Doro. No se preocupe que a lo mejor pa otra vez la dejan entrar, que no se conquistó Zamora en una hora.

Dorotea daba un berrido, y ya estaba enganchada la conversación.

-¡Ay, no se ponga ustez así! – dijo la portera, en plena complicidad ahora con la sobrina de su inquilino -. Que otra vez será. Si no, diga. – Y, habiéndola de esta manera azuzado lo bastante, esperaba la buena hembra en silencio, a ver si entre un montón de disparates, que de seguro iban a venir, soltaba la Doro algún secreto de la vida de don Urbano, que luego podría ella ir contando a las otras porteras del barrio, a cambio de similares sabrosas confidencias que pudiera recibir de ellas.

Tomó la costumbre Dorotea de pasar por la portería cada vez que bajaba derrotada en su intento de ver al tío. Y tan acaloraba entraba que apenas podía articular palabra, y la portera le hacía que se sentase en una silla. Y mientras la otra recobraba el aliento, ella le decía que no se pusiera así y que qué equivocada estaba en sus suposiciones; que Berenguela no era una tirana, al contrario, una verdadera ama de casa era; y que don Urbano era una bellísima persona, que lo sabía ella de muy buena tinta. Era lo que le hacía falta a Dorotea para empezar a despotricar una vez más. Y terminaba por llamar a su tío asesino, contando de paso una serie de bolas y semi-verdades que aquella misma tarde harían las delicias de todas las porteras del barrio.

Con el tiempo, aunque continuó viniendo a la Calle Platerías (número "del 6 al 12"), dejó de dar Dorotea esos escándalos tremebundos en la escalera, y reservaba todo su genio y toda su maldad para cuando entraba luego en el cuchitril de la portera. Le dolía mucho (le contaba a ésta) que le tratarasen así. ¡Jesús!, ¿a dónde íbamos a parar, era eso educación? Prohibirle a una sobrina carnal que entrara a ver a un tío enfermo; que ni siquiera se sabía, la nariguda esa, las Obras de Misericordia. Lo dicho, no había ni vergüenza hoy día. Que eran todos unos pecadores y que encima le hacían pecar a una, que se fijase lo alborotada que se había puesto. Eso es lo que tenía el vicio, que a la virtud era lo que más odiaba el pecado.

La portera, que era muy cuca y había de antemano dejado bien abierta, aposta, la puerta de su cuchitril, por el momento no soltaba palabra, toda ella hecha oídos. A veces incluso le sacaba un vasito de vino a la Doro.

-Pero ¿qué se pué esperar de una pareja de paganos pecadores como esos dos? – soltaba redondo Dorotea - ¿Pecadores, digo? ¡Más debía haber dicho!

Y como la portera hiciera un gesto de incredulidad, diciendo "¡Bah!" o "¿Pues qué?", proseguía Dorotea :- Que sí, mujer. Si vivían en el pecado. ¡Ah! ¿Pero no lo sabía? Pues que dormían juntos, portera. Si era eso ya muy sabido, ¿no sabe? Menuda la de guarrerías que le había hecho al amo la nariguda esa en Tordehumos: en la cama matrimonial, no se crea; que estaban aún calientes las sábanas de la difunta, y ya ve lo que hacían. Pero mejor no seguir hablando. – Apretaba los labios, y la otra volvía a soltar un monosílabo.

-Pues sí, portera, lo que le he dicho. Y no me haga decir más, que no quiero hablar. Que no tengo ganas de hablar mal de nadie. ¡Ay, si me pusiera yo a contar, madre bendita! Tendríamos aquí hasta las tantas de la noche. Pero hay cosas que no se puén mencionar, ¿no sabe?

Otras veces iba directa al asunto. Entraba en el cuchitril, se sentaba dando cara a la portera, y decía: -¡Ay, lo que le podría contar de esos dos, portera! Cosas horribles, de verdaz.

-No lo serán tanto, digo yo. No me lo creo. Son envidias.

-Que sí. Si lo he visto con mis propios ojos, mujer. Pero mire, prefiero callarme, que a mí nunca me ha gustao criticar a nadie o saber de vidas ajenas, se lo aseguro. Mujer, si valgo yo mil veces más que la pendón esa del ama, ¿por qué la voy a tener envidia? Que no, que no, portera, que no voy a rebajarme a criticarlos. Que más que los dos juntos valgo yo, aquí, donde me ve. Al menos yo no he robao a nadie.

-Pues ¿qué? – inquiría la portera, abriendo asustada los ojos -, ¿ellos han robado?

-Sí, mujer, ¡ah!, pero ¿no lo sabe? – contestaba Dorotea, acercándose para soltar el rollo en un susurro. Y le contaba a la portera toda la historia de sus parientes de Tordehumos hasta la cuarta generación, inventando de paso, y con sorprendente facilidad, los cuentos más fantásticos que le venían a la cabeza -. Pues sí, claro. Si él **no** es rico, ¿sabe? Si la riqueza viene de la otra rama de mi familia, los Plateros. ¡Esos sí! Si los Jiménez siempre han sido unos muertos de hambre. Fue la tía Isabel quien lo trajo todo con la dote, ¿no sabe?

-¿Quién es la tía Isabel?

-Pues su difunta esposa, ¿no le estoy diciendo? Y de ahí es de donde le viene a ése el dinero, y enluego que le robó mucho a mi padre, que era su cuñado, ¿no sabe? Hermano de mi bendita madre. Pero atienda, que se lo cuento todo, que hasta a matar ha llegao.

-¿Quién?

-Pues él, ¡no le estoy diciendo!

-Esagera.

-¡Que sí!, que hasta a matar ha... ¡pero bueno! No se maraville así, que no esagero. Que ahí donde le ve, que parece una mosquita muerta, pues con decirle que tiene sangre en las manos, todo.

-¿Cómo es eso? ¡Si parece tan buenico!

-Pues que parezca bueno o no, bien malo que es. Pues, ¿no le estoy diciendo que son sólo apariencias? No, no me diga que ése es bueno que no se lo consiento. Al contrario. - Se calló Dorotea para tomar aliento, y como la otra moviera la cabeza, negándolo, continuó enfurecida -: No me cree, ¡eh! Pues ¡ay, lo que le podría contar, para que viera! Con decirle que entre los dos envenenaron a la esposa, conque fíjese. ¡Que sí, mujer! Que fue ella la que le convenció. Qués puro veneno ésa, una verdadera harpía, ¿para qué decirle más? Que los del pueblo ni siquiera se enteraron, de lo dañinos que son los dos y lo bien que lo hicieron todo. ¡¿Viudo?! Sí, sí. Si fue él, boba, quien envió a mi tía Isabel al hoyo de disgustos. Menudo el avío que le hizo a ése la viudez. A los dos, mejor dicho. Que enzarzados estaban ya, boba, con la esposa enferma en la cama y todo. Que mujer enferma mujer eterna, como dice el refrán. Y ellos es lo que debieron pensar.

¡Esagerada! –volvió a decir la portera.

-¡Que sí!, si hasta dormían juntos. Y deseando que se les muriera, ¿no le digo? Pues pa poder pasar juntos toas las noches, ¿no sabe? ¡Ay!, pobre tía Isabel, que en paz descansa, con lo buenica y lo guapa que era; que no es que yo lo diga. Y mire, que aunque a mí no me tocaba nada, bien que me quería, que me quería como a una hija.

-Y, todo eso que me dice, ¿está comprobado?

-¡Ay! Si fue un escándalo, mujer, el ver lo repamplado que se quedó a la muerte de su esposa. Que se les veía ya tan enamoradicos. Que estaba todavía de cuerpo presente, y el señor viudo con el ama ya haciendo uso del matrimonio, como quien dice, y en la mismita cama de la otra, ¿no le digo? Fíjese si no es decir. Que no hay ya ni religión ni vergüenza en este mundo, ¿qué le parece?

De nuevo la portera hizo un movimiento vago, esta vez con el hombro, y Dorotea repitió: - ¡Ay, lo que le podría contar! Pero no quiero seguir, déjeme.

La portera, temerosa de que terminase allí la historia, dijo: - Bueno, bueno. Eso sí. Pero llegar hasta el asesinato, eso no me lo creo, que no, y que no.

Lo cual era como añadir pólvora al fuego. - ¡Que sí, portera! Que usted no sabe de la misa la media. Que no son chismes, se lo digo yo. La pura verdad es; si fue *ella*, para más razón, quien compró y la administró el veneno. Pues pa quedarse con el marido, boba. ¡Un hombre rico así! Si es que lo ha tenido como hechizado desde que entró en esa casa de criada, ¿no sabe? ¿No la ve la cara de bruja que tiene? Que hasta creo que ponía velas al diablo cuando la otra estaba haciendo cama enferma, y todavía las pone ahora. Créame, portera, créame; pues no ve que he vivido con ellos dos en el pueblo, y a mí no me puén engañar, ¡si lo sabré yo!

CAPÍTULO 3

Otras veces la furia de Dorotea volcábase sobre la persona de su primo hermano Florentino Beltrán, el cual hacía aquellos días el papel de favorito del anciano. -¡Menudo es ése! – decía -. Que ya se habrá dado usted cuenta, portera, que viene cada dos por tres a verle al tío, ¿no? Pues ¿qué se cree usted que viene hacer? Pa quedarse con la herencia, boba. Ése lo que es es un ave de rapiña, que los curas siempre barren pa dentro. Y mire usted, portera, cómo a ése no le impide la entrada la alcahueta esa del ama. Pues pa repartirse la herencia y que nos quedemos los demás a dos velas. Mucho criticarle por detrás, pero a la hora de la verdad, a darle bien el paripé. Que están los dos compinchaos, boba, que se lo digo yo. ¡Vaya una Beren! ¡Hipócrita, más que hipócrita! Y su amo aún peor, que está envenenado por el Florentino. Tanta confesión y tanta comunión diaria, ya se sabe. Y pensar que ella lo consiente todo, ¡Dios mío!, que se preste a esos juegos con el jesuíta falso ése. Pues que tenga cuidao, que se lo va llevar él todo y ella se va quedar con dos palmas de narices. - Y terminó soltando una carcajada -. Mire, ya hablaremos más otro día. Adiós.

Con Santiago ocurrió otro tanto. Aunque no hubo una ruptura formal entre los dos, pues la temía el hermano más que a la sarna, y nunca ni por casualidad venía a verla, se apañó de algún modo Dorotea para romper también con él. Vivía Santiago en el barrio de Santa Clara, donde la señora Eleonora tenía su establo de cinco vacas. Y aunque Dorotea no salía nunca de su propio barrio de las Angustias, iba chillando los insultos por ahí de tal manera, que todo el mundo se enteraba. ¡Eleonorita, su cuñada, era una chalada; y el Santiago, un desgraciado! ¿Por qué le había tocado a ella tener una familia así, ay, Dios mío? Todos unos desagradecidos. Con lo que ella había hecho por su Santi, Dios Santo, que menos el darle a luz, todo. Si había sido ella una madre para él, conque fijense. Ella era la que le había criado y había sido todo para él, todo todito: hermana, madre, padre y mil cosas más. Una sacrificada, eso es lo que ella había sido siempre. ¡Cuántas horas de su juventud no había perdido ella a causa de ese bebé! Y miren ahora el pago que le daba. Que ni un céntimo soltaba. Que la veía así, arrastrada y pobre como estaba, y no venía a ayudarla ni la enviaba nada. Ya podía toda su familia morir de hambre, que Santi, ¡cómo si no existieran! Con lo buena que había sido ella siempre con él, que tenía ese hombre

que estar besando la tierra por donde ella pisaba. Porque Antonia y Felicitación, nada: en seguida a casarse e irse a otras partes; y Paloma, un cero a la izquierda. Era ella, ella sola, que lo decía muy alto, la única, que se había cargado con el mochuelo. Pero ella tan gustosa, con tal de haber hecho aquel sacrificio por un hermanito huérfano que ahora la quisiera y respetara. Era su deber de hermana, no lo negaba. Y no había más que hablar. Pero ¡que viniera ahora ese desagradecido a despreciarla así! ¿Qué le costaría venir y darle unas pesetillas, con lo que él ganaba en el Diario?

Una vez, alguien le dijo que si se arreglara un poco y se pusiera guapa como antes, que a lo mejor vendría el hermano a verla, que así, tal como estaban las cosas, siempre tan mal vestida, que quizás le daba reparo al Santiago, el cual era todo un señor.

-Pues ¿qué? – ella respondía furiosa -, ¿le da reparo el verme porque soy pobre? ¡Vergüenza le debería de dar! Si somos pobres, pues por eso mismo tenía que venir a vernos. Y no, pagarme así, después de tanto sacrificio. ¡Una madre!, que menos llevarle en el vientre, todo. Y ¡que le dé ahora vergüenza decir que somos hermanos! Pues hermanos es lo que somos, ¡coña! Además, pobre o no pobre, yo no me cambio por nadie, que bien honrada que soy, y de la pobreza no tiene que avergonzarse nadie. ¡Bah! Qué se puede esperar, si de desagradecidos está el mundo lleno. Si ya lo decía mi abuela, cría cuervos que te sacarán los ojos; porque mi Lucito, el mismo pago me está dando, ¿no saben? Con lo que yo he sufrido por ellos.

A veces, le decían las amigas del corro que no se quejase tanto, que bien sabía ella que Santiago siempre les había ayudado mucho, sobre todo a los niños, y que quizás ahora tenía mucho trabajo para andar viniendo a las Angustias. También podía ella ir a verle a Santa Clara, ¿no?

-¡Yo! ¿Desplazarme para ir a verle? ¡No faltaba más! No, si para mí es que es ella que le aparta de mí. ¡Si mi Santi no era así! Si es la zascandil ésa, que está loca de atar. Las dos, la hija y la madre, locas como cabras. Que no es que yo lo diga, que aquí está la señora Amparo que ha conocido a la lechera desde antes de la guerra. ¿A ver si no? Y ¡que venga una cuñadita así a impedirle a un hermano que nos venga a ver, eso clama al cielo! Que sí, mujer, que antes de casarse venía a cada dos por tres. No le digo más que

denantes, pa la Navidad, siempre llegaba mi Santi con regalos para los mellizos..., y ahora, cuando más lo necesitamos, si te he visto no me acuerdo, que no hay derecho.

Si por casualidad pasaba por allí Eleonora la madre, que tenía la lechería en la Calle de las Angustias, chillaba para que lo oyeran todos: - ¡Sí, sí! Que es ella la que tiene la culpa, mi cuñadita, questá neurasténica perdida. ¡Si mi Santi no era así! Es ella la que se lo impide. Mi hermano no, que me quiere mucho. Que la sangre no se pué negar, ¿no saben? Pero por desgracia no es él el que lleva los pantalones en esa casa, ¡mariquita! Y ella una marimandona, que vergüenza les debería de dar a todos, Y que paren ya de tener hijos, que como salgan como ella, todos unos majaretas; que van a tener pa llenar un manicomio.

Se enemistó también con los tenderos, los vecinos de su propia casa y los de las casas de alrededor, los pordioseros que se pasaban la vida en el atrio de la iglesia, los dueños de los puestos y los vendedores de la plaza del Portugalete: a todos despreciaba, y todos la despreciaban. Paraba a todo el mundo para platicar, a todos les contaba cuentos y a todos pedía algo; y con todos o casi todos terminaba riñendo por unas cosas u otras.

Con Fermín, el carbonero, riñó a causa de Abundio, el joven inocente que le partía las astillas y subía los sacos de carbón a las casas. Se empeñó en decirle que explotaba a su ayudante como a un negro, y que no le pagaba nada; aunque no era verdad, pues recibía el muchacho un duro a la semana. El flemático señor Llorente al principio miraba a su vecina con desprecio, y no le decía nada. Pero cuando ya se pasó Dorotea de rosca, diciéndole que lo iba a denunciar y esas cosas, la amenazó con darle un día con el hacha en la cabeza, y Dorotea cogió miedo; y todo lo que ganó la pobre con sus exabruptos fue que, en adelante, tuvo que ir con su cubo por el carbón y las astillas a la carbonería de la Calle Esgueva.

Pero no escarmentaba. Tenía que reñir con todo el mundo. Lo mismo que ocurrió con Fermín, le pasó con el señor Cipriano, el de la tienda de ultramarinos. Al cabo de un cierto tiempo se negó el gordinflón a darle las raciones al fiado, pues decía que si Lucio y Dorotea gastaban tanto en vino, también podían pagarle a él por sus garbanzos, alubias y lo demás, ¿no? Ella le insultó diciendo que se quería quedar con las raciones para venderlo luego a los estraperlistas, por eso, y robar al prójimo. Entonces él dijo algo que le

dolió mucho a Dorotea. Sabía que su hija ahora lo ganaba bien, y añadió, con una risotada, que bien podía la Feli pagarle las raciones, ¿no?, con el querido que tenía. Dorotea contestóle que no era él quién para meterse en la vida y trabajos de su hijita, cacho ladrón, que no pensaba más que en estraperlear y dar medidas falsas, y que se lo iba ella a chivar a la Fiscalía de Abastos para que le metieran una buena multa y aprendiera.

Con doña Margarita, la del estanco, riñó porque nunca le daba los “Buenos días”, cuando se cruzaban así en la acera. Y recordando que ella había sido la dueña del local, cuando tenían la ebanistería, la llamaba birladora presumida, que le habían dado el estanco porque era viuda de militar, y no por sus propios méritos, ¡qué era eso de pasar alzando así la nariz, hocico de raposa tiñosa, delante de la gente honrada, como si ella apestará!

Si veía a don Segundo, el cura párroco, que salía por la puerta de la sacristía después de haber dicho misa o rezado una novena, se iba detrás de él y, con toda la cara dura del mundo, le pedía que le prestase un duro; y si se lo negaba, en seguida bajaba a una pesetilla. Y si todavía respondía el otro con la negativa, le soltaba un bocinazo que retumbaba en toda la calle. Aunque sabía el señor cura que Dorotea ya no iba ni siquiera a misa, dictó un bando solemne prohibiéndola entrar en la iglesia, incluso cortándola el paso al sacramento de la comunión, que era el mayor castigo que podía concebir el cura.

También paraba Dorotea en el medio de la calle a cuantas religiosas cruzasen por su camino, pidiéndoles una limosnica; y si se figuraba que eran del convento donde había estado su hija, y le negaban ayuda, se iba cojeando detrás de ellas, llamándolas: “¡Hijas de la Caridad, eh! Hijas de puta os llamaría yo. Que os conozco, que habéis tenido a mi Feli de esclava hay que ver la de años, pendejos, más que pendejos, que a Dios rogando y con el mazo dando, ¿eh?” Las mojititas la miraban espantadas, como si se les hubiera aparecido de repente el mismo Satanás; y cuando, por ser más jóvenes, lograban distanciarse un poco de aquella loca, se recogían un poco las túnicas, y pies para que te quiero.

CAPÍTULO 4

Aquella furia y aquel denuedo iban a durar bien poco. Se cansó la pobre, devino menos alborotadora, menos chillona, apagándose poco a poco, dando paso a una Doro tristonra, melancólica. Fueron los guardias los que se encargaron en seguida de hacerla entrar por el aro.

La llevaron más de una vez a la comisaría. La dejaban que se pasase unas horas encerrada en el calabozo (descansando de una paliza), y cuando la soltaban estaba ya más suave que otra cosa. Pero eso fue más tarde. Al principio los palos no servían para nada. Ella seguía tan indómita. Era para los agentes como predicar en un desierto, o machacar en hierro frío.

-¡Ya veréis, ya veréis! – les gritaba ella entre lágrimas y gemidos -. Que tengo un cuñado policía; y veréis cuando vuelva a Valladolid, ¡la que os va a dar!

Pero ellos lo tomaban a guasa. La vez siguiente (cuando ella volvía a la carga, despotricando contra unos y otros), le daban otra vez un par de palos, y un nuevo encierro. Como si nada. Los mismos agentes se desesperaban: ya no podían más. – Con la Doro no hay nada que hacer – se lamentaban -; es más burra que un arado.

Empero, hasta a los brutos más irracionales se llega a veces a domesticar, como es bien sabido. Y suministrando día tras día una nueva dosis de golpes hay quienes llegan a hacer milagros.

-¡Dejadla! – exclamaba convencido el inspector encargado de la represión del banditismo -. ¡Dejadla que despotrique, que ya la iremos encarrilando!

Era cuando Dorotea se metía con doña Juanita, esposa del general Argamesilla, que le llovían los palos a la pobre en las espaldas que era una bendición. Era sin duda esta ilustre dama la persona a quien más odiaba Dorotea, y para quien reservaba sus insultos más acerbos. Cosa rara, a decir verdad, pues era la ‘generala’ una mujer que nunca se había metido con ella, ni le había causado ningún mal. Al contrario, siempre la había colmado Juanita de dádivas y favores desde aquel día de mayo de 1939 en que había

llegado, una pollita, a ocupar el tercer piso de la casa en que vivía Dorotea. Mayor razón para que la detestara desde el fondo de su alma.

-¡Pendejo, más que pendejo! – le gritaba en cuanto la veía salir del portal en dirección del automóvil oficial que llevaba algún tiempo esperando -. ¡Qué! ¿De compras, maja? ¿Y pa eso necesitas el coche del marido? ¿Quién te has creído que eres?

O bien le decía: - ¿Qué prisas tienes, mujer? ¿Es que no puedes decir hola a las amigas? ¡Vamos, quién lo diría! – Y cuando ya se alejaba el coche, ella se apartaba, murmurando -: ¡Ah Juanita, Juanita, quien te ha visto y quien te ve!

Otras veces se plantaba Dorotea en el medio de la calzada, y mirando a los balcones de los Argamesilla, allí en la Plaza Onésimo Redondo, esos balcones semicirculares haciendo esquina con Queipo de Llano, chillaba con toda la fuerza de sus pulmones: -Asómate, maja, que nunca das la cara estos días. ¿De qué te escondes? – Y si estaba de buen humor soltaba una carcajada, añadiendo -: No te hagas tanto de rogar, hermosa, asoma un poco la jeta, ¿quieres? - Luego se volvía hacia los viandantes y empezaba a dar palique a unos y otros, filosofando -. Eso ya se sabe, si se esconde por algo será – decía –, que el que se pica ajos come; que yo bien la conozco, ¿no saben? Y sé que ésa como la zorra: mudará de pelo, pero de costumbres no. Mucho auto, mucho vestirse de pieles, y ¿para qué? La mona aunque la vistan de seda, mona se queda.

La pobre Juanita la temía más que a un terremoto, y no sabía qué hacer para evitar un escándalo. Pensó al principio que, si no hacía caso a esa loca, terminaría por cansarse, y que se iría con la música a otra parte. No dio resultado. Al contrario, Dorotea se sentía aún más ofendida por el silencio y timidez de la otra, que ella equiparaba a un nuevo desprecio.

-¡Qué pretensiones tienen algunas! Se cree que por estar casada con un militar me voy yo a callar. Que macuerdo de haberla visto que era una verdadera... pero mejor será callar.

Así decía, y sin embargo seguía hablando, y no tardaban en aparecer los guardias que, sin cumplidos ni miramientos, otra vez la conducían a donde la iban a hacer mucha pupa. Pero ella, tan orgullosa. - ¡Sin empujar, eh, sin empujar! – les decía, estirándose como una ciudadana -. Que ya sabéis que tengo un cuñao policía, y que le han ascendido a comisario, pa que os enteréis.

Y así, estiradita, vociferando todavía, entraba la pobre en el calabozo, de donde saldría un par de horas después, magullada y dolorida, pero tan rebelde.

Algunas veces estaba esperándola a la salida de la comisaria la inseparable señora Amparo, que al enterarse de que se la habían llevado los guardias, había corrido a preguntar por ella (abandonándolo todo, que no era mucho) y se había quedado esperando allí hasta ver si salía la amiga.

Volvía Dorotea a casa muy despacito, apoyándose en el hombro de la anciana, y de tal manera lo enredaba todo el diablo que, aunque en el fondo de su alma no lo deseaba, al pasar por delante de la casa donde vivía la 'generalá', veía algo que le hacía pararse, y volvía a las andadas.

-¡Portera! – chillaba, sin poderse contener.

-¿Quién me llama? - venía la respuesta del cuchitril de debajo la de escalera.

-Yo, portera – respondía Dorotea con la poca fuerza que le quedaba -. Venga que le cuento un cuento.

-¡Ah, de nuevo ez la condená de la Doro! – decía la portera saliéndole al encuentro muy flamenca, como todas las de su raza -. Puez aquí no hay zitio pa la gente de zu ralea, le he dicho. ¡Hale! Zálgaze uzté a la calle. ¡Lárgueze!

-Ande – respondía Dorotea con calma -, acérquese que le voy a contar algo que le va hacer reír.

-Yo no tengo por qué acercarme – decía la portera, que no obstante se acercaba -. Que tengo yo mucho que haser, y ya lé dicho que ze vaya. – Y se quedaba cruzada de brazos, pidiendo en su alma a Dios que se le desatara la lengua a esa loca, a ver si podía enterarse ella de algo. Era malagueña, y de muy mala estopa; y, aunque en apariencia objetaba, siempre le daba palique a la Doro, al objeto de enterarse bien de vidas ajenas, sobre todo si eran inquilinos de su propio inmueble.

En otra ocasión, acompañada igualmente de la vieja Amparo, se asomó Dorotea al portal, gritando: - ¡Portera, portera!

Salió la andaluza, los brazos al aire, las manos detrás de la testa, arreglándose un poco el moño, muy chulona: hermosota, a pesar de esa cara, picada de viruela - ¿Qué paza?

-Que no venga usted dándose aires de esquisita, nada más que porque tenga inquilinos ricos, que le podría contar yo cada cosa. Y sin ir más lejos esa doña Juanita del general, que no sé de dónde ha sacao ésa el 'don', que yo la he conocido...

-Bueno, bueno, que no quió zaber de vidaz ajena: no me zaque a relusir...

-¡Ay madre, que melindres es usted! Si no paece del oficio – replicaba Dorotea; y por no razón aparente se ponía a reír entre los dientes.

-Pos ezo. Váyaze con zu chismez a otra parte – decía la otra, haciendo un movimiento con los diez dedos, como espantando a un perrito.

Dorotea le soltaba, enfurecida: - ¡Oiga, tía flamenca! Que a mí no me espanta nadie, como si fuera una cualquiera, ¡eh!, que se lo advierto.

-¡Lárgeze!

-Mujer, ya me voy. Pero sepa que a ésa que le he dicho se lán pasao por armas..., bueno, ¡si lo sabré yo! Así que no presuma de inquilinos de postín.

-No me intereza.

-Hasta al limpiabotas del Café Cantábrico he visto subir yo por la escalera a su piso en las Angustias, conque fíjese: un hombre tan sucio y tan negro, ¡esas manos!

-¡Ezagera! – exclamaba la portera, haciéndose la incrédula -. No zerá tanto.

-Mire, que nos conocemos desde hace ya muchos años, y usted bien sabe que no esagero.

Cada vez que asomaba Dorotea la jeta en el portal, la portera, saliéndole al encuentro, no hacía más que decir, "Ande, váyaze," "Que no, que no quiero oír más, lé dicho," "Tó son mentira y ezageracione." Pero no se movía del sitio.

Una vez Dorotea llegó a jurárselo por sus difuntos. – Se lo juro por mi madre, que en la gloria está – exclamó -. Que me caiga aquí muerta si miento. Si estoy cansada, mujer, a verlo..., una de hombres subiendo...

-Que le va a castigar er Zeñó. Quezta uzté jurando en vano quez un pecao mortar.

-A mí qué me va a enseñar usted lo que es pecao o no. Ya soy yo mayorcita pa que me quiera usted dar lecciones, ¿sabe? A la que le va a castigar er Zeñó, como dice, es a ella, que estoy cansada, mujer, de verles llegar a todos, que vivía en el piso de arriba.

La portera, que comprendió que ya estaba embalada Dorotea, se calló como una puta, después de haber murmurado un "Uzté, erre que erre" muy quedo, para no interrumpirla.

-¡Ah! ¿Pero no lo sabe? –prosiguió la otra - Si su madre era ya una fulana, que no llegó nunca a saber ella quién fue su padre; y su agüela, iden de lienzo. Ande, no me haga usté comulgar con ruedas de molino, que aunque me diga que ésa es toda una señora, no se lo creo. ¿No lo voy a saber yo? ¿No le estoy diciendo que éramos vecinas? ¡Ahí mismo, boba, en la acera de enfrente, usté bien lo sabe, unas cuantas casas más abajo! Pues eso, el tercero. Si era aquello una procesión, mujer, y ¡que me lo vaya a negar ahora!

-¿Todavía con la mizma monzerga? Ya le he dicho que no quió zaber nada, ¡váyaze!

Pero Dorotea no lo dejaba. - ¿Pues, qué se cree ustez quera él en un principio, me refiero al marido que tiene ahora? Pues un querindongo, boba. Y ella, la muy viva, lo cazó. Más tonto fue él, cargar con una mujer así. Aunque mire, bien se dice que Dios los cría y ellos se juntan, que él tamién, no me diga. Cada oveja con su pareja. Usté ya mentiendo.

-¡No quio oír más! – chilló de súbito la andaluza, pues se oía un ruido en el hueco de la escalera -. No me venga uzté con chisme. - Paróse el ascensor allí delante, salieron dos personas, y volvióse respetuosa la portera, diciendo -: Buenó diaz, don Jozé Ramón, buenó diaz, señorita Josefina Eulalia.

Una mañana, para azuzar aún más a Dorotea, le dijo agresiva la andaluza: - A uzté, Doro, lo que le paza ez que le da mucha envidia.

-¡Ay, Jesús! ¿Yo envidia? ¿De qué voy a tenerla envidia?

-Uzté zabrá.

La cuestión de si tenía envidia o no de la ‘generalá’ devino un asunto de honor para Dorotea. Tenía que haberla visto la andaluza en sus tiempos, lo guapa que era ella, ¡eso era tipo!, y no la gorda esa oxigenada con unos pechos que daba asco verla. ¡Ande, váyase usted por ahí!

-La que ze tié que ir ez uzté. Zalga de aquí o llamo a la polisía pa que la lleven al calaboso.

Del calabozo precisamente venía en aquellos momentos la pobre Dorotea, que era muy dura de mollera, y no escarmentaba. – No hace falta que llame ustez a nadie – contestaba -, que ya me voy; pero no me compare usted con esa mona, que no se lo consiento. Más que ella he valido yo en mi día, mil veces. Que aquí la señora Amparo se lo podría decir, ¿no es verdaz, maja?

La anciana, tan consumidita ya que más parecía una momia que otra cosa, alzando un poco el pico confirmó, con una voz tan débil que casi no se oyó: -Verdaz es; que yo misma lo vide con estos ojos que se han de tragar la tierra.

-¡Lo ve, portera! – gritó Dorotea con voz de triunfo -. Pa que me venga usted diciendo que tengo celos de una pendejo. Ella es la que me tiene envidia.

-¡Ay, no me diga! Y ¿de qué?

-¡De qué! Pues se lo voy a decir. Que sabrá ustez que aquí donde me ve era yo íntima amiga de doña María Cristina, que en paz descansa, la primera señora de Argamesilla, que ésa sí que era una gran señora, ¿no sabe? Y no este tipejo de ahora. Que aquélla venía de cuna y su papá era... ¡ay, cómo lo llamaban!, era Grande de España. Conque ya ve. ¡Madre, madre, y cómo me quería esa señora! Y que venga esta pendejo a presumir ahora de generala. Si estoy cansada, mujer, de subir aquí al piso, y que todo me lo daba doña María Cristina. ¡Ay! Y que ésta de ahora que ni le salude a una cuando nos cruzamos así en la calle. Qué le costaría, ya ve, venir así y decirle a una, ‘¿Qué tal Dorotea?’, o que viniera a verle a una a casa, diciendo, ‘¡Anda, vente, Dorotea, vamos a dar una vuelta en auto, que te invito!, aunque na más fuera una vez al mes. ¡Pendejo, más que pendejo! Y ya le he dicho bastante, portera, no me haga ustez hablar, que en seguida me pongo frenética, y no quiero. Mire, ya hablaremos otro día con más calma, maja, que de veras que tengo que contarle un par de cosas que le van hacer mucho reír. No se puede figurar.

CAPITULO 5

Con su prima hermana tardó Dorotea algo más en romper. Zita Martínez Platero no había cesado, en todos estos años, de pensar en la guerra y en las calamidades que ésta había traído a todos los españoles, aunque sin exteriorizar sus pensamientos generalmente. Su apariencia física parecía haberse mejorado con los años, es decir, relativamente a como había estado durante los penibles años del hambre. Su cara no estaba tan ajada como la de otras mujeres de su misma edad y que hubieran sufrido tanto. Sus negros ojos tenían aún algo de la luminosidad de antaño, y su cabello, ahora gris, lo peinaba hacia los lados, ocultando aquel destrozo que le había hecho en una oreja una bala perdida aquel día de julio de 1936, cuando murió su amado. Pasaba largas temporadas en Medina de Rioseco, ayudando a una prima, de parte de padre, que se había vuelto loca cuando lo de las "sacas", los fusilamientos y las fosas colectivas de republicanos durante la guerra.

Nunca olvidó Zita los horrores de la sublevación fascista, la muerte en la Casa del Pueblo de su novio Agapito; ni la paliza que le propinaron por 'miliciana' en las mazmorras del cuartel Conde Ansúrez. Todo ello había hecho de Zita una rebelde. Aunque no exteriorizaba sus sentimientos entre desconocidos, y sabía muy bien lo peligroso que era el levantarse contra el régimen, no la amedrentaban por ello los fascistas; al contrario, no perdía la brava mujer ocasión de alertar a la gente joven sobre el estado de opresión e injusticia en que vivían todos los españoles y preguntarse que cuándo barrería el pueblo del poder a toda esa gentuza. Y, cosa rara, aunque a veces venían a interrogarla, en el fondo actuaban las autoridades con ella como si la tuvieran miedo: nunca se había metido con ella la famosa Brigada Político Social, por ejemplo. Suele acontecer así con los torturadores: a menudo se acobardan ante un ser que les hace frente; no siempre, pero muchas veces: en presencia de una persona valiente y decidida, el tirano vacila, no sabe lo que hacer, qué castigo aplicar, y finalmente no hace nada. Es como si hubieran caído los asesinos en el pozo de su propias contradicciones. Dudan. ¡Su dios no se manifiesta!. No pueden creer que un ateo semejante pueda existir y que el Ser Supremo no haga nada, ¿por qué no cae muerto al instante hereje tal?, etc... Ante tamaña catástrofe,

la autoridad pierde fuerza, espera, se revuelve, desea ver, hay que pedirle al Señor inspiración... ¿qué?, ¿cómo?, ¿cuándo? Todo ello desconcierta al tirano, que deja pasar el tiempo, **aquel** momento. Luego se instaura una especie de pereza, que se apodera de él, y el rebelde continúa circulando por el ruedo.

A su prima Dorotea le pasaba todo lo contrario. Aunque no se metía en política (era su lema, no se metía nunca en nada), la policía no cesaba de darle palos. “¡Por bocazas, y no respetar al público!” decían los guardias. Y ella se hacía cada vez más cobarde.

Una tarde, allá por el año cincuenta y tres, tuvieron las dos primas una larga conversación, como no la habían tenido hacía años. Hablaron de su tierra. “¿A qué había ido ella a Rioseco?” preguntó Dorotea. Y Zita le contó que había recibido noticias de una prima hermana, hija de Higinio Martínez, ya se acordaría, de los Martínez de Rioseco, que tenía necesidad de unos papeles, y ella había ido a ayudarla. Desde el momento en que Zita se puso a hablar, explicando que era Higinio hermano de su padre, que había desaparecido en el 36, el 19 de julio, y que había sido asesinado con otros muchos, Dorotea, que había hecho la pregunta, perdió todo interés en el asunto. “Que se callar – dijo -. No quería saber nada.” Razón de más para que Zita continuara hablando. “Pues hija, si no quieres saber, ¿para qué preguntas?”

Era este viaje a Rioseco que le había hecho darse cuenta, más aún que en la ciudad, que los horrores del fascismo son incalificables. Peor aún era lo de Rioseco que las salvajadas de que había sido testigo en Valladolid. El crimen de los ricos y sus lacayos, la maldad y mezquindad entre los hombres, las traiciones, la cobardía de las masas, gentes humildes y trabajadoras que habían visto llegar la “bestia negra” y no habían sabido comprender que aquello era lo peor que imaginarse pueda, ni habían sabido movilizarse para salvar a España y la República. Al contrario, se habían acojonado.

-Hija, ¡qué palabras! – interrumpió Dorotea -. Chica, si yo lo que te he pedido es que me hables de la Engracia, tu prima. ¿No dices que está enferma?

-De ella iba a hablarte. Y si quieres escuchar, escuchas. Pues bien, ¿te acuerdas que mi tío Higinio tenía una fábrica de ladrillos? Pues que cuando le asesinaron, y que mi tía y la hija salieron a esconderse en las vascongadas, pues que de la fábrica se apoderó otro, un hijo ilegítimo, a propósito, del señor cura, y que también se apellida Martínez. Dicen que no existió el tal Higinio, que si se fue a la Argentina a los quince años, y que no podía haber un Higinio Martínez dueño de la fábrica, ¡fíjate! Si la empresa así se llama, todavía. Cuando el que se fue a la Argentina de muchacho fue mi padre, Hipólito, que luego volvió, ya sabes.

-Y ¿qué?

-Pues que me pidió la Engracia que aportase prueba de ello.

-Y ¿has logrado convencerles?

-¡Qué va! Si tenemos que presentar prueba del Registro Civil, que no existe, o está todo alterado. ¿No sabes que como hubo tanto muerto nadie registró ni comprobó nada? Existe prueba, sí, de que nació en Medina de Rioseco el 27 de noviembre de 1885; pero no hay prueba de que haya muerto, ¡imagínate! Y creo que hay así lo menos quinientos. Todos ellos asesinados por el fascismo.

-¡Pues, cómo! ¿No está en la iglesia?

-¡La iglesia! Está la prueba de que fue bautizado. Y nada más. Ni la Iglesia, ni el Registro Civil, no hay nada. Y, de los vivos, los riosecanos, bien pocos hay que quieran dar razón. ¿Sabes que cientos y cientos fueron asesinados a raíz de eso que llaman el alzamiento, dejando los cadáveres en la paramera, allí por los Montes Torozos, a que se pudrieran y se los comieran los cuervos y las alimañas del campo? Hasta que, un día, fueron los restos enterrados en fosas comunes, ¿no sabes? Y ésta es la hora en que nadie, padres, hijos, hermanos, parientes, ni siquiera ha hecho indagaciones. Nada por recuperar esos muertos o registrar los nombres. ¡Como si no hubieran existido! Y a la Engracia..., bueno..., que no ha habido un tal Higinio Martínez y que no lo ha habido, y que la fábrica..., fíjate, pues que la fábrica de ladrillos, como te he dicho, que todavía tiene su nombre, y el otro, el

hijo del cura, ni siquiera se llama así, que él es Félix de nombre de pila, y el Martínez le viene de su madre, como nació fuera de nupcias.

Dorotea no la escuchaba. Estaban las dos cosiendo unos vestidos, Zita para una clienta, y Dorotea metiendo los costados de uno que había heredado de alguien.

-Sabes, Zita – dijo, al cabo -, había pensado preguntarte si habías traído muchas cosas de comer, ya sabes unos garbanzos, tocino, o pan blanco..., pues te pasarías por el pueblo, ¿no?

-No te puedes figurar, Doro – dijo Zita, como si no hubiera oído la pregunta -, allí no se mueve nadie, en toda la Tierra de Campos, están acobardadicos. Ni hace nadie nada por elucidar la verdad. Son todos unos cobardes y unos traidores. Dicen que en boca cerrada no entran moscas, y hasta se precipitan a contarte que son muy de derechas y que siempre lo han sido. Esto, los mismos que perdieron padres, madres, o hermanos. Dicen que hay que vivir. Y de aquellos asesinatos, por tanto, nada. Al contrario, hablan de las tropelías de los rojos, y del glorioso alzamiento nacional, y que es gracias al Caudillo, a quien Dios guarde muchos años, que estamos todos tan bien. No lo puedo soportar. Fíjate, ¡quinientos ochenta asesinatos, y que no vieron nada! Conque algunos de los hijos de los asesinados se fueron voluntarios al frente, contra la República, para que no se les tachara de rojos.

-Zita, para mí, francamente – le respondió Dorotea -, que eso son invenciones. No puede ser, tanto muerto como tú dices. En un pueblo así, tan católico.

-¡Qué dices! No te estoy contando que sacaron a los vecinos de sus casas y los llevaron en camiones por la noche a los campos. Para matarlos, ¿no te lo crees?

-Mentiras de los rojos, Zita. Que pasé yo allí aquel verano y no vi nada; y no recuerdo haber oído nada de ello tampoco. Y tenía que haberse sabido ¿no? Al menos algo, digo yo. Que no, que no pasó nada. Son cuentos, desengáñate.

Zita sintió que le hervía la sangre. Miró con desprecio a su prima, y le dijo sin ambages que era una cobardona y una hipócrita, que sabía que había sido testigo de muchas cosas, y que ella era la que decía mentiras.

-¡Yo!, ¿mentiras, dices? - replicó Dorotea, encogiéndose de hombros -. Mira, chica, la verdaz. Pué que esté diciendo mentiras, o pué que no las diga; pero yo a ti lo que te digo es que gato escaldado del agua fría huye. Aplicate el cuento. Y tú harías bien en olvidar y tratar de vivir un poco, que paeces una amargada. Y además a ti qué té va en todo eso. Cállate la boca, no te vaya a pasar algo.

No podía Zita creer sus oídos. ¡Hasta ahí llegaba la desidia y cobardía de su prima hermana! Se levantó de su asiento y, sin echarle siquiera otra mirada, se dirigió a la ventana. No quería seguir hablando, no quería verla.

Estaban en el mismo cuarto pequeñito donde habían llorado juntas la pérdida (como entonces las dos creían) de sus respectivos hombres, en brazos la una de la otra, tumbadas en aquella misma cama que contra la pared aún se hallaba.

Con los codos en el alféizar de la minúscula ventana, todavía palpitándola el pecho, la mirada fija en el sucio patio, el recuerdo le vino de aquel día de julio del 36; el golpe de estado de los militares; los crímenes de los facciosos; el sufrimiento, las muertes, el horror de la guerra..., todo ello le vino a la brava mujer a la mente, y no supo o no quiso aguantar más. Se volvió hacia Dorotea, los puños en el aire, dispuesta a arrojarla de su casa, echarla a la escalera, cerrarle la puerta y decirle que no quería verla más. Pero se contuvo a tiempo. Volvió a sentarse, tratando de calmarse un poco, y esperó sin decir nada a que la otra se aburriera y se fuera a su propia casa, deseando en lo más hondo de su corazón que no volviera nunca más.

La ruptura definitiva entre las dos primas carnales, que habían sido inseparables, ¡oh, tantos años!, llegó poco después, una Semana Santa cuando estaba Dorotea, como otros años, viendo las procesiones desde el balcón que daba a la Plaza de la Fuente Dorada. De la imponente Procesión de los Presos se trataba.

CAPÍTULO 6

Aquella escena de la Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo conmovía a la muchedumbre aún más que otros pasos de mayor tamaño que salían de procesión todos los años. Se trataba de una obra de alto valor artístico y religioso que se debía al inmortal Alonso Berruguete. Jesús Nazareno va camino del Calvario: carga sobre su hombro ensangrentado la sagrada cruz, la cual descansa al otro extremo en los fornidos brazos de un Simón Cirineo empleado por las autoridades religiosas y civiles para que le ayude a llevarla y no se les muera demasiado pronto el condenado. Delante del Señor yace arrodillada la Verónica, hacia quien el Redentor dirige una triste y cansada mirada. Con un blanco paño, de un tejido preciosísimo, ella procede a enjugar el divino rostro; y al retirarlo, la santa fe de aquella encogida mujer ha salido victoriosa. Reflejada está en la tela la sagrada faz del Cristo sufriente. Ha ocurrido un milagro. Los tonos exquisitos del dibujo, aquella impresión, aquel sagrado rostro en la tela valiosísima habrían de durar más de dos mil años, sin alteración o cambio alguno.

Venía delante del paso un sacerdote, portando su negra sotana, y blanca sobrepelliz sobre los hombros; y en sus brazos, como quien un estandarte enarbola, va alzando la cruz procesional de madera de ébano, preciosos metales y cristal de roca en las cuatro puntas. Seguíanle oscuros sacristanes, monaguillos en rojo y blanco atuendo y algunas mujeres descalzas tocadas con velos y mantillas, y todas vestidas de negro, como la misma Verónica tristísima, y muchas candelas. Cantaban el "Alabámoste Cristo."

« ¡Perdoon, ooooh Dios míooo!
« ¡Perdoon eee indulgeencia !
« ¡Perdoooooon y clemenciaaa!
« ¡Perdooooooon y piedaaaad!
« ¡Perdonaaa aaa tu pueeeblo!
« ¡Perdóoonale seeeeñooor!

« ¡Nostés eternamente nojado!
« ¡Perdooooonale, oh, Seeñor ! »

Encapuchados de las correspondientes cofradías desfilan detrás y al lado de cada paso, alzando en el aire unas lucecitas. Son cirios encendidos, velones, antorchas, hachas y blandones. A veces son lucecillas eléctricas, portadas en gruesos palos blancos con falsos lagrimones o ribetes imitando la cera, y una pila eléctrica en el interior de cada palo. Las túnicas de los cofrades, los capuchones de seda resplandeciente, más claros o más oscuros (según el caso) para dar más efecto, seda y terciopelo resplandecientes, con la Cruz de Calatrava de oro en el pecho o cualquiera que sea el símbolo de la cofradía, la de la Vera Cruz, la Pasión, las Siete Angustias, La Piedad, de Jesús..., muchos, muchos encapuchados misteriosos, oculto todo salvo la mirada; todos dando fama y valor a la más grandiosa manifestación de arte y de religiosidad del mundo entero.

No podía menos de afectar todo ello a Dorotea. La cual se quedó un buen rato ensimismada, fijando su apagada mirada en esas lucecillas eléctricas que se entremezclaban y alborotaban alrededor del Nazareno ensangrentado; y como las llevaban y movían, estas luces, unos misteriosos individuos que de seguro no podían presagiar nada bueno, le dio a la pobre mucho miedo todo aquello y, olvidándose de que lo había visto ya mil veces en su vida, se puso a gesticular y dar grandes voces, llamando foragidos a los encapuchados que llevaban a Jesús Bendito hacia la muerte.

Precisamente en el mismo balcón habían estado hablando en voz muy queda sus dos parientes, Policarpo Cerezo, comisario de policía, y Roque Perchero, oficial jefe de caballería, alabando de aquello el fervoroso silencio, la excelencia de la religiosidad vallisoletana, esas procesiones antes prohibidas, que habían devuelto nuestro eminente arzobispo, aquel espectáculo sin igual, llevado a cabo sin los gritos y otros excesos vocales que se registraban en las procesiones andaluzas....

¡Y vinieron los gritos de Dorotea! Se precipitaron los dos sobre su parienta, agarrándola y amordazándola para que no siguiera chillando. Vino en ayuda de los dos el propio hermano de Dorotea, Santiago, que con su familia estaba

contemplando el espectáculo desde el otro balcón. Entre los tres se llevaron a la loca a una habitación interior, y allí la dejaron encerrada, chillando y pataleando, y olvidada de todos. Y, cuando terminó la procesión, vino Zita a abrirle la puerta, la condujo al pasillo sin cumplidos, y la arrojó a la calle, pidiéndola muy enfadada que no volviera más.

Era una noche estrellada. Caminó la loca lentamente bajo los soportales, tirándose a la derecha nada más salir del Callejón; entró en Queipo de Llano, llegó a la Calle de las Angustias, y vio a su media naranja, saliendo de una bocacalle oscura, a la altura de la iglesia, con una botella vacía en la mano. Se agarraron los dos borrachos del brazo, sin cambiar palabra, y caminaron junticos, como dos esperpentos. Abrió la mujer la puerta del portal, y se subieron al piso a dormirla, la Doro en la alcoba, el Bicicleta en su cama turca.

CAPITULO 7

Iba perdiendo la vista el pobre Lucio a pasos agigantados. Hacía ya tiempo que el alcohol había penetrado en su fluido sanguíneo de tal manera, que puede decirse que estaba en estado de embriaguez las veinticuatro horas del día. Iba en consecuencia dando tumbos por las calles, rodando por el suelo a cada paso, de modo que andaba siempre con fracturas y descalabros, de la cabeza a los pies. Como no cesaba de tropezar y caerse, y no terminaba de soldársele una fractura más que dañina que se hizo en un brazo un invierno de nieves, resultó que a la postre le tuvieron que internar en un hospital de un barrio extremo (pues el antiguo Hospital Esgueva hacía años que lo habían derribado para dar paso a un edificio hermoso de pisos), y allí se pasó una temporadita. Cuando lo soltaron tenía el brazo tan débil que, entre esto y el miedo que se había apoderado de su pobre alma, apenas ya lo movía. En resolución, que se le quedó el miembro medio atrofiado y, para todos los efectos, inútil. Era el izquierdo, así que el pobrecillo terminó por hacerse a ello, y con el tiempo dejó de darle importancia.

Allí, en el nuevo hospital de las afueras, le habían tenido a palo seco, sin darle una gota de alcohol; así que puede colegirse la angustia y el sufrimiento que vinieron a añadirse, aquellos días, a su ya amarga existencia. Al salir, le dijeron los médicos que si continuaba bebiendo y cayéndose a cada paso, no se curaría jamás. Pero él no entendió palabra de lo que le estaban diciendo. Con él, ¡como si hablaran con las paredes!

Naturalmente, el día que le dieron de alta, en cuanto se vio libre, aunque estaba lejos de la parte de Valladolid que conocía bien, dirigióse derechito a la taberna del Callejón de los Boteros, y bien que supo hacer el trayecto (¡por el olor sería!, al modo como se dirigen los perros extraviados a la lejana residencia de sus amos.)

En la taberna un alma generosa en seguida le invitó a un chato, ¡ya pagaría él después, cuando le sisara unas perras a la Doro! Y ¡a vivir! O lo que es lo mismo, ¡A

beber y olvidar! Y así durante algunos días, luego meses (hasta que se lo llevaran otra vez en la ambulancia) deslizábase su vida de bebedor empedernido con sempiterna monotonía. Ya nunca llegó a conocer otra cosa. Cuando salía por la noche del templo del que el señor Juanito era sumo sacerdote, el instinto lo llevaba por el tunel del callejón hacia la misma plaza de la Fuente Dorada y de allí a las Angustias. Y cada noche, asimismo con regular monotonía, iba dejando sus vómitos al lado de una columna de los soportales, o en las esquinas, a la manera como hacen con sus meados los canes, que van marcando tan chulos su territorio. Continuaba el pobre deambulando por las plazas y las rúas de la villa como media hora, a veces más, hasta que al fin, como por un casual, llegaba a su domicilio.

Desde la Calle de las Angustias al Callejón de los Boteros, y desde los Boteros de vuelta, más o menos, a las Angustias, ése era todo el universo que conocía el Bicicleta. Y a veces ni siquiera eso: perdía el conocimiento por completo antes de llegar a casa, quedándose de cuerpo presente en la calle, invierno o verano, ora centelleaban las estrellas, ora cayeran rayos y centellas.

Había hacia el final del Callejón de los Boteros, un taller de artesanos de donde salía permanentemente un ruido raro de cuchillas y batanes que no parecía sino que cien diablos estuvieran haciendo de las suyas en aquel rincón. Más bien esto ocurría durante las horas hábiles, pues el establecimiento cerraba a las ocho, y entonces volvía a calmarse todo un poco. Trabajaban estos artesanos o demonios unos cueros o pellejos de bueyes o toros o cabritos, machacándolos a más machacar, cortándolos con guillotinas y tijeras, cosiendo o zurciendo junturas, laborando en fin para producir botas y cubas de cuero, destinadas a contener vino y otros licores. Durante la faena, untaban los operarios las pieles con pez, y las ponían a secar fuera del establecimiento, antes de continuar la tarea de ajustar unos brocales y grifos de cuerno o madera en unos agujeros que para ello habían dejado donde antes había habido una pata, o el cuello del animal.

Era el de los Boteros un callejón sin salida, sucio, pequeño, oscuro a cualquier hora del día o de la noche. Sobre todo de la noche, pues allí no había (aparte de la escasa luz que filtraba a través de los sucios vidrios de la taberna) más que un farolillo de gas que asomaba, sujetado en la pared por un aplique, por debajo de un

balcón estrechito del entresuelo de una de las viviendas de encima, y a veces el farolero se olvidaba de llegar hasta allí.

Cuando Lucio salía de la taberna para irse al hogar, a que le diera la cena la Doro, si todavía no se habían ido los boteros, ya sabía él hacia donde dirigirse: pues le daban mucho miedo las voces descomunales y los cortes tremebundos de la guillotina, y el estridente ruido de una muela de afilar cuchillos y tijeras que salían del fondo del callejón. Se paraba a tomar un poco de aliento al aire libre, como para ganar fuerzas, y a la izquierda se tiraba, hacia la Fuente Dorada, huyendo instintivamente de esos ruidos espantosos, pues de discernimiento claro ya no le quedaba nada.

Pero aquella noche debió salir muy tarde de su templo, y había todo alrededor un silencio aterrador. El miedo, pues, y el estado de absoluta embriaguez en que se hallaba impidieron que funcionara el instinto, que era el que tenía que tomar la decisión; le entró una especie de baile San Vito que le hizo ver las paredes de uno y otro lado del callejón en frenética sucesión, como si estuviera dando vueltas en un tío vivo; y ya cuando empezó a andar, ni siquiera se dio cuenta que no había entrado, como otras noches, en el tunel chiquitito que conducía a la plaza. Todo era oscuridad, en su mente y en derredor de su persona física. Estuvo un momento tanteando las paredes, las puertas y las ventanas. Con sus ojos medio cerrados vio una especie de entrada en alguna parte, cristales, el marco de una puerta; tocó un candado que debía estar colgando de una cadena; percibió un olor acre y le entró un picor extraño en su nariz de berenjena. Dio media vuelta, con tan mala suerte, que se le quedó un pie en el aire, y se cayó redondo al suelo. Como estaba abotargado, no se hizo ningún daño, ni en el brazo malo ni en los otros miembros del cuerpo. Había caído encima de algo resbaladizo y relativamente blando: eran los pellejos que habían dejado al aire libre los boteros. Reconociólos por el olor a pez y vino. Y pensando en el vino allí se quedó dormido.

.... Soñó que estaba echado en una jergón en el interior de un tunel de altas paredes negras, viscosas, con puertas brillantes de vidrio a uno y otro lado del corto recorrido. Una de las puertas daba a un cementerio. Ignoraba si es que había cambiado de lugar o posición y si estaba tumbado o andando, si continuaba en su

jergón, o se había levantado y estaba pegado al vidrio de una puerta. Le pareció que a un momento dado había entrado en el camposanto y hallábase ahora al lado del sepulturero... o tal vez contemplando de lejos la escena.

.... Vio una multitud de gente: todos de él bien conocidos; y en cambio, no acertaba a poner un nombre en la persona de cada individuo. Estaba el sepulturero enterrando a un camarada..., suyo, de él.... Y unas veces los comparsas lloraban y otras reían a carcajadas. Se acercó a ver la tumba abierta por donde descendía el cadáver llevado de unas sogas largas hacia una fosa profunda, y todo alrededor veíase una muralla de roca. No quiso saber más; cerró los ojos, angustiado, y cuando los abrió de nuevo, no había más que esperpentos, en íntima camaradería. Alguien estaba hablando. Comprendió que se había muerto un compadre en la cárcel. La palabra "tuberculosis" causóle espanto. Se puso a llorar, quería pronunciarla él también.... "Tu...tu...." Y no le salía. Estaban todos mirándole, en un lugar cerrado, sentados alrededor de una mesa. "Tu... tu... tube... tube...." Fue entonces que se oyó esa carcajada que retumbó en la sala. Había unos cueros de vino colgados detrás de un mostrador. Rompiéronse los cueros, y ensuciáronse de repente las paredes de unas manchas viscosas negras que olían a algo acre queapestaba..., sólo que, al cabo, sintió un deseo tremendo de tirarse por tierra y chupar ese líquido negro. Y, cuando se puso de pie, apartó la mirada del grupo, espantado. Y se puso a llorar de pena que se hubiera muerto el compañero, pero no sabía de quién se trataba, a quién se referían. En su desesperación mordía el jergón en que se hallaba tumbado, sin violencia, como si lo estuviera chupando, al igual que un niño que mama en la teta de una nodriza, torpemente, o mordiendo el brazo de un osito de trapo, sin fuerza para otra cosa que morder y llorar, llorar y morder. Sintió que algo le tocaba en el hombro del brazo malo..., y despertó.

-¿Q...qué p...pasa? -. Le ahogaba la punta de un pellejo que todavía tenía en la boca.

Era el Repelente, que ofrecía ayudarle a llegar al hogar. Lo decía con suma amabilidad, como siempre con el bueno del señor Vicente.

-P...pero ¿qué?

-Nada. No ha pasado nada – repetía el Repelente -. Comprendo que te hayas apenado con la muerte del Cabo. Todos lo hemos sentido. ¡Vamos!

Y Lucio recordó que había estado oyendo en la velada, que había durado más de la cuenta, cómo el señor Vicente, que era el único que había acudido al entierro, había visto el cuerpo del Cabo descendiendo en una fosa común del cementerio, cómo tiraban unos cuantos para recuperar las sogas, y luego arrojaban unas paladas de negra tierra encima.. Ni siquiera un Padrenuestro le rezarón: por rojo debía haber sido.

Se levantó a malas penas, y dejándose llevar por el anciano, cruzaron el tunel que conducía a la plaza. Vio el cielo estrellado al salir de los soportales, y a poco la sombra de una iglesia en la calle vacía; y supo que habían llegado. Notó que el amigo le metía la mano en el bolsillo de su americana. Oyó el ruido de una cerradura, se abrió la puerta, y percibió un empujoncito en el hombro, al tiempo que le metía el anciano algo en su mano derecha: y el contacto de una llave grande en la palma. El amigo dijo algo, y él se encontró solo en el portal. Haciendo fuerza con la mano sana para que no se cerrara la puerta, le pidió al amigo llorando que subiera con él al piso, no fuera a darle un sopapo la Doro; y que la tenía mucho miedo.

-No puede ser, Lucio –respondió el anciano - ¿Quién cerraría la puerta entonces? Yo no voy a llevarme tu llave. Anda, cierra y vete pa arriba, que no te pasará nada. Agárrate bien a la barandilla.

Se quedó Lucio en la oscuridad más completa. A tientas cerró la puerta y a tientas tuvo que subir la empinada escalera, temblándose a la idea de tener que confrontar a su media naranja.

CAPÍTULO 8

Según se iba haciendo más cegato el Bicicleta, sobre todo desde aquello del brazo roto, en las luchas de borrachos que de cuando en cuando había en el hogar (si se le podía llamar a aquello 'hogar'), era el macho el que llevaba la peor parte. Le daba una de palos Dorotea que daba lástima. En la taberna, con sus ojos sanguinolentos, detrás de unas lentes de un espesor verdaderamente fantástico, y con su pachucho brazo medio colgando y su cuerpo esquelético, que flotaba en un traje de pana que le habían adaptado las primas a su medida tres o cuatro años atrás, el pobre hombre era el hazmerreír de todo el mundo: el tabernero, los camareros, camaradas y simples conciudadanos, de los cuales había siempre muchos en aquella tasca. Hasta el Tuerto, que no había servido nunca para mucho en la vida, le llamaba ahora marica y medio hombre porque le zurraba la Doro.

Pero Lucio, como si nada. Al tintorro. Y mientras que a otros no parecía sino que el vino les engordara y diera colores de hermosura, a él, al revés, le hacía parecer cada vez más raquítrico y enfermizo. Salvo la nariz, que según pasaba el tiempo se le hacía cada vez más larga y colorada.

A Dorotea le hubiera gustado, ¿cómo no?, haber tenido un marido fuerte y apuesto, con el cual hubiera pasado una vida agradable y de cuando en cuando hecho el amor; y que no se emborrachase; y que trabajase mucho y trajera bien de cuartos a casa, para que los dos pudieran vivir bien. Pero cuando se tuercen las cosas, y resulta que no puede ser, pues no puede ser, y se acabó. De todos modos, ¿qué podía ella hacer? Cada cual es como Dios le ha hecho, y a callar tocan, que donde hay patrón no manda marinero, y ella no era quién para enmendarle la plana al Señor. Él ya sabía lo que se hacía, ¿no? Además que cada cual tiene que cargar con su cruz en este valle de lágrimas, y no hay más que conformarse.

Con todo, algunas veces, se preguntaba la pobre si no podía haber sido más ligera esa cruz, ¿por qué la suya había resultado mayor y más dura de llevar que la

de otras mujeres? Miraba a su marido, las pocas veces que estaban los dos juntos sin apalearse (que era generalmente a la hora del almuerzo), y lo veía encogidito, temblándose como el azogue: esa cara esquelética, la nariz como una porra en el plato de lentejas, o lo que fuera que acababa de servirle, y de repente le daba pena de él. ¡Pero si mi Lucio no era así!, ¡cómo ha podido cambiar de esta manera!, ¡tanto!, ¿qué ha pasado? ¡Santo Cristo de la Vega!

Le venía al pensamiento una blasfemia horrorosa que luchaba por salirse de la boca, pues se sentiría mejor si insultaba al Señor Omnipotente y si se cagaba en Él, y le llamaba malo y parcial, favorecedor de ricos y poderosos. Apretaba las encías, asustadísima, se tapaba la boca con las manos para que no saliera la blasfemia al aire libre y, en su lugar, se ponía a rezar, pidiéndole al Todopoderoso que la perdonase, con toda la humildad de que era capaz, que era mucha. “¡Perdón, oh, Dios mío, perdón e indulgencia, perdón y clemencia, perdón y piedad; no estés eternamente enojado, perdóname Señor; dame un respiro, una tregua, un momento de reposo!”

Mas sabía que no la oiría el Señor, nunca la había hecho ningún caso. Era ella muy pobre y mal vestida y no muy agraciada ya para que se fijase el Altísimo en ella, ¿cómo le iba a conceder Él ninguna gracia? No había más que callar y esperar la muerte. ¡Oh, cuánto mejor para ella y para su Lucio si no hubieran venido al mundo, si no hubieran visto el ser!

Antes, años atrás, cuando en un momento de desesperación como éste se ponía a razonar, por un casual, siempre se decía: “Esto me pasa porque Dios me tiene reservada la felicidad y mucho bien para la otra vida, y, ¡claro está!, me hace sufrir por ello aquí en la tierra, para compensar.” Pero ahora nada, no se hacía ilusiones de que un Ser Supremo tuviera reservado otra cosa que igualmente el sufrimiento para el más allá. El único consuelo que le quedaba era la botella; y empujaba bien el codo en consecuencia.

Y, ¡oh milagro de los Cielos!, ¡oh sublime mistificación divina! Ocurrió lo imposible: la espiritualidad, espiritualización a toda regla. Con el tintorro en seguida le venía la paz al espíritu, y en ocasiones hasta la felicidad: esos efluvios etéreos del

más acertado poder espiritual que existir pueda en la tierra, la felicidad en **esta** vida y ahora mismo. Se acababa aquel dolor, se le iban la tiritona, las enfermedades, los dolores, los malos pensamientos, y hasta el miedo. Dejaba de sentir el frío, desconocía el hambre, no le espantaba ya la soledad. Había alcanzado un verdadero estado de gracia comparable, sin duda, al de los bienaventurados santos y mártires del Cielo, que fijan la vista en Dios Luz de la Creación..

CAPÍTULO 9

Aconteció, pues, que al fin había oído el Santísimo sus plegarias desde el Cielo. Y la vida de Dorotea experimentó un ligero cambio, un nuevo auge, por así decirlo. Y fue el vino el instrumento o medio de que se sirvió Nuestro Padre para que sintiera esa nueva explosión de vida en sus adentros. No que fuera el alcohol nada nuevo para ella; mas ahora se convirtió en lo esencial, transcendental, casi una necesidad religiosa, de pura fe divina.

Cuando ya todo parecía acabado encontró, pues, una salida: lo de siempre, envenenarse aún más, soñar, dormir el sueño de los justos. Transportáronla los efluvios en el aire, y empezó a soñar como no había soñado antes nunca. Se pasaba horas enteras viendo objetos, seres, enigmas, fantasmas de santos y cristos y vírgenes que desde el cielo la hablaban. Dormida o despierta, en la cama o en el balcón, sentada en una silla o de pie con los codos en la barandilla, ella hablaba con el Corazón de María que se le aparecía y le ofrecía ayuda, pidiéndola que rezase el Santo Rosario, pues los santos y las santas siempre habían sido muy devotos de ese rezo. Y aquí estaba lo verdaderamente extraordinario: cuando se ponía a contar las cuentas de un rosario que había tenido guardado desde hacía tantos años, se dormía, y eran sus sueños increíblemente hermosos; no siempre, pero muchas veces. Luego lo relataba todo a las vecinas. Empezó a contar a voces a unas y otras lo que pensaba hacer, los lugares que iba a visitar, las alhajas con que adornaría pronto su cuerpo, vestidos, perfumes. No es que unas y otras la creyeran (“¡Bah – decían -, cosas de la Dorol!”); pero a veces la escuchaban, se le quedaban mirando, y se reían sin dirigirle siquiera la palabra; pues ya no era más que un trasto inútil, ¡ella que había durante tantos años conducido la batuta en las pláticas de la calle o de la plaza!

No importaba, ella seguía soñando. Se paraba en la esquina, compraba por una peseta un cupón de ciegos, y salía por ahí mostrándolo y diciendo a una multitud de indiferentes, que ni siquiera la miraban, que le iba a tocar el premio y que no lo iba a compartir con nadie; que se iba a comprar esto y aquello y que lo que sobraba sería para comprar más cupones. A veces, le daba a una en el hombro, o la cogía por el brazo, la contemplaba unos segundos, y le soltaba el rollo; y la mujer le decía que sí, que para ella la perragorda, Doro, y seguía adelante. Y la loca continuaba dándole a la lengua ella solita. Ya verían, cuando le tocara el gordo, ¡lo que iba ella a hacer, los muebles que iba a comprar! Y si el señor Fermín el carbonero le decía que qué coños de gordo le iba a tocar a ella si lo que llevaba era un mero cupón de ciegos, que si le diese algo (que lo dudaba) serían cien pesetas, ella no se amedrentaba. Apretaba el cupón en la mano, daba un bufido y, piano piano, se iba con la música a otra parte, llamándoles a todos mentecatos y envidiosos, y diciendo que ya verían, que al freír sería el reír y que los tontos eran ellos de no darle su amistad, que el que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.

Hacía planes, hablando a solas desde el balcón. No solamente iba a gastar ella muchos cuartos, echando coche y adquiriendo pieles y alhajas, como otras, sino que además su Lucio iba a beneficiarse mucho del premio que iba a ganar; que pensaba llevarlo al 'culista', para que le viera lo de la vista, y que le iba a cuidar mucho de ahora en adelante; que le habían dicho que eso se curaba hoy día, que lo de las 'caratas' no era nada grave, y que era el suyo un marido ideal, y listo como había pocos, que en cuanto sacase una nueva receta para las lentes, que ya iba a ver mejor y poder trabajar, que él todo se lo merecía. Unas lentes con montura de oro le iba a comprar, que no se creyera nadie que no.

Comentario [I1]:

Cuando hablaba de Feli, era otra monserga la que sacaba. Que era una santa, su hija, y no como decían otras que una perdida; y que en cuanto ganase ella esos dineros en una rifa u otra, que le iba a comprar un perrito blanco, que no se creyera la 'general' que ella era la única que iba a tener perro. Y que le iba a buscar a su hijita una recomendación para que entrase en la Telefónica de 'ficinista', como la presumida esa de la del estanco. Y así no hablaría nadie mal de ella; que no era verdad que la Feli se hubiera juntado con un hombre casado que le había

puesto casa y esas cosas; que las malas y las perdidas eran ellas, chismosas, que no pensaban más que en murmurar y levantar falsos testimonios.

Otras veces hablaba de su tío Urbano, diciendo que lo quería mucho y que ese cariño que ella sentía era correspondido, que no era verdad el que le hubiera dado con la puerta en las narices, ¡habladurías! Era la sinvergonzona de la Beren que se comportaba así, y que lo tenía embrujado al tío, ¡pues para quedarse con la herencia, boba! Ella bien sabía que su tío la quería, ¡y mucho! Siempre había sido su sobrina favorita; y que ella sola iba a heredar todas las tierras, que no era verdad que la hubiera desheredado su tío. Y no sólo las tierras iba ella a heredar, también la casa del pueblo, los palomares, los majuelos y una cosa que la llamaban 'aziones', que se lo había dicho, y que tenía muchas que valían millones. Sí, iba ella a manar en oro cuando falleciera el tío. ¡Ya verían las vecinas! ¡Esas habladurías! Iba a coger ella un manojo de billetes y les iba a dar a todas con ellos en las narices, por incrédulas. O sino, no. ¿Para qué se iba a molestar? Si eran todas unas malvadas, ¡gentuza! ¡Que las zurcieran a todas! Ella de ahora en adelante a lo suyo. En cuanto heredara se iría al pueblo y ¡a administrar sus fincas! Que más valía su Tordehumos que todo Valladolid cien veces.

Con voz llorona, limpiándose la nariz con el envés de una mano, explicaba a quienquiera que quisiera oírlo que ella era una mujer de campo, siempre lo había sido, y que nunca había querido salirse del pueblo; que si de ella hubiera dependido nunca se habría venido a la capital, que era una mierda.

-Si fue mi padre, boba – le decía a una desconocida a quien había enganchado para darle palique -, que fue siempre un derrochador, quien nos sacó del pueblo. Sí, mujer, jugando a las cartas lo perdió todo: quería juntarse con los Núñez de Campo, boba, y ellos se lo quedaron. Y luego malvendiendo las tierras, pues claro, ¡ay madre!, que por eso ahora estamos pasando calamidades. Y es por ello que en cuanto herede del tío, yo me quedo con las parcelas, y las trabajo yo misma. Que no, que no, que no las voy a vender a nadie. Ni arrendarlas tampoco. Las tierras como más rinden es si está una encima, que el ojo del amo engorda al caballo, y el que tenga hacienda que la atienda, ¿no saben? Así que, se pongan como se pongan los del pueblo, yo no les vendo ni una parcela. Pa mí todo.

Cuando se olvidaba del tío, hablaba de Lucito. Decía que su hijo la quería mucho, aunque no viniera a verla. Que estaba el hombre muy atareado con su trabajo en el Diaro; que le acababan de hacer jefe de la 'linopitia'. -Pero ¡si está deseando verme! – exclamaba. ¿Por qué tenía que venir la gente diciendo que Lucito odiaba aquella casa? ¡Pendones, más que pendones! Al revés, iba a venir a vivir con ella, y más pronto de lo que algunas se figuraban. Ya verían entonces las vecinas, cuando la vieran salir del portal del brazo de su hijo. A ver quién se atrevería entonces a meterse con ella. ¿Odiarla su hijo? Al revés, la adoraba. Que le había dicho que iba a hacer que la trataran todos como a una reina. Y si no, al tiempo. Que una madre es una madre aunque sea lo más bajo y lo más tirado que hay. ¿Quién iba a pensar que era verdad eso de que su hijico la insultaba y la llamaba zorra, como algunas decían?

Y, olvidándose de que minutos antes había dicho que Lucito iba a venir a vivir con ella en la Calle de las Angustias, exclamaba:

-Como una señora voy a vivir yo en cuanto salga de aquí y me vaya a vivir con mi Lucico; menuda casa que tiene. Que no es verdaz eso de que vive en una pensión de mala muerte. En la Calle Miguel Íscar tiene su piso, ¡bien hermoso! Pues allí, mujer, me voy a trasladar bien prontico. Mejor que toda esta calle asquerosa, que es peor que la inclusa, casas feas, todo sucio y un vecindario de mierda. ¡Mentirosas! Que mis hijos lo que pasa es que lo saben ganar muy bien. Que siempre les dí muy buena educación. Por eso han salido adelante en la vida. Que la Feli es lo que tiene, que sois todas unas alcahuetas, chismosas, muertas de envidia. ¡Maldecir y murmurar es lo que sabéis hacer! Más os valdría ver la viga en vuestros propios ojos que la paja en el ojo ajeno; pues conozco yo cada cosa de ciertos hogares que se llaman cristianos, que si lo sacara a relucir, ibais todas a ver. Siempre husmeando y queriendo saber de vidas ajenas, ¡eh!, pues esperar, quel día que me meta a hablar. ¡No, no, que no se llame nadie a engaño! – exclamaba -, que no voy a dejar títere con cabeza, pa que aprendáis. Que no diga nadie luego que no les advierto a tiempo.

CAPÍTULO 10

Fue al mediar la cincuentena que se apagó Dorotea por completo, o **casi** por completo. Los guardias, naturalmente, con sus palizas, contribuyeron no poco a que se apaciguara. No podía consentirse, desde luego, en una sociedad firme y bien ordenada, como la nuestra, que una loca fuera por ahí armando escándalo, chillando, metiéndose con todo el mundo, insultando a cada paso a los ricos, las damas de abolengo, y no dejando vivir a nadie en paz. Así dejó Dorotea de ser una bocazas conocida por todo el mundo y odiada por no pocos, para convertirse poco a poco en una viejecita apocada, solitaria y triste. ¡Medio siglo de un recorrido lleno de torpezas y tropiezos, trabajos y sufrimientos sin número! Veía su imagen en el pedazo de espejo que colgaba en la pared de la cocina y ella misma se maravillaba: “¿Es éste el rostro que todos los hombres admiraban total hace unos años?” – se decía. De hecho, tenía el rostro abotargado y no demasiado limpio, un vello grisáceo recio en la barbilla, el bigote enrojecido por el vino, coloradote el pescuezo, unas greñas desordenadas que habrían sido blancas si no hubiera sido ella tan marrana. Si surgía, de repente, de las profundidades de su ser una chispa de algo como racionalidad, ella suspiraba, lloraba, rabiaba, miraba el cielo con los puños en el aire y se ponía a blasfemar, o empezaba a dar con los puños en el tabique hasta que no podía más y caía rendida en una silla; cogía la botella por el cuello y se ponía a beber, para ganar fuerza y poder seguir viviendo.

Estaba casi siempre sola, sola en aquel piso miserable, sola en aquel ruido infernal, sola entre las sordas multitudes que se agitaban alla abajo en las aceras.

La señora Amparo ya hacía tiempo que había muerto. Es decir, no. No había muerto la ancianica, antiguamente dueña de un puesto de pipas y caramelos. Simplemente: había dejado de existir. Como dejan de existir, digamos, esas bolitas de naftalina que se meten entre las ropas, o una tableta de alcanfor..., lenta, imperceptiblemente. Porque la anciana que había sido tan parte y esencia de aquella calle, de aquel barullo, durante tantos años, no murió de un tirón como muere todo cristo. Ella se fue poco a poco, en un proceso que duró sabe Dios cuantos años. De ser vivo, materia animada, se iba transformando poco a poco en materia

que podría calificarse de semiviva, y luego ya de medio muerta, pero no iba del todo. Se iba reduciendo de tamaño. Cada vez más, sin que aquellos que la veían a diario lo notaran. Se la veía, a distancia, como un rebujito negro, su carita arrugada amarilla como un garbanzo, envuelta toda ella en unos paños negros. Se iba reduciendo asimismo su cotilleo, iba sembrando cada vez menos cizaña, dejando que fueran otras ahora las que criticasen y sembrasen a su gusto su maldad. Ella se contentaba con escuchar. Y aún ni eso, disminuía que estaba de los oídos también. Siempre agarrada del brazo de una amiga. A veces soltaba de cuando en cuando un 'sí', 'ya ves', o algo así parecido, como un silbido que le salía despacito de entre sus encías de ancianica. Incluso dejó de mencionar a su difunto Ricardo, que llevaba ya tantos años esperándola bajo tierra. Dejó también de comer, y hasta de beber casi, no porque faltase quién le diera, sino porque al parecer no lo necesitaba: ella se autoalimentaba, comía de lo que llevaba dentro, su propia materia viva, como dicen los científicos que se autoalimentan algunas bacterias. Así iba ella consumiéndose de día en día y, como siempre usaba las mismas ropas, cada vez se la veía menos, su personilla: esos ojitos, la naricita, la barbilla apuntando siempre al cielo, una boquita como una llaga por donde salían esos silbidos que era todo lo que le quedaba para comunicar con sus semejantes. Hasta que un buen día desapareció (lo que de ella quedaba) entre sus ropas negras, allí mismo, en la calle, entre amigas y conocidas. Por encanto se esfumó, un poco como ocurre con las brujas de las películas de dibujos animados cuando reciben una ducha de cierto ácido y se volatilizan. La enterraron, y a otra cosa. Que Dios la tenga en su gloria, pobre encantadora Amparo, siempre viuda y siempre anciana.

Y con la desaparición de la señora Amparo sintió Dorotea aún más su soledad. Se habían encontrado a menudo últimamente en la calle (pues es inútil pensar que la anciana pudiera subir y bajar escaleras, y piso propio ella ya no lo tenía.) Iban caminando junticas hasta la Plaza Mayor, a sentarse en un banco y charlar por un rato como en otros tiempos. Había sentido en su brazo Dorotea (en esos cortos paseos) la presión, ya sin fuerza, de una amiga que se iba; y una o dos veces le había cogido la manita amorosamente para indicarle el camino o para cruzar la calzada. Ahora todo eso lo echaba de menos. Había sido aquello, para una y para otra, como un agarrarse a la vida, ese contacto, ese calor amoroso, y las charlas en el banco, los suspiros. Y Dorotea sintió como un desgarró cuando la otra

se fué. Se sentía muy triste. La vida le pareció de repente más vacía, tan sin propósito, que una vez hasta estuvo a punto de arrojarse por el balcón a la calle.

Para consolarse y olvidar, seguir olvidando, se dio aún más a la bebida; y cuanto más bebía, mas quería y más necesitaba. Era casi lo único que hacía en todo el día, empinar el codo en casa y emprender un viaje a la taberna de cuando en cuando. – Tres cuartos de tinto – decía, dejando en la barra la botella de Anís del Mono -, y dámelos bien servidos.

Como su marido, como casi todos los borrachos, en seguida encontró la mujer una taberna que hizo suya. Tenía que andar bastante para llegar a ella, pues a fuerza de echar pestes de la Calle de las Angustias y del barrio entero, allí cerquita ya no la quería ver nadie ni en pintura.

Bajaba unos cien metros en dirección de San Pablo, entraba en una calleja que hacía cuesta y que la llamaban del Rosario, cruzaba la plazuela, continuaba por una calle muy sucia de casas destartadas, y andando andandito al cabo se presentaba en un barrio donde había un convento con un solitario ciprés al lado, sitio encantador, como había pocos, de un silencio y una tranquilidad tales que pareciale aquello un paraíso, o un espejo de otros tiempos. Era difícil concebir por qué todo eso le encantaba tanto, o qué le representaba aquel extraño lugar, pues había perdido ya la memoria y el gusto para todo. Pero así era. Se quedaba contemplando ese rincón recoleto, y gozaba. Soñaba, sin duda.

Pues bien, en este barrio alejado había una taberna, situada en la conjunción de dos calles o callejas de diferente nivel; y estaba la tasca como encajonada a la entrada misma de la calle baja, la de menor nivel, al pie de unos peldaños de piedra: un escondido agujero sucio de papeles y hojas de árboles que el viento encajonaba con la humedad del lugar.

Allí se escondía Dorotea, sentada en un rincón, olvidada y olvidándose de todos y de todo. Una tarde en que estaba así sentada en su taberna, apurando una media botella de blanco y dando unos suspiros que no parecía sino que se le desgarrara el alma, tuvo de pronto un momento de lucidez. Era la taberna pequeñita.

Un mostrador de dos metros a un lado, y un par de mesas al otro, con los correspondientes asientos (un banco para el que se sentara contra la pared.) Dorotea estaba sentada en este banco, mirando al mostrador. A su derecha había una puerta que daba a un cuchitril donde solían jugar los clientes al dominó o a las cartas. A su izquierda, además de la puerta de entrada, había una ventana escaparate. Eran las cuatro de la tarde y no habían dado aún la luz. Descansaba con los brazos en la mesa, acariciando con entrambas manos el vaso mediado de vino. De vez en cuando se llevaba el vaso a los labios, tomaba un sorbo, paladeando bien el vino antes de echarlo al coleteo. Luego permanecía inmóvil como una esfinge por un largo trecho, contemplando con ojos apagados el líquido dorado en el fondo de su vaso, que era ancho y de poca altura. - ¡Bah! – se dijo al cabo; y empujando el vidrio a un lado, dejó caer la cabeza de lado en el antebrazo, y nuevamente se quedó inmóvil.

Por estar situada la taberna en la conjunción de dos calles de nivel diferente, había una escalinata que unía las dos vías públicas. Desde su posición inclinada, la oreja derecha en el antebrazo, veía Dorotea, a través del vidrio del escaparate, la masa húmeda oscura de los peldaños de piedra y, por encima, la llovizna, tejados inclinados de casas derrumbosas, y el cielo gris de plomo. Era una tarde lluviosa de otoño. Más cerca, en el escaparate mismo, se veían unas grasientas ristras de chorizos, manojos de ajos y, asimismo colgada de un cordel, una hermosa langosta colorada que alzaba sus tenazas abiertas al cielo. Como tenía la cabeza apoyada en la mesa, lo veía todo desequilibrado, patas arriba, por así decir: las aristas de las fachadas de las casas de enfrente, los banzos o peldaños de la escalinata, las ristras de ajos y chorizos y las grandes tenazas de fuego de la langosta. Afuera, en uno de los peldaños de piedra, había una pelota de trapo descosida, enseñando las tripas como de papeles de periódico: seguramente que un chiquillo la había enviado de una patada desde la calle superior y había sido luego incapaz de encontrarla.

-¡Bah! – volvió a suspirar la mujer, los ojos fijos en la descompuesta pelota de trapo -. ¡Qué más da! ¿De qué sirve el preocuparse así? Si ya no hay remedio.

Estuvo pensando un minuto. Sus ojos castaños denotaban un dolor que, cosa rara, no estaba velado por esa indiferencia y ese olvido con que de ordinario habillaba lo poco que le quedaba de humano sentimiento para no sufrir.

“Mira la pendón de doña Juanita – musitó -, lo bien que le ha ido todo. A lo mejor mi Feli tiene también suerte.”

Era el instinto feroz del ser vivo que se aferra a la vida; de la madre que, a pesar de todo lo que han tratado de enseñarle los curas, no cree en lo más mínimo en el más allá y sabe que la eternidad es la descendencia, un ser que da vida a otro ser, que prolongará la suya por los siglos de los siglos; el egoísmo individual que se transforma en una especie de amor, un sentimiento de posesión hacia lo que ha salido de sus entrañas, de sus tripas.

“¡Oh Feli, oh mi Feli – repitió para sí – ay!” Y una chispa de genuino amor apareció en sus ojos pardos tristes, sanguinolentos.

Un perro callejero, flaco y sucio de barro, que se movía de lado, subió lentamente los dos primeros banzos de piedra, husmeándolo todo; detuvo su hocico un instante en la pelota de trapo, esperando sin duda encontrar algo de comer en su interior, y en seguida, desengañado, alzo una esquelética pata rota en el aire y dejó caer unas gotas amarillas; y se fue a continuación escaleras arriba tan lentamente y tan torcido como había llegado.

“Para eso es para lo que se viene al mundo – se dijo Dorotea, siguiendo el hilo de sus pensamientos -, para sufrir, cansarse en vano, y nada más.”

Subió corriendo los peldaños un soldado raso, produciendo un ruido metálico con la armadura de sus botas de caña (era de caballería); acababa de abrir los ojos Dorotea, y vio como estrujaba una bota negra la pelota de trapo, la cual reventó por completo ante la agresión, viéndose salir del interior una masa gris húmeda que estuvo colgando unos segundos al borde de la escalinata, balanceándose en la lluvia; y no parecía, a los ojos de la mujer, sino que la tenaza de la langosta, en el

escaparate, fuera a tragarse esa húmeda masa, que finalmente cayó en picado al suelo.

“Los hombres ya se sabe – se dijo la mujer tristemente -, a dominar, aplastar, matar y destruir. Y a nosotras las mujeres... siempre lo mismo. ¡Pobre Feli!”

Empezó a sentir el frío; empujó el cuerpo hacia el rincón, apartándose cuanto pudo del vidrio del escaparate, tocando con la cabeza y una parte de la cara el tabique que separaba la taberna propiamente dicha del cuchitril donde habitualmente se jugaba al dominó o las cartas. Estaba a punto de echar una cabezada, cuando alguien entró en el establecimiento. Abrió los ojos sin moverse. Pasaron tres hombres en la oscuridad, y ella, todavía quietecita, bajó los párpados y volvió a dormir.

CAPÍTULO 11

.... Soñó que oía a unos hombres que decían en voz queda algo sobre la libertad. Sabía que estaba soñando porque se hallaba en un lugar solitario y oscuro. Inmóvil, como si estuviera enferma en la cama. Era una realidad tangible que contemplaba: con bultos y voces, seres humanos que usaban palabras que ella no había usado nunca, y ciertamente no estos últimos años.

“ Libertad – se dijo, como buscando un significado al vocablo -. Soy más burra. Si no entiendo nada de nada.”

.... Pensó en el pueblo. Nada sorprendente esto. Se le representaba en sueños casi a diario estos días. Pero había algo más: las casas, callejas, personas estaban bien presentes, más claro todo que otras veces. Y no. No era Tordehumos.

.... Había estado andando mucho una tarde, una marcha que había empezado en la Calle de las Angustias. Y había llegado a aquel lugar como por milagro. O tal vez no. Quizás se había desmayado en la calle, y alguien la había traído. Un banco contra la pared, una tasca, un edificio destartado de adobe o arcilla. Pero ¿qué había pasado entre tanto, es decir, cuando perdió el conocimiento y cayó al suelo?... ¡Tanta lluvia, no era nada extraño que hubiera resvalado y se hubiera caído!

.... ¿Sería verdad que oía esas voces, veía esos bultos, que había ahí con ella esos tres hombres? Si se esforzara, si moviera un poco su cuerpo, la cara, los ojos abiertos, seguro que podría ver esos tres rostros, si en verdad eran seres humanos y no fantasmas. Pero no podía ni moverse ni cambiar de posición. Estaba como atada a un banco y aunque lo intentase, saliera un poco a la calle, buscando aire, respirar el aire fresco, su cuerpo no obedecería. Lo sabía.

.... Hizo no obstante un esfuerzo para auparse un poquito, agarrándose desesperada a un hierro que colgaba de las bardas de un corral. Le vino a la mente el nombre de un hombre, ¡Ferrer!, aquel joven catalán de que se había enamorado

tan perdidamente a sus dieciocho años. Estaba escuchándole. Era la misma voz, por lo menos.... Los otros dos eran gente de Castilla, para ella desconocidos; es decir, ni siquiera les veía bien. A un momento dado, de pronto, vio claramente a los tres jóvenes entre las gallinas y las otras aves de corral, como si estuvieran escondidos, o que estaban huyendo de algo. No sabía, no estaba segura de nada. Los hombres, las cosas, tanto movimiento en derredor la cegaba.... Tenía mucha fiebre.

.... Les vio sentados en la paja, jugando en una mesa al dominó. Podía oír los golpes de las fichas en el mármol, que a veces le impedían oír bien esas voces, o murmullos suaves, palabras apenas inteligibles:

... las obreras de una fábrica se han encerrado en sus naves.

... en toda la ciudad –(no pudo oír el nombre)- se han parado las fábricas textiles... y otras más.

... las valientes obreras amenazadas han decidido –(el estallido de una ficha de dominó en el mármol.)

.... Pero ¿qué? ¿A qué estaban decididas? ¿Quién? Casi le salió un grito de la garganta. Pero no, estaba como amordazaba. Sintió el violento palpitar de su corazón. Se ahogaba, una sensación de asfixia. Dio un golpe con un pie a un objeto, y a punto estuvo de caerse al suelo. Todo su pecho la agobiaba, le atenazaba un algo en la garganta, alrededor el cuello. Palpitando de angustia se echó la mano en la cabeza.... Aguzó bien el oído.

... alguien ha estado diciendo que el gobernador ha enviado la guardia civil a las fábricas.

... las esposas, las madres, los hijos han organizado piquetes.

.... respondiendo a la llamada de los obreros, se han cerrado los comercios, los bares y los cines. Es la huelga general.

... *también los estudiantes se han unido a la llamada.*

... *en las calles ha habido choques de policías y huelguistas. Los grises.*

.... "Huelga", "huelguistas", "choques", "los grises con sus matracas y sus rifles". Eran vocablos como éstos que daban el tono a la conversación... y que le decían que no podía ser verdad lo que oía, que estaba soñando, creando en su mente una mentira.

.... Pero hay realidades que no se inventan. "Es la huelga general", ella no podía haber inventado eso. Estaban allí, acá, muy cerca de ella: las voces, fantasmas, susurros, personas, las fichas del dominó golpeando un tablero de marmol..., como los disparos de un fusil ametrallador.

Estaba convencida de ello, y resolvió hacer un poco más, cruzar la barrera, entrar en contacto, comunicar. Haciendo un esfuerzo supremo, logró auparse un poquito. Por encima de las bardas del corral de su tío (sabía que era el corral de su tío, si no ¿cómo podría haber llegado hasta allí la voz de Justino, el zagal de su tío Urbano, a quien tanto amó de joven?) Sí, estaba en Tordehumos de Campos, al pie de un muro de adobe, un palomar abandonado. A menos que fuera un tabique de madera en una casa de un barrio extremo. Había salido aquella tarde de su morada, su pisito de la Calle de las Angustias, para irse a la taberna (eso lo recordaba bien), y alguien la había traído al lugar en que se hallaba: debió quedarse dormida o desmayada en el medio de una calle, ¡no podía ser de otra manera! El caso es que ahora veía a esos tres hombres, o al menos los sentía, les oía murmurando extrañamente al otro lado de la tapia, o del tabique, una madera, lo que fuera.

.... Uno de ellos era rubio, y por el acento venido de lejos. Le recordaba aquel muchacho alto de ojos azules de la Calle Esgueva, su tierno enamorado. ¡Esgueva! ¿No la habrían traído por un casual al hospital? Claro que no. Ese hospital lo habían derribado hacía mucho. ¡Sí, era la voz de Ferrer! ¡Cómo lo recordaba ahora, sentía su presencia, le escuchaba con la boca abierta!

.... Veía al muchacho en los dos sitios, en el pueblo primero, y luego en la capital, y otra vez en el pueblo. Quería llamarle, decir su nombre, gritar...; se ahogaba. De pronto, el latir ése tremendo de su pobre corazón. Palpitaba toda ella. Sentía el malestar en todo el cuerpo. ¡No, que no, que no quiero seguir soñando! Dejadme, dejadme salir de aquí. Que ya me cuidará la Feli. Y le subió la congoja a los labios, y se puso a llorar, temblando, con fiebre, ciega, silenciosamente. Quería oír las voces, quería seguir oyéndolas. Eso es lo que verdaderamente deseaba. Sólo una cosa, unirse a ellos, ¡ella que había sido siempre tan obtusa, tan sumamente contradictoria!

.... Eran jóvenes, hermosos. Si no hubiera sido tan vieja... quería moverse, correr, hacerse fuerte y luchar. Pues era de lucha que hablaban esas voces. “¡Bah! Una anciana como yo, triste, enferma, gorda y desaliñada.” Si estaba para el arrastre, y lo sabía.

.... Inmóvil, miserable, acongojada, sintiendo todo el tiempo el peso de un gran agobio, y esa horrible sequedad de la garganta, ¿qué podía hacer? Escuchar, tal vez. Había cesado el ruido de los dominós e inexplicablemente, se oían menos las voces, un mero murmullo seguido de largos trechos de silencio. Y había además otras voces, que no sabía de dónde venían. Imposible de ver claro en tan confuso estado como el en que ella se hallaba.

.... Los tres eran muy guapos. Sobre todo uno. No el rubio, ni el que hablaba como los de Tordehumos. Era moreno de ojos claros, tenía en la barbilla un hoyuelo que le recordaba mucho al artista de cine ese... (no daba con el nombre ¡me cachis en la mar!)... ¡ya! Roberto Ailó.

... *se está planeando una huelga de transportes* –(oyó al que hablaba como Ferrer.)

... *se está propagando el malestar..., subida de los precios de artículos..., las calles de Barcelona....*

.... Todo era tan confuso que, aunque intentaba, hacía un esfuerzo por coger las palabras, darse cuenta, llegar a comprender algo, no lo lograba. Sabía que aquello era importante, pero no sabía por qué lo sabía, ni qué podía ser aquello que tenía tanta importancia. Sino que al cabo supo que se trataba de algo que estaban leyendo. Era el del acento como el de Ferrer quien leía, y ella estaba en la cama herida y le escuchaba. Recordó como le habían malherido, por la noche, en la calle.... Y pensó también en el joven rubio con quien había hecho el amor en un palomar, que había muerto en la guerra, Justino. Y en lo que ocurrió en su pueblo, la paramera sembrada de cadáveres. Todo se le mezclaba en la mente.

... el mes pasado, estudiantes de medicina han quemado los retratos de Franco y José Antonio.

... han destrozado todos los carteles que imponían 'HABLA EL IDIOMA DEL IMPERIO.'

... y ahora la subida de las tarifas de los tranvías... han empezado a aparecer pasquines... octavillas y cartas repartidas en cadena, NO TOMAR TRANVIAS... en numerosas calles los obreros han apedreado los tranvías... intervenido la fuerza pública a caballo... cristales de ventanas hechas añico sembrando la vía publica... tranvías incendiados...

.... No sabía si eran sueños o lo estaba realmente viendo pasar por delante de sus ojos, un convoy de tranvías vacíos, destrozados, y la gente arrojando, a su paso, piedras y más piedras. (... - Y aquí también debemos de ir a la huelga -.) Era el catalán quien tuvo la última palabra. (... -Llovieron los cristales rotos.) Y ella se asustó muchísimo. Recordaba que siempre había sido duro, Casimiro Ferrer, justo pero duro, duro como la piedra berroqueña. Hizo un esfuerzo para levantarse, huir de allí por si acaso. No pudo ni moverse, un muro pardo enorme le cortaba el paso, la aplastaba. Quiso chillar, parar el palpar horrible de su pecho angustiado, un nudo se le formó en la garganta, y se puso a llorar a borbotones. – ¡Oh, Feli, mi Feli! - se oyó un terrible estallido. Pensó que se le había roto el corazón....

Despertó. Vio el vaso en el suelo, hecho añicos. En aquel mismo instante salían tres hombres jóvenes de una habitación de al lado, el cuchitril donde había visto otras veces a los parroquianos jugando la partida. Alguien debía entre tanto haber dado la luz; y al resplandor de una bombilla única vio, ahora a la perfección, las caras de tres hombres que salían del cuchitril de al lado. Y ¡eran los jóvenes de su sueño!

Anocheecía ya. Los parroquianos empezaban a entrar en gran número en la pequeña taberna. Se levantó Dorotea de su asiento ahogando a malas penas un gemido, las manos a los riñones. Se abrió paso entre los hombres que se apelotonaban junto al mostrador, y salió despacito a la calle. Ya no llovía pero hacía un frío de diablos. Un perro vino a lamerle la mano. Vio que era el mismo chucho tiñoso que había percibido al principio de la tarde subiendo los banzos de piedra que ella misma acababa en estos momentos de subir tan pesadamente. Agarrándose con una mano a una barandilla de hierro, metió la otra en la faltriquera, sacó un mendrugo de pan y se lo dio al chucho. No era muy perruna Dorotea, pero le dio lastimar verlo tan flaco, húmedo y triste; y tan solitario como ella.

Continuó andando penosamente, seguida del fiel amigo. En la Plaza del Val se sentó en un banco de húmedo y frío grantito. Le entró el frío en las posaderas, pero ¿que le iba a hacer?; ya no podía más. El perro se asentó a sus pies, la cola y el bajo del cuerpo en el barro, las dos patitas delanteras estiradas, artríticas y medio rotas, las orejas al aire, los ojos listos, atento al menor gesto de la mujer.

Dorotea, cuyo corazón (ni más ni menos que el de cualquier otro mortal), al fin y al cabo, estaba hecho para amar, miró con amorosos ojos al pobre chucho abandonado y, al cabo, una como sonrisa apareció en sus labios morados. Pasó sus bastos dedos por la espalda rugosa del perrito, y le vio levantar el hocico como queriendo comunicarla algo. Sintió mucho que ya no le quedaba ni una miga.

-Está agradecido, pobrete – se dijo. Y le dió mucha pena que hubiera un ser así tan por completo abandonado.

Volvió a acariciar la húmeda piel, y volvió a sentir (pura electricidad) ese amor y ese calor que tanta falta le hacían.

-Si no fuese por Lucio, te llevaría conmigo a casa, precioso -. Pero no. Ella sabía que no podía ser. Su marido odiaba a los animales y tenía mucho miedo de los perros. Por eso.

Media hora más tarde, cuando estaba entrando en la Calle de las Angustias, se dio cuenta de que todavía le seguía el animalucho, el cual entró con ella en el portal.

Había en dicho portal una puerta microscópica que daba a una especie de tienda, una construcción ruinoso de tablas y escayola, donde antaño un viejo veterano de la guerra del Rif, que había perdido una pierna en la batalla de Anual, había encontrado refugio, primero temporal, y luego definitivo, y allí se murió. había tenido, en fin, un puesto de cerillas, cuarterones de tabaco, chisqueros y otros artículos de fumador. Eso había pasado hacía años, y la tienda había cesado de existir. Sin embargo, algunas de las tablas, las más pesadas, que habían hecho de mostrador, y que no podían llevarse los vecinos para hacer astillas para el fogón, seguían allí, con unas piedras o pedazos de ladrillos y argamasa, todo muy sucio y muy cubierto de polvo. Allí se coló el pobre can, acomodándose entre las tablas y otra porquería. Como si le perteneciera aquello, como si hubiera sido él desde siempre parte integrante de aquel desecho. Dorotea se encogió de hombros y subióse despacito al piso.

CAPÍTULO 12

Algunas semanas más tarde, al encender la lumbre, según estaba arrebujiando Dorotea unos papeles que llevaban ya varios días debajo del fogón, vio una cara que le resultaba familiar. Cogió el trozo de periódico, lo extendió cuidadosamente sobre el poyo que hacía de mesa de cocina, y contempló el retrato por un buen trecho: ¿dónde había visto ella a ese chico?

En lugar de continuar la emprendida tarea, se fue con el periódico al comedor, se sentó en el hueco del balcón y cayó en una especie de modorra, o meditación, pues en ella ambos estados se confundían.

-¡Ay, qué cabeza la mía! – se decía, abriendo los párpados y volviendo a contemplar la foto del periódico: era de un individuo de aspecto fatigado y triste, aunque verdaderamente guapo; y estaba dividida en tres partes: en la del centro estaba el joven completamente de frente, y a los lados, de perfil, respectivamente mirando a la derecha y a la izquierda; tenía un hoyuelo en la barbilla, y era este detalle lo que más llamaba la atención a Dorotea -. Le conozco, le conozco – se decía -, ¡ay, qué asco! Si se parece a Roberto Ailó, ¡esta memoria mía! – y al cabo -: ¡Sí! Claro. ¡Ya lo tengo!

Trató de leer el artículo, a ver si se enteraba de algo, pero hacía tanto tiempo que no cogía un libro o leía una página impresa (una de ésas que recogía en la calle para arrebuja en la carbonera), que había olvidado hasta las letras. “Lo burra que me he vuelto – pensó -, ¡ay, madre!” Se levantó de la silla, y se volvió a la cocina. Dejó el trozo de periódico bien estirado en el poyo, pasando por encima su encarnada manaza, sucia del polvillo del carbón, y continuó con la tarea de encender la lumbre.

A mediodía llegó Feli con un paquete de provisiones. - ¿Mamá, has encendido la lumbre? – preguntó nada más entrar. Siempre disparaba al instante la

misma pregunta. Quería que le entrara eso bien en la mollera a la madre. Pues había cogido la costumbre de venir a comer con ella (para lo que traía la comida, ya guisada, y otras cosas) y no le sobraba el tiempo.

Entró precipitadamente en la cocina, sacando el puchero de la bolsa, y lo puso en la placa, avivando un poco el fuego con una palada de carbón.

-¿A qué me pones papeles de la carbonera en el poyo – la oyó chillar la madre, sentada ya a la mesa – donde una va a poner la comida? ¡Llenándolo todo de polvo!

-¡Ay, Jesús! – exclamó Dorotea, levantándose - ¡Qué cabeza la mía! ¡Pues no lo había olvidado ya! Ven, rica, dame ese periódico.

-Aquí lo tienes – dijo la hija, cuando ya la otra se lo arrebatava de las manos -. ¿Qué falta te hace?

-¡Qué falta me hace! Pues mucha falta me hace. Mira, maja – dijo Dorotea apuntando con el dedo a la foto del periódico -, léemelo, a ver lo que dice.

-¿Pero qué avispa te ha picado?

-Pues anda. Tú lee y calla.

-No. Ahora vamos a comer. Y luego lo leeré, si quieres.

Pasaron al comedor. Y una vez terminado el almuerzo, Dorotea resucitó el asunto: - Anda, léemelo ahora. A ver lo que dicen.

Se acercaron las dos al balcón, y Feli leyó en voz alta: - *“El comunismo internacional prepara nuevas agitaciones en nuestra Patria...”* - ¿Es esto? – preguntó.

-¡Yo qué sé! Tú eres la que estás leyendo. Sigue, sigue -. Y ya iba la hija a continuar la lectura, cuando Dorotea agarró el papel, diciendo -: A ver, a ver. Aquí. Mira. ¿Has leído debajo de estas tres fotos?

-Pues ahí es donde estoy leyendo.

-Pues ¡hale! ¡Lee! ¿No dice nada del joven ése?

-¿Pero a ti que te interesa, mamá? Además, si no me dejas leer, ¿cómo lo voy a saber?

-¡Pues, hale, que ya me callo! Y sí que minteresa, hija, sí que minteresa. ¡Hale! Tú continúa, que minteresa mucho, ya te diré, anda que yo me callo – no dejaba de darle a la lengua Dorotea.

-¡Calla! – gritó la hija, que continuó leyendo -: *“Los planes de agitación y de terrorismo que prepara el comunismo internacional en España, y que han tenido por consecuencia los cobardes atentados...”* ¡Mamá! – dijo la joven, parando la lectura (había un interés, tan inhabitual, reflejado en los rasgos de la madre, que la muchacha empezó a hacerse preguntas) -, a ti qué te interesa todo esto del comunismo y atentados, ¿me escuchas?

-Sí que te escucho – murmuró la madre, que se había sentado en una silla - Tú sigue, Feli, que tescucho.

-Está bien. *“Y atentados a la bomba en...”*

-¿Pero no habla nada de ese chico?

-Pues aguarda, contra. Y si no, mira, me iré un poco más abajo. *“Los proyectos de los rojos en España, donde fueron derrotados en todos los sitios durante la Cruzada de Liberación, explican lo sucedido recién en nuestra Patria, y demuestra que el comunismo internacional no desiste nunca y espera incrementar las actividades terroristas contra España...”* No parece que hable del

hombre ese. Y tú todavía no me has explicado por qué te interesa todo esto; si ni siquiera le conoces.

-Tú sigue, hija – dijo Dorotea, abriendo los ojos.

-Lo que quieras. *“Sus actividades parten ahora de Checoslovaquia y de Yugoslavia. Los enemigos de España, a fin de mantener al público en pleno sobresalto, siguiendo un plan preparado en Praga por el llamado partido comunista español, con la colaboración del comité central de Moscú, están cometiendo atentados criminales contra bancos y edificios públicos en toda España....”* ¡Ah, ahora viene! Unas líneas más abajo. *“Con ocasión de las alteraciones del orden público, producidas en Valladolid recientemente, ha sido incautado el individuo llamado Benito García Álvarez, obrero de esta ciudad, a quien han interrogado agentes de la Brigada Político-Social venidos de Madrid. Tras un intento frustrado de suicidio, este sujeto....”*

-¿Por qué te paras?

-Espera, mamá. Estoy buscando la continuación. Aquí no viene –contestó Feli, que había empezado a interesarse en la historia -. Pues no. No está aquí. Voy a buscarlo en la carbonera.

-Sí, ve. Busca. A ver – murmuró impaciente Dorotea -. A ver si lo encuentras, maja. - Y oyó que su hija urgaba entre las astillas y papeles, debajo del fogón.

-Nada, que nos quedamos sin saber en qué termina – dijo Feli, volviendo a entrar en el comedor -. Pero tú, dime, si se puede saber, ¿a qué te interesas tú en estas cosas de bombas y del comunismo? Si tú de eso no sabes nada.

Dorotea soltó una carcajada extraña. – Pues nada, hija, si yo de política nunca he sabido nada. Es que tu madre es una curiosona, ya sabes, cuando el diablo no tié nada que hacer, con el rabo espanta las moscas.

-¡Bueno! – susurró vagamente la muchacha.

-Oye, ¿cuándo me vas a limpiar la cabeza un poquito, que la tengo llenita de liendres.

-Ya sabes que no tengo tiempo. Bastante ya hago con venir a hacerte compañía en las comidas.

-Pa eso es pa lo que sirven los hijos – refunfuñó Dorotea -. Y aquí una, abandonada. ¿Es que no vas a tener siquiera unos minutos pa dedicar a tu madre, que estoy comidita de bichos? Anda, guapa, ¿qué te cuesta?

-Está bien, mamá – dijo Feli, cogiendo una peineta de un colgajo en la pared -. Pero mañana no vengo, ¡eh!, que quiero ir a ver a papá en el hospital. - Y, colocándose detrás de la silla, le deshizo el moño a la madre, y pasó la peineta lentamente por el cuero cabelludo, concentrando la mirada.

-Gracias, maja – murmuró complacida la madre.

La joven se dedicó a la tarea durante un cuarto hora, pasando la peineta de manera que alzaba los cabellos, espiondo entre la caspa; cada vez que veía un piojo o una liendre, aplicaba las yemas de los dedos índice y pulgar de la mano derecha, deslizándolos apretados a lo largo de la hebra, colocaba el parásito en la uña del pulgar de la otra mano y aproximaba en seguida el otro pulgar, aplastando como una apisonadora.

-¡Bravo, Feli! – exclamaba gozosa la madre cuando se producía el chasquido - ¡Que se joda, hija! Uno menos. ¡Que se fastidien, que bien de daño hacen los malditos! – O bien reía -: ¡Aja, ja! Uno grandón, ¿eh? Pues aplástalo bien, que no rebulla, quel que a hierro mata a hierro muere. – Y luego -: No estarás dejando las liendres, ¿verdá? Que ya sabes que ésas tamién pican. ¡Mátalas, mátalas a todas. No dejes ni una.

Al día siguiente se encontró en la calle Dorotea, por casualidad, con la del general, la cual, contrariamente a lo que era su costumbre, iba andando ella solita por la acera de la parte de la iglesia.

-¿Andando, eh, maja? ¿Y qué le ha pasao al auto?

Bien fuera para huir de su vecina o porque ésa había sido su intención desde un principio, doña Juanita, que había llegado en esto a la entrada de Nuestra Señora de las Angustias, se precipitó en el atrio como un rayo, dando de paso involuntariamente un codazo a uno de los mendigos, y desapareció en el interior de la iglesia.

No fue tan rápida como ella su enemiga, gorda y torpe de piernas. No quita. Tras la 'general' se fue Dorotea, llegando a tiempo de verla poniéndose de rodillas entre dos beatas de una de las primeras filas junto al altar.

El sacerdote alzaba la Sagrada Forma en ese preciso instante; así que Dorotea tuvo que arrodillarse como cada cual; y esperó a que pasase el solemne momento; terminada la Consagración se levantó, lenta de miembros, pero muy resuelta, y fue a sentarse en la primera fila, a dos pasos de su enemiga.

-No tescondas, preciosa – le susurró, pero no en voz tan baja que no lo oyera todo el mundo.

Doña Juanita la miró, apretando los dientes; pero no dijo nada.

-Si no estuviéramos donde estamos – murmuró de nuevo Dorotea - , te iba a soltar yo un par de frescas.

Había llegado el momento de la comunión de los fieles, y doña Juanita se levantó con el devocionario entre las manos, piadosa, buena y bellísima: y a pasos lentos se dirigió hacia el altar. A la vuelta escogió deliberadamente un sitio alejado, en un rincón bastante oscuro.

Dorotea entre tanto se había liado ya con otra.

-¡Abuela! – le había dicho, impertinente, esa otra, tocándola en el hombro -.
¡El velo!

-¿Qué quieres? – respondió ella desconcertada, al tiempo que doblaba el
cuello.

-Pues eso – susurró la otra, señalando la cabeza -. Pues el velo.

-¿Y, si no he traído velo, qué?

-Entonces, un pañuelo.

-¡Déjame en paz, mona! - dijo Dorotea de mal humor -. Y a ver si aprendes a
no meterte donde no te llaman, quen lo que no va ni vié, pasar de largo es cordú...
¿no sabes ?

Ya en esto otras beatas estaban murmurando y haciendo siseos, pidiendo a
las dos alborotadoras que se callasen, que estaban en la Casa de Dios, por si no se
habían dado cuenta.

Dorotea se separó de las protestantes, y cayendo otra vez su mirada en la
'generalá', se fue derecha hacia el rincón en que ésta se hallaba ofreciendo, de
hijos, su alma purificada a Nuestro Señor Dios.

-¡Señor yo no soy digna... - rezaba la gran señora con ojos entreabiertos de
místico - ... de que entréis en mi pobre morada, mas decid una sola palabra, y mi
alma será salva...

-Sí, reza, reza – le susurró Dorotea al oído – que no te faltaran pecaos de qué
arrepentirte.

La otra abrió los ojos, y viendo a su enemiga tan cerca, se asustó muchísimo; lo que no impidió que actuara sabiamente y con urgencia. Se levantó muy decidida, alzó el puño derecho, y sacudió un mojicón tal a la intrusa, que la dejó tumbada por tierra. Acto seguido, recogió el bolso y el misal, cogió el portante y se salió del templo, con tanta precipitación como había entrado.

Dorotea se quedó dando alaridos, con tan mala suerte que, acertando a pasar por la acera la pareja de los grises, entrarón éstos y se la llevaron arrastrando a la comisaría.

CAPÍTULO 13

En el otoño de aquel año, Dorotea hizo una amistad donde nunca lo hubiera esperado; que a veces donde menos se piensa salta la liebre, según el dicho popular.

El viejo comisario del distrito (camisa vieja y excombatiente como había pocos) había pasado de repente a mejor vida. Por cierto que fue aquello de lo más sonado, ¡en una ciudad tan católica como la nuestra!; pues había fallecido el tal comisario nada menos que en los brazos de una fulana, en una casa de vicio muy famosa de aquel barrio.

El que le sucedió en el cargo, un hombre relativamente joven, que no había participado en la Cruzada de Liberación, ni de soldado raso ni de nada, era adepto del "cambio", y estipuló al asumir el mando que allí no se iba a torturar ya más a nadie, a no ser, naturalmente, que fuera el 'incautado' militante comunista, o se tratara de un agitador o gente de parecida calaña.

-Eso de la tortura se acabó – decía -. Si se trata de ordinarios maleantes hay que respetar a toda ultranza los Derechos humanos, ¡hombre! Pues vaya la imagen que vamos a dar de nuestra Patria a los norteamericanos.

En efecto, dar a los norteamericanos (¡que ya venían!) una buena impresión era primordial para el joven comisario del barrio. Con la visita del Presidente del Mundo Libre a Madrid, en el 53, se le había dado a nuestro país la entrada en el Concierto de las Naciones, y había que estar a la altura de ello, costase lo que costase, sobre todo ahora que ya estaba el occidente cristiano, siguiendo el ejemplo de España, rechazando el bolchevismo.

Era este nuevo jefe de la policía secreta un político de la nueva escuela del "laureanismo" gubernamental; es decir, que no era de la Falange. Era miembro de una congregación que la llamaban 'La Obra', empresa medio secreta, de tipo religioso, más importante todavía, y mas fundamentalista, que el partido propiamente fascista que en teoría todavía reinaba en España y producía ministros de camisa

azul y acicalado bigote, y no muy amigos de las nuevas sectas. Y era de más importancia la Obra que la Falange porque el Fundador de aquella no era un mero José Antonio, sino el mismito Ser Supremo. ¡Era la "Obra de Dios"!

Este miembro de esta Obra, no solamente era muy religioso, sino que además era un gran positivista: hombre convencido de la necesidad de alcanzar un alto nivel técnico en todo: la Economía, la Industria, el Libre Comercio y cosas parecidas, para así entrar un día de pleno en el Mercado Libre.

-Las Finanzas – decía – lo rigen todo, es decir, las Fuerzas del Mercado, el Crecimiento, el Progreso. Hay que ser pragmático y hay que alcanzar el bienestar del Individuo. El aliciente en el trabajo. No hay que imponer Impuestos. Hay que hacer Reformas, la Flexibilidad en todo. Es la Mano Invisible de la Economía y del Mercado la que, espontáneamente, hace que se conjuguen todos los intereses egoístas individuales, y que se realice así el bienestar de la Patria. Sin represiones, ni guerras, respetando siempre los Derechos Humanos, un Marco de Convivencia, a fin de que sea nuestra España un país avanzado industrial, turística y culturalmente, con buenas vías de comunicación y produciendo mucho, y cada estamento en su sitio, es decir, armonía de clases.

Para él, desde ahora, nada de llamar a los obreros 'gente baja', no. Operarios a sueldo, eso sí; pero sin rebajarles de su natural nivel. Estamos en un Estado de Derecho – decía -, con Marcos de Convivencia que son legítimos y aceptados por todos: fuertes y débiles, ricos y pobres, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, los que sufren y los que no sufren, los que tienen las puertas abiertas y los que las tienen cerradas, y finalmente los que sean adeptos a la Obra y los que no lo sean. Todos iguales bajo la Ley y dentro del Consenso general.

Todo lo que había que evitar era el innecesario exceso, que podría ser contraproducente en la lucha implacable que tenía que llevarse a cabo rajantemente contra el marxismo en todas sus manifestaciones.

-Sobre todo, hay que mantener la paz, la unidad y la esencia católica de España – les decía a sus subordinados -. En cambio, hay que adaptarse a la época,

modernizándose. Que España es un país considerado hoy día por la Carta del Atlántico (léanse los periódicos) como un baluarte de la defensa del Occidente cristiano y civilizado. Aún más, caballeros, hay que continuar dando ejemplo al mundo, pues ¿no somos nosotros los más implacables enemigos del comunismo ateo y materialista? Y ¿no está siguiendo nuestro ejemplo la misma Norteamérica? Pues eso. La imagen de España en el exterior tiene que ser implacable. Tenemos que demostrar eficacia y modernidad, no sólo en la lucha contra el comunismo y el terrorismo, sino también en nuestra manera de comportarnos.

Este hombre, pues, que a diario sermoneaba a sus servidores de esta manera educada y cristiana, no podía consentir que se le sacudiera el polvo así a una pobre vieja. Había que distinguir (no se cansaba de repetir) entre perturbar el orden público para provocar conflictos tales como las huelgas, coaliciones de obreros y otros actos de rebeldía, que había que reprimir, y el mero hecho de que una borracha o un juerguista fueran por la vía pública armando jaleo.

Y cuando un funcionario amigo le dijo una vez (buscando clarificación) que estaba escrito en el Decreto-Ley que serían “culpables de rebelión militar los que atentasen contra la dignidad o el prestigio del Estado o de las Autoridades,” y que Dorotea había injuriado a la esposa de un general, don Anastasio Rizos Rubio, que así se llamaba nuestro comisario, simplemente respondió:

-¿Qué general ni que niño muerto? – Y soltó una carcajada; y aún hay quien dice que comentó con sarcasmo que “a ese Argamesilla no le beneficiaba el Decreto-Ley. ¿Autoridad? ¡Miauu! Ése lo que es, es falangista acérrimo, y ahora lo que se impone es **otra** cosa.”

Se equivocaba don Anastasio, si eso dijo. Verdad era que durante la guerra Don Joaquín Argamesilla Picavía había sido sucesivamente jonsista y falangista, y que había llegado a estar muy alto en el escalafón del “Movimiento.” Pero ya no lo era, ni llevaba la camisa azul de la falange debajo de la guerrera, como había hecho siempre hasta hacía unos meses. Más aún, estaba este caballero Argamasilla haciendo sus gestiones para afiliarse (aunque nada más fuera de “miembro

simpatizante”) a la mismita poderosa Congregación cristiana a que el comisario pertenecía, que era la Obra de Dios .

CAPÍTULO 14

Con todo la vida de Dorotea no cambió tan radicalmente como se hubiera podido esperar. Tuvo la protección, eso sí, del señor comisario Rizos Rubio, que la llamaba por su nombre de pila muy campechanote (el diminutivo, desde luego), cuando se topezaba por ahí con ella en la calle, o cuando la traían los guardias para el calabozo; y hasta le daba conversación por un rato (“amiga Doro” y esas cosas) en su propio despacho, pues él era muy democrático y, además, que le hacía ‘mucho gracia oírle soltar esos disparates.’

Pero todo es relativo en esta vida, y sus horas de mazmorra no se las quitaba nadie a la Doro. Pues si bien el comisario era muy bueno, eso ya se sabe, todavía hay gente mala y muy dañina en este mundo; y había entre sus subordinados aún mucho elemento fascista de los peores; es decir, policías de la vieja escuela, los cuales no dudaban en vengarse muy severamente (en el cuerpo de uno u otro de los “incautados”) de los insultos que a diario recibían de “ese jodido hipócrita” que les había caído últimamente de jefe.

Concretamente, la mañana en que la sacaron los grises de la Iglesia Penitencial de Nuestra Señora de las Angustias, después del mojicón que le endiñara la ‘generalá’, pasó la incautada Dorotea Platero Jiménez a la comisaría a eso de las diez, hora muy temprana para que estuviera allí don Anastasio que no llegaba nunca antes de las once. (El nuevo grupo gubernamental de don Laureano estaba tratando precisamente de corregir ese defectillo, era su principal punto de gobierno.)

Y donde el gato está ausente, los ratones se ponen en seguida a bailar y regocijarse. ¿No estaba en la casa don Anastasio? Pues a frotarse las manos de contento los agentes.

-Ya veréis – les dijo, temblando, la pobre mujer -, ya veréis, si me hacéis daño, cuando venga don Anastasio, la que os va a dar; que él es muy justo y muy bueno con los pobres.

-Meterla en mi despacho – ordenó el inspector jefe a los agentes.

Era este inspector un hombre fiero, a pesar de la sonrisa azucarada que asomaba a veces por debajo del bigotillo, cabello negro, el rostro acicalado y siempre bien afeitado. Se había hecho el pobre de la Falange para medrar y, mira por cuanto, ahora venía eso del Opus Dei. Así que ni ocultar podía su frustración y mala leche.

-¡Sujetármela bien! – ladró, cuando habían ya entrado todos en su despacho, que estaba pegado al del comisario. Dio una última chupada al cigarrillo rubio perfumado, lo arrojó con una toba hacia la escupidera del rincón, se quitó la americana, y arremangóse parsimoniosamente la camisa; todo esto sin dejar de sonreír. Luego, levantó la mano derecha por encima del hombro izquierdo y sacudió de revés un tal latigazo a la incautada, que ésta se hincó delante de él de rodillas, la boca bañada de sangre.

La pobre aulló como un animal herido.

-No, no llores – le dijo con voz suave el inspector, al tiempo que se pasaba la mano por su brillante engomado cabello -. Que eso no es nada para lo que te espera. - Volvió a subirse las mangas de la camisa, que no era azul, como otras veces, sino blanca almidonada -. Verás tú cómo aprendes, maldita, a no meterte con las Autoridades. ¡Prepárate! - Y, así diciendo, arremetió contra ella con los puños con tal saña que en seguida ya no fue necesario que la sujetara nadie.

En esto oyeron voces en el entresuelo. Era el comisario, que había llegado más pronto que de costumbre y había pillado a los guardias jugando a las cartas en el vestíbulo.

-¡¡Qué imagen se van a llevar de nosotros los extranjeros que en gran número están viniendo este año a España!! – oyeron que gritaba don Anastasio. Y al mismo tiempo se oía el alborotado correr de los guardias -. ¡¡Severino!!

El inspector se puso muy nervioso y muy pálido. – Llévala de aquí – les dijo a los agentes, dando una patada a Dorotea.

Pero no les dio tiempo más que para amordazarla y salir corriendo: el comisario estaba llegando al piso, y ya entraba apresuradamente en su despacho grande, llamando a gritos a su inspector jefe: - ¡Severino! ¡Severino!

Dorotea se quedó sola en el cuarto, el cuerpo tan magullado que apenas se podía mover. Y, por la ley de las compensaciones y además porque le habían espavilado los gritos, su capacidad cognoscitiva había adquirido un inesperado auge. La mordaza le impedía hablar, eso sí, pero no le habían tapado las orejas.

Oyó voces de hombres. El comisario y sus subordinados. Aquél preguntaba algo, protestaba con mucho genio; y los agentes trataban en vano de apaciguarle. Eran unos y otros muy conocidos de la pobre incautada: así que podía distinguir sus voces, sin necesidad de verlos, y calcular dónde estaban posicionados unos y otros en la inmensa sala, que también conocía muy bien.

Pensando la pobre que todo ese alboroto se debía a que don Anastasio había de algún modo descubierto que habían estado martirizándola los agentes, agudizó el oído e incluso logró arrastrarse hasta el tabique que separaba el cuarto de la sala del comisario.

Oyó la voz del inspector, pero no llegó a entender nada. Es decir, entendió sólo una palabra, “*expediente*”, que ya había ella oído otras veces allí mismo, en otras ocasiones. La palabra fue repetida varias veces. Luego vino algo más clara la voz de don Anastasio.

-Nuestro deber... agitación marxista... orquestando una campaña... Praga y Moscú...

A decir verdad, ella no entendía nada; ni era exactamente eso lo que oía. "Marxista" sí lo sabía. "Eran los rojos." Pero "orquestando" no; para ella orquesta era la música, un teatro o un templete.

"Orquestando una campaña," volvió a oír.

¿Qué podía estar diciendo el comisario, y a qué venía hablando ahora de una "braga"? ¡A, sí! Sería pues verdad que estaban hablando de ella, una braga eso era de mujer. Seguro, era el comisario quien había dicho "braga" y "mosca". Al inspector ni siquiera le escuchaba, ¡odiaba tanto a ese personaje!

¿Pero "mosca"? Ahora hacía mucho frío y no había moscas. No, no comprendía nada.

-No se trata de... elementos disafectos – oyó a don Anastasio -. Hay un plan de subversión... que afecta ya a Valladolid y otros puntos de Castilla.

Era el señor comisario. Agudizó Dorotea no sólo la oreja, sino todos los sentidos: *-No se trata de... elementos desafectos – repitió don Anastasio -, hay un plan de subversión que afecta ya a Valladolid...*

"Subversión... Valladolid." Parecía que era otra cosa ahora, y era una desilusión saber que no hablaba de ella, después de todo. Pero continuó escuchándole, más bien porque le gustaba oír su voz: *...complejos industriales de la zona... huelga general...*

Ahora sí: una huelga y un general. ¿Sería del general Argamesilla de quien hablaba ahora el comisario?

... hay que atraparles a todos... actividades... fines subversivos... huelga... huelga.... ¡A ver, Severino, déjame ver ese expediente!

Sin saber por qué, la incautada sonrió un poco al oír esa palabra “huelga” repetida varias veces. Debió dormitar un largo trecho. O bien se habían callado todos de repente.... No oía nada. Ni voces, ni pasos, ni otro ruido alguno. Sí, un ruido de repente que conocía bien: ¡una máquina de escribir! ¡ta ca ta, ta ca ta, tac atán! Paró el ruido, y uno de los policías leyó algo: no sabía cómo lo sabía, pero reconoció que era una lectura. Y no entendió mucho, la pobre, hasta que, ¡zas!, como un rayo, ciertos vocablos ..., un nombre... “*Benito García Álvarez.*” Y por algún motivo pensó en Roberto Ailó... y en su hijita Feli leyéndolo... un cacho de periódico sacado de la carbonera.... No. Era una taberna... aquella tarde fría de otoño.

-... cuando usted lo ordene efectuaremos una redada...

“Redada, ¿que quiere eso decir?”

Unos pasos y, muy cerca, la voz de alguien que explicaba: - *Son problemas de aparejadores, don Anastasio, que alguien debió dejar caer cuando repartía octavillas.*

“Octavillas” sí que sabía, había oído la palabra muchas veces; pero “parejadores” no, ¿qué quería eso decir?

-Pues habrá que encontrarle – oyó la orden del comisario -, buscar en todas las academias de arquitectura y aparejadores...

“¿Parejadores?!” ¿Otra vez?!. Estaba tan cansada que volvió a adormilarse. Y tuvo un sueño. Medio despierta soñó. No había nadie en su sueño. Sólo ruidos. Y algunos objetos. Muy confuso todo. Eran sombras, movimientos. Voces. Y las palabras siempre las mismas, redada, redada, cademia, parejadores, parejadores, parejadores... Y un gran velo pintado de colores múltiples que lo cubría todo.... Y cesaron los ruidos.

Era una mujer que no se había metido nunca en nada; nada le había nunca interesado (sobre todo estos últimos años.) Era un trozo de materia animada, una

masa de carne y hueso y sangre, los nervios, las arterias, funciones digestivas, la médula espinal... y que arrastraba una vida en apariencia humana que no era sino animal. Lo había aceptado siempre todo para seguir viviendo... y había sufrido mucho en consecuencia. ¡Dios lo había querido así!

Comentario [12]:

Sin embargo, ella no había sido siempre así de desgraciada. Había sido hermosa, había amado, una vez casi había sido feliz. ¿Qué había pasado? Había visto como el mundo cambiaba, y como con el cambio muchas cosas se desmoronaban; otras sucedían a aquéllas, que no eran menos malas. Y ella había tratado de adaptarse a todo, ¿qué de malo en ello había?

Cosa rara, en estos momentos reflexionaba. Pensó en las cosas de la república y de la guerra, y le vinieron a la mente emociones varias, sentimientos, tristezas, dolores. Ideas. Palabras sueltas. Como un martilleo... - ¿qué querría decir eso de 'problemas de parejadores'? 'Huelga', eso sí que lo sabía. Como sabía, o recordaba, que en su tiempo había habido redadas, alzamientos, falangistas, muertes y fusilaminetos. Lo había vivido en su carne entonces.

Meras visiones difuminadas, cada una un momento del pasado. Tordehumos. Los falangistas asesinando a todos aquellos que verdaderamente representaban al pueblo. Valladolid. La Casa del Pueblo destruída, la calle cubierta de cadáveres. Y ella misma siendo paseada por la ciudad en un camión como animal enjaulado... en una mazmorra del cuartel le habían hecho aquellas heridas. ¡¡Severino!!

Por suerte, aquella mañana, antes de que le hubiera dado el inspector aquella paliza tan tremenda, tenía la mente bastante clara, al no haber tenido aún tiempo para emborracharse. Y aunque los palos destrozaron su cuerpo, al revés, le agudizaron la mente: así que ahora, algo de lo que estaba oyendo le quedaba.

Más tarde podría reconstruir las imágenes, lo que había visto y oído, lo que había vivido tan intensamente en el despacho del inspector, o lo que había soñado en el reposo que siguió a los palos y a los ruidos y a las voces de aquellos representantes de la Autoridad.

Por el momento dormitaba. Un silencio absoluto alrededor de ella.

... Iba atravesando un campo de trigo, festoneado de rojeces de amapolas. Un hombre rubio y fiero la llamaba: era Justino. No le había olvidado, no.

... Ella quería correr con él. Y ni siquiera podía andar. Ni los brazos podía mover. Trató de gritar; pero algo le cubría la boca...

.... Ese velo de colores intensos (que la cubría y cubría el mundo a su alrededor...) que no podía levantar.... Empezó a llorar y el sol le quemaba las lágrimas, un escozor terrible en los ojos. Trató de librarse de aquel peso horrible.

Despertó , ahogándose. Alguien estaba enfocándole con una linterna. Mucha luz y mucha sombra.

-¡Levantarla! – oyó una voz severa, que conocía muy bien.

Sintió que la aupaban del suelo, le quitaban el trapo ese de la boca, que estaba bañado de sangre. La sacaron a un pasillo, que daba vueltas... una escalera, y un pozo oscuro. La condujeron escaleras abajo, y la arrojaron a la calle.

Era noche cerrada. La gente salía de los espectáculos. Aquella sed que había sentido todo el día le hizo dirigir sus pasos hacia una taberna. Se sentó en un rincón, sacó un monedero grasiento del sostén, y examinó su interior. Nada más que dos reales. Justo para dos chatos.

A la madrugada, la echaron a la calle.

CAPÍTULO 15

Al día siguiente, Dorotea relató a su Feli lo que le había pasado en la comisaria y, especialmente, lo que había oído, las voces de unos cuantos policías, al otro lado de un tabique en una habitación en que había estado encerrada. Todo muy confusamente, lo que en cierto modo aumentó la curiosidad de la hija: doña Juanita, Severino, don Anastasio..., sin olvidar que había oído el nombre de ese joven que se parecía a Roberto Aylor.

-¡Mamá! ¿Cuántas veces voy a tener que decirte que no te metas con la de Argamesilla, que a ti nada te ha hecho? Y mira luego lo que te pasa.

-Sí, hijita. Ya no lo volveré hacer. No pienso meterme en nada de ahora en adelante. Pero en verdad te lo digo. ¿No te acuerdas? Que lo leíste en el periódico. Y yo lo oí bien claro que le decían Benito García Álvarez.

-Bueno, ¿y qué?

-Pues eso, Feli, que van a buscarlo al otro.

-Pero ¿de quién estas hablando? ¿Qué otro?

-¡Oy! Pues los otros dos que estaban con el Benito ese. Si se lo oí decir a don Anastasio. Cómo le llaman, ¡ay!, cómo le llaman.... Redada o algo así. Van a buscarlos pa matarles, bien claro está.

La joven no contestó, y la madre, desesperada, se sentó en una silla, y estuvo murmurando ella sola: - Bueno, que... son tonterías, ya lo sé. Además, que hablaban de una braga...

-¡Braga, ahora! – le cortó Feli, que estaba colocando los platos y cubiertos en la mesa - ¿Qué cuentos son esos?

-Pues sí, majica, queso es lo que dijeron, ‘en braga y mosca.’ Y atentados.

Cansada como estaba, y aún de mal humor, Feli no pudo menos que sonreír: - No es braga – dijo -, ¿no recuerdas? -(Y de repente se acordó de lo que había leído en el cacho de periódico de la carbonera)-. Probablemente dijeron en Praga y en Moscú, son dos ciudades, en el extranjero. Y que decían que de allí venían octavillas o algo así. Y, además, ya te lo he dicho varias veces, que qué avispa te ha picado. Todo eso de huelgas, octavillas y atentados, y no sé qué, ¿vas a meterte en jaleos, a tu edad?

-Tíes razón, majuca, si yo nunca he sido muy politiquera, eso ya lo sabes. Solamente que era tan guapo. Bueno, los tres.

-Tú qué sabes de guapuras..

-Pues sí que sé. ¡Ah! ¿Pero no te lo he dicho? Pues claro que te lo he dicho, que les vi: al de las fotos y otros dos. Pues en una taberna. Por ahí, más allá de la cuesta esa, la Plaza del Rosario, majina, y luego, pasado el Mercado del Val....

-Bueno, bueno. Vamos a dejarlo.

Dos o tres días más tarde volvió Feli Muñeiro Platero a oír de huelgas, octavillas y manifestaciones. Era domingo. Había decidido ir al barrio de Santa Clara, un distrito de casas viejas, corrales y casi todos los establos de ganado vacuno de la ciudad. Allí vivía su tío Santiago desde su matrimonio con Eleonorita, la hija de la lechera de la Calle de las Angustias. Había pensado pasar la mañana con sus tíos, y de paso ver a sus primitos.

De pronto, oyó que la llamaban. - ¡Feli!

Dio media vuelta, y vio que era una antigua compañera de la escuela de caridad, donde había pasado su niñez y parte de la adolescencia: una chica a quien las monjas llamaban Angustias, y a quien ella y las demás alumnas le decían Susi.

-¡Hola, Susi! – dijo, devolviéndole el saludo – ¡Chica, cuántos años sin vernos!

-Lo mismo digo yo – respondió la amiga, abrazándola con cariño -. ¡Qué sorpresa!

Como iban en la misma dirección, hicieron el resto del camino juntas, platicando. Susi habló de una manifestación que iba a haber aquella misma tarde, y añadió que en esos momentos iba ella a ayudar a sus hermanos, que estaban repartiendo octavillas a la entrada de la iglesia del barrio.

Llegaron a la glorieta a tiempo de ver como unos guardias dispersaban, a las puertas del convento de Santa Clara, a un grupo nutrido de obreros, entre los cuales se hallaba un sacerdote. Apenas lograban los guardias dispersarlos, cuando aparecían otros obreros repartiendo octavillas entre los curiosos que habían acudido en gran número a ver lo que pasaba. Llegó en esto una camioneta de la policía armada, con más guardias. Descendieron como una docena de ellos, que arremetieron contra los que se hallaban congregados a la entrada del templo.

-¡Los grises! – chillaba la gente.

En seguida restablecieron estos grises el orden, llevándose en la camioneta a dos obreros y el sacerdote, los cuales habían tenido sin embargo tiempo de arrojar al aire el resto de las octavillas, que ahora recogía la gente a hurtadillas del suelo, escondiéndolas acto seguido en el pecho o en los bolsillos; y hasta hubo una mujer que se atrevió a gritar: - ¡Asesinos!

Y alguien dijo: - Son unos salvajes.

Las dos amigas habían sido empujadas, al principio del revuelo, contra la fachada de una casa, y lograron esconderse en un portal, desde donde contemplaron a los policías armados, una verdadera tromba, soltando matraca, a diestra y siniestra, contra todo lo que se movía.

Viendo que ya se iba el camión, Feli dio un suspiro de alivio, al tiempo que se volvía hacia su amiga. Estaba ésta haciendo pucheros de la manera más lamentable: unos ojos negros llenos de lágrimas. En seguida lo comprendió todo. – Ven, Susi – dijo, abrazándola -. Nos sentamos en un banco.

En la escuela nunca habían sido muy amigas, a pesar de que estaban en el mismo grupo. Feli era más de dos años mayor que las de su clase, y por lo mismo nunca había ni intentado hacer amistad con ninguna de ellas. Años después se daría cuenta del error que había cometido, al comprender ahora algo que debiera haberle aparecido como evidente desde el principio: Encarnita Alcocea y Teresita Puyol más que amigas habían sido sus “señoritas”, lo habían sido entonces y lo fueron, aún más, después cuando ella devino una sirventa de la casa Alcocea; luego lo sintió más directamente en su propia carne, al devenir un objeto de gozo de un falangista muy rico. ¿Cómo dar un nuevo rumbo a su vida?: demasiado tarde (pensaba), ya no tenía arreglo; estaba condenada a la esclavitud ya para toda la vida.

-Se los han llevado – oyó que decía Susi, que todavía estaba llorando -. Son mis hermanos, ¿comprendes?

Feli ya había olvidado el objeto de su viaje a Santa Clara. Acompañó a la amiga a casa, y ya pasaron la tarde juntas.

La noticia cayó como una bomba en la familia. La madre, que había preparado el cocido del domingo con seis cubiertos, pidió a Feli que se quedara a comer con ellos, por favor. Ésta se sentó a la mesa, dando cara a su amiga. Era una mesa rectangular. A su lado se sentaba un muchacho de quince años que, como la hermana, estaba todo el tiempo haciendo pucheros.

Durante la comida, los padres, aunque evidentemente al borde de las lágrimas, hicieron preguntas a Feli sobre el colegio de las monjas, y que si le había gustado, y cuántos años había pasado allí, y otras cosas sobre la escuela y sobre su familia. Intentaban tal vez apartar de la mente las imágenes de la tragedia que acababa de suceder. Por la edad de los dos hijos mayores, calculó Feli que debían ser algo más viejos que sus propios padres. Y sin embargo ¡parecían mucho más jóvenes!

(Volvió a ver Feli a la amiga, y llegó a conocer bien a la familia Salcedo, una familia tan distinta de la suya y de todo lo que hasta allí había conocido, que a veces se figuraba que era aquél un mundo de fantasía, un algo irreal que estaba viendo en sueños. No cesaba de maravillarse y preguntarse el por qué de la diferencia. Como en su propia casa, escaseaba el dinero en el hogar de los Salcedo, sobre todo ahora que faltaban los salarios de los dos hijos. No obstante, parecía que nunca faltaba lo esencial. En lugar de vicio y suciedad, allí reinaban la paz y el amor, e incluso la esperanza, a pesar de las trágicas momentos que atravesaban. El señor Salcedo era artesano, que trabajaba en un taller de puños de paraguas y bastones; pronto se enteró Feli que, como su propio padre, había sido hecho prisionero por los nacionales durante la guerra.)

Y sin embargo, aquel domingo, pasados los primeros momentos de stupor, sin ocultar su tristeza, allí nadie dio rienda suelta al dolor: era como si quisieran hacer ver, esos dignos obreros, que estaban orgullosos de sus hijos, que sabían que éstos habían escogido el buen camino y que, a la postre, triunfarían. Se supo que los dos hermanos iban a ser juzgados por un tribunal militar, y que el sacerdote rebelde pasaría ante un tribunal eclesiástico especial (en casos semejantes, penas de hasta tres años de trabajos forzados habían sido impuestas a los agitadores.)

De todo esto fue enterándose la joven Muñero en días sucesivos, cuando empezó a salir con Susi y a frecuentar las amistades de ésta. Desde el mismo día de la detención de los hermanos Salcedo el rumbo de su vida experimentó un cambio notable. El día mismo de su encuentro con Susi, la tragedia de que fue testigo representó para ella un susto inmenso y, al mismo tiempo, un abrir de ojos.

Vinieron, el domingo aquel del encarcelamiento de los dos hermanos, un par de agentes de la policía secreta a registrar la casa. Hurgaron especialmente entre los libros y papeles de la familia, y se llevaron un montón de cosas; pero no parecía que hubieran encontrado lo que buscaban. Antes de irse, los agentes hicieron mil preguntas a la madre y al padre por separado. Luego les tocó el turno a Susi y al hermano menor. Como Feli se hallaba en el piso, también la interrogaron a ella.

Entre las cosas que se llevaron los agentes, había un diccionario de esperanto, que estaba precisamente hojeando Feli cuando sonaron a la puerta. Nunca había oído esa palabra: no sabía lo que era; y Susi le había explicado que era un idioma universal en el cual correspondía su padre, más bien por afición y curiosidad, con gente de Barcelona y aún de algunos puntos del extranjero.

Fue en ese preciso instante que llegaron los agentes. Le arrebataron el diccionario de la mano a Feli, y allí encontraron el nombre y dirección de un italiano, con el que correspondía el señor Salcedo. Se lo llevaron todo y le tomaron a la joven Muñero el nombre y filiación.

Ese fue el susto que se llevó la joven. De ahora en adelante figuraría en los archivos de la dañina Brigada Político-Social, fichada para la vida. Y ¡ella que vivía con un falangista jefe de los sindicatos verticales!

Al despedirse la joven Platero, aquel domingo, notando su amiga que el interrogatorio policial la había sacado de sus casillas y trastornado no poco, ofreció:

-Te acompaño a casa, Feli. Vamos. Así yo también cogeré el aire y a ver si me tranquilizo un poco. Han sido muchos sobresaltos juntos.

En el camino, inesperadamente, les salió al encuentro un hombre joven, bastante alto y fuerte, que quería al parecer enterarse de lo que había pasado. Abrazó el joven a Susi, y fue presentado a Feli, la cual notó que su amiga miraba al aparecido con no velada alegría.

Era este joven, por el acento, forastero, y Feli en seguida le preguntó que de dónde era y que si trabajaba en la misma fábrica que los hermanos de Susi (una empresa de automóviles que habían abierto los franceses en Valladolid.)

-Soy barcelonés, pero vivo aquí – contestó él -. Y bueno, estudio para aparejador. Estoy preparándome en una academia; ahí en la Calle de la Torrecilla.

Feli se quedó suspensa y boquiabierta por unos segundos, y exclamó: - Aparejador, ¡qué casualidad!

-¿Por qué?

- No, nada, soy tonta – respondió Feli -. Pero es que desde hace unos días no hago más que oír la palabras ‘aparejadores’...”academia” y una “redada” que van a hacer no sé dónde. Así es como lo..., bueno, quiero decir que algo así es lo que he entendido.

Aquella tirada extraña, no tan alarmante en sí, pareció coger al joven catalán por sorpresa, y le alteró visiblemente: ya de por sí bastante rubio, pareció de repente perder por completo el color. Y Feli, que lo notó, se precipitó a añadir:

- ¿He... he dicho algo estúpido? No, ya he dicho que no es nada. ¡Qué ridícula soy! En realidad (para decirlo todo) es que mi madre, que está un poco trastornada... - Se calló, no sabiendo cómo seguir; se había dado cuenta de que aquello no era una mera coincidencia; que aquel hombre, y la academia esa de aparejadores, el reparto de octavillas y la esperada manifestación o huelga general constituían en puridad un todo, perfectamente comprensible ahora: Lo que su madre había oído, y había querido decirle a ella, era que el rebelde que la policía andaba buscando era un estudiante de aparejadores.

Sin añadir palabra, cogió a los dos jóvenes, a cada uno por un brazo, y les invitó a que siguieran andando con ella por un rato. – Veniros a mi casa – dijo al fin - . No sé qué pensar, pero creo que tengo algo que contaros.

En su piso, a solas los tres jóvenes (pues el domingo nunca venía a verla el querido), Feli relató, durante más de una hora y media, toda la historia de sus desgracias familiares, aunque sin entrar en los más escabrosos detalles; explicó que estando su madre en la comisaría para 'un asunto' un día, hacía poco, la habían dejado sola en un cuarto solitario, junto a una sala mayor, llena de agentes, y esto es lo que ella se figuraba que su madre había oído.

A continuación explicó, aclarando sus propios pensamientos, lo que en un principio le había parecido un accidente banal, y que ahora sabía que no lo era: el paso de su madre por la comisaría, lo que ella misma había leído en un recorte de periódico, el conocimiento de que iba a haber una redada de la policía; una serie de coincidencias -dijo- que habían hecho ahora que ella misma (y ellos dos) estuvieran en presencia de lo que era, tal vez una trama policial de envergadura. Todo se le representaba en su mente, en estos instantes, como un libro abierto: los dos hermanos de Susi repartiendo octavillas; una redada, la caza en aquel barrio de algunos comunistas; lo de que Arturo (que así se llamaba el joven catalán) estuviera estudiando para aparejador en Valladolid, siendo, como era, de Barcelona, la evidente simpatía de éste con los hermanos de Susi; el que se habían encontrado (con esas octavillas que alguien había ido metiendo bajo las puertas, en una de las casas) unos problemas que obviamente se debía a un error, y lo de que se iba a hacer una redada en todas las academias.

Justamente un mes más tarde, Susi informó a su amiga que se iba por una temporada a Barcelona, con unos tíos. Y Feli salió a despedirla a la estación. Le había pillado la noticia del traslado de la amiga de sopetón, pero ella no hizo ninguna pregunta, ni hablaron mucho las dos sobre el asunto. Sí, una pregunta hizo Feli: - ¿Y el muchacho rubio, catalán?

Estaba el andén lleno de gente. Susi hizo un ligero movimiento con un dedo para que se callara, y murmuró, sin mover casi los labios: - Arturo es mi novio. Ya se ha ido. Gracias por todo, Feli. Tú no lo sabes – añadió, bajando todavía más la voz -; pero quizás le salvaste la vida, aquel domingo, contándole todo aquello.

Se dijeron adiós las dos amigas llorando, y antes de salir el tren, puso la viajera en la mano de Feli un libro, diciendo que se quedara con él. Se lo daba para que tuviera un recuerdo de ella por si no se volvían a ver.

Feli comprendió que había un mensaje en todo aquello. Besó a la amiga en ambos carrillos, la vio subir al vagón, y momentos más tarde contempló, con ojos velados, sumamente atristada, cómo se alejaba una compañera que había aparecido de pronto en su vida como un torbellino y que como tal desaparecía, tan deprisa. ¿Para siempre?

Cuando llegó a su casa Feli Muñeiro, se sentó en un sillón, y se puso a hojear el libro que le había regalado Susi. Era en efecto muy aficionada a la lectura, más bien novelitas rosas y otras fantasías ligeras. Vio que lo que tenía en la mano era algo bien diferente. Un libro de tamaño medio, pero bien compacto, cubiertas manoseadas de cuero, papel de biblia, líneas apretadas y letra menuda. Leyó el título: EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Notó que había pertenecido la novela al hermano mayor de Susi, 'José Miguel Salcedo', y observó que algunas frases del texto estaban subrayadas, casi siempre con anotaciones al margen. La primera de estas anotaciones con que topó, decía así: "El primer agravio que deshizo." Y las frases que estaban subrayadas en esa página eran las siguientes:

*« "Señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un criado mío"...
"dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo." »*

Y a continuación, un poco más abajo:

« "ruin villano, dijo don Quijote. Por el sol que nos alumbra que estoy por pasaros de parte a parte con esta lanza; pagadle luego sin más réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto. Desatadlo luego." »

Y aún más abajo: « *ayer recibió la orden de caballería y hoy ha desfecho el mayor tuerto y el mayor agravio que formó la sinrazón y cometi6 la crueldad; hoy quit6 el látigo de la mano de aquel despiadado enemigo. »*

CAPÍTULO 16

Aquella primavera se produjo un acontecimiento en la Calle Platerias que llenó de gozo a los sobrinos y sobrinas, presuntos herederos, de don Urbano Jiménez Jiménez. Berenguela, la vieja ama de llaves, que tantos años había vivido con el tío, y que los sobrinos temían se iba a zampar una buena tajada de la herencia, murió de súbito una mañana de un ataque al corazón. Todos dieron gracias a Dios por ello, y más que nadie el sacerdote don Florentino Beltrán Jiménez, que encendió, para festejarlo, una vela al Altísimo.

Naturalmente, todos corrieron a colmar la vacante que había dejado la difunta. Antonia Platero Jiménez, que no había dado señales de vida por un cuarto de siglo, en seguida envió a su hija Conchita, desde Barcelona, para que ayudase al tío. Paloma, su hermana menor, escribió desde Francia (a donde había huído para unirse al rojo de su marido), diciendo que no se olvidara el tío de que todavía tenía algunas tierras de ella (que le había dejado en prenda a fin de que le prestara dinero el tío para escapar escalando las montañas pirenaicas), y que si él lo mandaba inmediatamente volvería a España, ahora que ya estaban abiertas las fronteras. Policarpo Cerezo García pidió el traslado a Valladolid, para estar cerca del moribundo, y Felicitación, su media naranja, sin esperar más, salió de Madrid por el tren rápido de la Coruña, y en veinticuatro horas se presentó en Platerias, número seis al doce. Y, en fin, Santiago Platero Jiménez y los dos hermanos Beltrán Jiménez no dejaban pasar un día sin que uno u otro le hiciera una visita al viejo, por si se le ofrecía algo, ora temporal, ora espiritual.

En cuanto a la pobre dolorida Dorotea, a quien había formalmente desheredado el tío ya un par de veces, aquello le vino como agua de mayo. Como el tío ahora tendría que hacer un nuevo reparto delante de notario, se presentaría ante

él, le suplicaría, y pondría una pica en Flandes. Envió a la Feli, de antemano, con el encargo de hacer toda clase de ofrecimientos y sondeos.

-Y no tolvides, maja, de darle una puntadica – le señaló a la hija -, que ya ves que a nosotros no nos sobra el dinero.

-Tú déjame a mí – le respondió la otra -, que ya yo sabré lo que hay que hacer.

En realidad, ya pocas puntadas podía darle nadie al octogenario tío, el cual estaba ya más muerto que vivo. Había estado haciendo cama desde antes de la muerte del ama, y apenas si conservaba la vista y el oído. La nueva criada le había puesto un par de almohadas bajo la cabeza, y el hombre casi ya ni respiraba, la barba clavada en el pecho, los ojos como dos pequeñas llagas hundidas, bien protegido el cuerpo con las ropas de la cama. Esa cara redonda, coloradota, que Feli recordaba, era ahora blanca como la barba y como las sábanas.

El primer día encontró la joven mujer a uno de sus tíos, el sacerdote, muy bien afeitado y oliendo a colonia, pero tan aviejado (para ella, que no le había vuelto a ver desde cuando estudiaba en la escuela de caridad) que si no hubiera sido por la sotana y el lugar en que se hallaba, no le habría reconocido.

-Buenos días, tío Florentino – dijo, con un amago de ir a besarle la mano, que el otro retiró ostensiblemente.

-Buenos nos los dé Dios – respondió él, secamente.

Pronto se quedó Feli sola con el anciano. Le cambió la posición de las almohadas, sacudiéndolas gentilmente y bajando luego con cuidado la cabeza del enfermo. Le tocó con dulzura la frente, a ver si tenía fiebre. Preguntó a la criada que si hacía aguas el señorito intempestivamente y, cuando la otra le contestó que no, que cada cuánto tiempo hacía sus necesidades, y tomó nota de todo; ayudó a la muchacha cuando llegó el momento de ponerle al anciano el orinal entre las piernas o debajo de las posaderas.

Repitió la operación al día siguiente, y varios días más. Y al cabo los otros herederos empezaron a alarmarse. Bueno estaba lo bueno, pero ojito con la niña: que ésa se lo iba a zampar todo, si se descuidaban. Se pusieron unos y otros a contarle al tío chismes, para que le prohibiera la entrada a esa fulana, ¡ah!, pero ¿no lo sabía?, ¡si la de la Doró era una perdida que vivía con un hombre sin estar casada, uno de esos de los sindicatos verticales, padre de familia numerosa!

De hecho, el pobre anciano ya no estaba en condiciones de prohibir nada a nadie, ni habría podido espantar una mosca si se lo hubiera propuesto. Ni siquiera podía ya hablar, salvo arrastrando interminablemente las palabras, y eso sólo en los momentos de lucidez, que eran bien escasos.

Así es la vida. Un ser dominante como don Urbano, ya fuera de combate. Y, rodeado de tanto sobrino y otra parentela, que allí hacía cada uno lo que le daba la santísima gana. Es decir, entraban y salían, unos y otros, como Perico por su casa, haciendo y deshaciendo, ordenando a la criada, cogiendo cada cual lo que más le apetecía, destartalándolo todo. Peor que los Bárbaros del Norte. Al principio se llevaban las cosas medio ocultas y como por descuido; a veces metiéndose de acuerdo: se le antoja a uno esto, al otro aquello, etc. Pero luego ya nada. Nadie se preocupaba de esconder objetos birlados o de pedir permiso a nadie. Con el mayor descaro del mundo actuaban todos. Todos participaban en el despojo. Todos tomaban posesión de meras cosillas (decían), claro, a cuenta de la herencia.

Un día, Eleonora la joven, la de Santiago, echó a la criada con cajas destempladas; era una hermosa zagala de Fuensaldaña, un pueblo de al lado, muy obediente y que no se metía con nadie: ni eso la salvó; le dio un par de duros, que había sacado de un cajón, y le dijo que no la necesitaban, que entre ella y Conchita ya se apañarían. Mentira, fue Feli la que se cargó con todo el trabajo.

Por su parte Florentino ya casi no salía del piso, so pretexto de que, como era el padre espiritual del moribundo, tenía que estar a la cabecera de la cama, para cuando llegara el momento de administrar la sagrada extremaunción.

Al final todo el mundo entraba y salía dos veces al día del cuarto del enfermo, preguntándole obsequiosamente cada uno que si iba bien y que si se le ofrecía algo. Fue un milagro que no le envenenaron entre todos, administrándole pócimas, medicinas y otras porquerías a cada paso.

En presencia del anciano (lo que le quedaba de 'presencia' al pobre) todos se llevaban muy bien, besuqueándose las mujeres, llamándose unos a otros cosas agradables, ofreciendo ayudas y favores. Pero luego, cuando salían del cuarto, venían las riñas y las discusiones que era un primor. Más de una vez tuvo que subir la portera a ver lo que pasaba.

No faltó a la llamada Dorotea Platero Jiménez, desde luego. Presentóse, alborotadora como siempre, una tarde después de la siesta. No había hecho el camino de Platerías desde hacía mucho tiempo, años enteros habían pasado sin que viera al tío. Así que le encontró muy demacrado, los ojos hundidos, blanco como la cera, y se alarmó muchísimo. Se hincó al instante de hinojos al pie de la cama, agarrando la colcha de raso con las uñas, en señal de desesperación, y profirió a gritos:

-¡Ay, tío, tío!, ¡mi tío! ¡tío! – lloraba como una descosida -. Quien le ha visto y quien le ve. ¡Oh, desgraciada de mí, que voy a perder un tío tan bueno y tan querido, el más generoso y más santo de todos los tíos del mundo! ¡Ah, tío Urbano, no se muera! Póngase usted buenico y véngase a vivir conmigo, que yo le cuidaré. Ande, cúrese, y que se queden estos cuervos que le rodean con la palma en las narices, que no están más que pensando en la herencia, ¡miserables!

Casi puede decirse que fue Dorotea quien le dio la puntilla al tío. Murió éste rodeado de todos sus parientes, el mismo día que cumplía los ochenta y cinco años, que tan lucidamente había vivido aquí en la tierra.

Resultó que había dividido el moribundo su fortuna (muy justamente, por cierto) en tres partes iguales: una para la Iglesia (a repartir entre el cura de la Santa Vera Cruz, que era el barrio en que vivió sus años postreros, y el de su Tordehunos natal) y el resto religiosamente entre los descendientes, de una parte, de su difunta

hermana doña Felicitación, y de la otra los de su también difunta hermana doña Crisóstoma; con lo que los Beltrán, por ser dos, salieron ganando. Pero algo es algo y menos da una piedra, pensó Dorotea, que bien contentica se quedó con lo que le tocaba.

Había sido la voluntad del difunto que se trasladaran sus restos mortales a Tordehumos de Campos, para ser inhumado en su tierra, la tierra que había recibido a sus antepasados desde los tiempos de Napoleón por lo menos.

Y a Tordehumos se fué toda la parentela, de una parte a presenciar el entierro, y de otra, más importante, a continuar el despojo de la hacienda del que fue en vida el tío rico don Urbano.

CAPÍTULO 17

Dorotea fué a Tordehumos en el coche de Gonzalo, el cual vino muy amable a recogerla a su miserable morada de la Calle de las Angustias. ¡Cómo le habría gustado a ella que hubiera estado presente la señora Amparo según llegaba el automóvil magnífico del primo, el cual estuvo parado un buen rato, a la misma puerta de la casa, mientras ella bajaba torpemente la empinada escalera y salía del minúsculo portal como una gran señora!

El movimiento del auto y el apagado ronroneo del motor terminaron por amodorrarla. Medio soñando, miraba el interior del vehículo, satisfecha de no sabía a ciencia cierta qué. Al cabo bajó los párpados, y se quedó dormida.

Al despertar vio que dormitaba el primo, sujetando con dos manos un fino bastón con puño de marfil. Feli, en el asiento delantero, iba enzarzada en animada charla con el chófer. Oía sus voces, alguna risita, pero no llegaba a interpretar el sentido de la conversación.

Durante un buen rato contempló la mujer el paisaje, sin mostrar en apariencia ningún interés por lo que iba viendo. Pasaba todo indistintamente por delante de sus ojos: alcores lejanos, los campos, pequeñas parcelas a la vera del camino, algunos objetos más o menos reconocibles: ese movimiento de vidas humanas, jumentos, ganado, los cielos, las aves, el sol, los colores, más o menos intensos, espacios de mayor o menor amplitud..., y ni el menor signo de contento o agitación, ¡extraño es decir!

Sabía que estaba en la Tierra de Campos - eso sí -, ese inconfundible cielo límpido profundamente azul, infinito..., y el resto, un universo color ocre con una infinidad de florecillas silvestres que (ahora se acordaba) había tanto adorado en su niñez. Y le vinieron los recuerdos.

A un momento dado, algo hizo que se espabilara por completo: un graznido. Buscó con los ojos el pajarraco. Vio allí cerca un castaño silvestre, una choza abandonada; a lo lejos un hato de ovejas y un pastor. Una solitaria cabaña, una puerta, una minúscula ventana: todo más o menos polvoriento; y luego, en hilera, denotando la existencia de un arroyo, una serie de chopos, amarillos los topes de luminoso sol.

.... Luego de cuando en cuando las apretadas casuchas de adobe de un pueblo, una ligera ondulación, la parda punta de un campanario entre apiñadas viviendas y una bandada de vencejos volando a su alrededor.

.... Campos de cultivo, las mulas, borricos, labriegos y labriegas, quemados por el sol y el viento, trabajando la tierra, la hoces en llas manos; o alguna maquinaria moderna, el calor sofocante, el olor de las cosechas.

.... Un segador deja un segundo la hoz reluciente y hace una seña con la mano. “¡Adiós, hermano! Que te vaya bien. Anda que no hace años que no cojo yo una hoz.”

.... Otro campesino, cuyo lento carro adelantan en la carretera, inclina su cubierta cabeza sin decir palabra para que no se le caiga la colilla que aprieta entre unos labios arrugados.... Y rápidamente le dejan atrás.

.... Sobre un blanco pollino cargado de cántaros, una hermosa zagala enseñando sus piernas morenas, descalza.

En aquellos campos en que aún no se había hecho la siega, se veían los espantapájaros grandes de trapo: uno de ellos, en el medio de una parcela que llegaba hasta la carretera, parecía casi un ser humano, un pordiosero andrajoso. No pudo menos que soltar una carcajada. Y despertó al primo.

-Hacía años que no nos veíamos, ¿eh, prima hermana? - oyó que le decía (un Gonzalo cansado y triste.)

-Sí – respondió ella, en el mismo tono triste -, mucho tiempo. – Hizo una pausa -. Y ¿qué quieres? Si ya no salgo apenas. Mira como me se hinchan los tobillos. Además, cada oveja con su pareja, ¿no?

El otro no dijo nada. Dorotea dio un profundo suspiro, y habló de nuevo: - Eso, pues. Tú con los tuyos, yo con los míos. ¿Cómo iba ir yo a visitarte, chico, si ya no tenemos nada en común? Si hasta estoy sorprendida que haigas venido a buscarme.

-Y ¿por qué no?

Dorotea no respondió. Volvió a mirar los campos. Su tierra entrañable, amplia, rica, perfecta. Sí, pertenecía ella a esa tierra: unos campos y una tierra que no había visto hacía ya tanto tiempo. “Pues, desde la guerra, ya ves – musitó -. Y ¡mira que no volver ni una vez! ¿Cuántos años hace eso? Deben ser lo menos quince..., quizás más, muchos más. Se dice pronto.”

Y mientras cogitaba, entraban en su mente las imágenes. “Los Torozos – se dijo - ¡mira que bien lo recuerdo todo!”

Sí, sorprendentemente le venían, cada vez más claros, los recuerdos. Algo se encendía en su interior, en las profundidades de su pobre ser, y lo sentía surgir a la superficie, físicamente, en la carne, la sangre, los huesos. Si un objeto de repente, una aldea, un bosquecillo, una era, una casa, un palomar, un mero detalle aquí o allá atraía su atención, se quedaba quietecita, apretaba las encías y hacía un esfuerzo por despertar las imágenes, correr el velo de indiferencia con que había intentado rodear su vida últimamente para no sufrir; quería verlo, sentirlo todo de nuevo, dar marcha atrás quizá, amar intensamente como entonces, volver a vivir.

Espontáneamente ahora, en esa infinidad de tierra que es Castilla, todo le vení a al espíritu... aquí, allá, acullá, más lejos todavía, cada cosa, cada rayo de luz le traía a la mente un evento del pasado, una emoción, el sentimiento de una conquista, o de un fracaso, o de un amor... muerto ya, pero no olvidado.

.... el reflejo de una realidad ya ida, acabada, pero todavía viva en el cerebro..., como acontece según dicen con esas estrellas lejanas ya muertas hace millones de años pero que nuestros ojos ven todavía.

.... objetos que había tocado antaño, lugares en los que había transcurrido su vida, senderos por los que había caminado, arbustos llenos de flores, árboles que le habían dado sombra, un chopo, un tejo, un álamo moribundo, un abedul... una choza, una casa, un campanario, cigüeñas... y siempre un palomar ¡había tantos en la Tierra de Campos!

.... o seres que había querido antaño, hogaño desaparecidos, algunos violentamente, ¡tantos años... pasados... tan deprisa!

.... mozos y mozas con quienes había hablado, reído, bailado, jugado... aquellos momentos felices de un tiempo pasado que no volvería ya más... y que, a decir verdad, ni siquiera en el recuerdo le volvían claros, pobre vieja, cosas precisas, los objetos de entonces, aquellas personas... ¡¡Ah, esos momentos!!

Una vez, atravesando un pueblo que debía haber conocido antaño bien, pues le latía vertiginosamente el corazón, se quedó ensimismada contemplando un arco, un templo, los porches, un callejón, un edificio de ladrillo, entre tantos otros hechos de barro, aquellos poyos de piedra..., y sí..., le volvían las imágenes, un detalle, esa casa señorial..., allí, en aquel banzo de piedra se había sentado con alguien... allá, en aquel rincón... esos zaguanes... un escudo tallado en la piedra... soportales con columnas de madera tallada, y una torreta donde milagrosamente quedaba el reloj aquel de sol... o un mero resto de algo muy antiguo.... Ella miraba... miraba...

Y ya todo era ido: el reloj, el pueblo y el mismo recuerdo: imposible retener las imágenes en su estado actual de vieja olvidadiza. Ni siquiera le había venido a la mente el nombre del lugar, que debía haber conocido antes muy bien, un pueblo tan grande. ¡Oh, qué cabeza la suya! Si hubiera habido alguien en las calles, en la plaza, o a la salida del pueblo... hubiera visto, preguntado, resucitado un recuerdo; pero nada; ni un alma, ni una cara amiga que tal vez le hubiera ayudado a recordar, ¡qué soledad!

-¿Qué hora es? – preguntó a su primo, según salían otra vez a la carretera.

Pero Gonzalo se había dormido de nuevo.

El chófer debió de decirle algo gracioso a la Feli, pues soltó ésta una carcajada. Siguió una conversación bastante animada. Y ella agudizó el oído. Imposible comprender el sentido de la plática, y poco a poco fue desinteresándose, y empezaron a alejarse las risitas, las palabras, que se mezclaban extrañamente con el ronroneo del motor.

Se estiró, tratando de mantenerse alerta, ver, observar, sentir. Sin resultado. Y tornó a dar una cabezada. Luego otra, y según iba venciendo el sueño en la mente amodorrada, las imágenes, extrañamente, se hacían más hermosas.

... ahora lo recordaba todo, los nombres de los lugares, las personas y las fiestas, tamboril y dulzaina, las danzas, los besos y las risas..., en el aire el sonido de un pasodoble, ¡los mozos!

... iba a llamarlos, a unos, a otros; pero no podía pronunciar palabra; estaba embrujada por la música de baile... movía las piernas y los pies con una ligereza tal que era la admiración de todos y cada uno de ellos, mozos y mozas, jóvenes y viejos.

... sí, ¡Gonzalo!, ahora le salían las palabras (no, no le salían de la garganta, las oía en el aire, un efluvio)..., su primito tan guapo que había venido con sus papás a las fiestas del pueblo. Se le representó un campo inmenso de trigo, dividido en dos partes iguales: a un lado las mieses todavía en pie, erguidas las doradas espigas, y al otro ya sólo rastrojos y un montón de bien ordenadas haces: muchos montones de gavillas, las niaras; y entre las dos porciones del campo una segadora tirada por dos mulos. Iban los labriegos y sus labriegas detrás de la máquina de aspas de madera, atando las gavillas al reluciente sol de verano. Y estaba **ella** allí, la más guapa y la más lozana de entre todas las doncellas del lugar. Tendría como trece años, y ya un

mancebo que había entrado al servicio de su tío Urbano le había declarado su amor...

El coche dio un frenazo repentino, antes de adelantar a un par de mulas que llevaba un campesino del cabestro, y Dorotea abrió los ojos asustada.

-¡Qué campo más grande es éste! – dijo, señalando la llanura al primo. El cual no respondió. Y volviendo la mirada de nuevo al paisaje, pensó ella para sí, con algo de reverencia atávica y de sumisión: “Debe de pertenecer todo esto al señor Marqués.”

Era en efecto un campo hermoso. En la mitad de él se veía una segadora mecánica, moviéndose lentamente y dividiendo según se movía el inmenso campo en dos; a un lado el sembrado todavía en pie, balanceándose las espigas en la suave brisa de la media tarde; en la otra mitad se veían los rastrojos y los cantos a ras del suelo, así como un número de gavillas en varias filas. Detrás de la segadora venía una legión de trabajadores, agarrando manojos, atando las mieses, levantando gavillas al sol..., y empezando de nuevo: los cuerpos doblados, los brazos ligeros colgando, y vuelta a doblar la cerviz, a agarrar y a atar muy deprisa, los haces, las gavillas, las bellas espigas luminosas en el añil del cielo castellano.

Y otra vez se imaginó que no había pasado el tiempo, que vivía su vida no como una sucesión de momentos, sino (por una vez) como una continuidad, desde el primer día del ser individual, su nacimiento... hasta... la angustia de la eternidad. Presente y pasado, todo haciéndose uno. No se daba cuenta en realidad de nada, no sabía nada, ni quería saber conscientemente nada; pero lo sentía en lo más profundo de su ser, medio apagado ya, pero vivo... que iba dirigiéndose poco a poco hacia ese estallido final, tan temido. Mas entre tanto era ella, Dorotea Platero Jiménez, la que estaba aquí, en esta parte de la vida, en el auto..., estos campos....

... era el último verano que pasaba en la casa ancestral de Tordehumos. Aunque ella no lo sabía todavía, ya su padre había decidido que se irían del pueblo, vendiendo toda su hacienda, lo que quedaba de ella.

... ella había oído del traslado a Valladolid, naturalmente; pero había pedido a su tía Isabel que la guardara con ella, la esposa de su tío, que la quería como a una hija: sería una ayuda para la criada, Berengueta, y no daría guerra...; no, no iría a Valladolid.

... ¡qué calor! Un sol achicharrador. El firmamento azul. Y un polvo amarillo a ras de tierra...

... había traído en la burra la comida de los labriegos.... Y luego se había quedado a trabajar con ellos, los brazos arremangados colgando, en la cabeza un sombrero enorme de paja, y un velo debajo protegiendo del polvo los cabellos; alzando provocadora, como las otras mozas, las hermosas posaderas al cielo...

... sudaba copiosamente, laborando, siguiendo a la segadora, agarrando, atando, levantando las gavillas, hincando sus alpargatas en el áspero suelo de rastros.

... y sin embargo era feliz... ¡Oh madre, madre santísima, oh, cuán grande era su dicha! ¡Estaba enamorada! Y su mozo estaba ese día celoso. ¡Sentía su Justino de repente celos!

... era a causa de su primo Gonzalo de los ojos azules, tan guapísimo, el cual había venido de la capital a pasar el verano en su tierra.

La voz de Gonzalo Beltrán, devolviéndole a la realidad, interrumpió una sonrisa que empezaba a dibujarse en su cara abotargada.

-¿Sabes, prima hermana, en lo que estaba pensando? – le oyó decir.

-Dime.

-¿Viste, hace poco esos jornaleros en un campo inmenso de trigo, con una especie de señorío al fondo, hacia un altozano?

-Sí, dime.

Él hizo una pausa, como agotado o tal vez pensativo; estiró un poco el torso hacia arriba en el asiento: aunque era amplio el automóvil, Dorotea, con su gordura e incapacidad, estaba como aplastándole hacia un lado.

-¿Te acuerdas – continuó al cabo – que de pequeño solía venir al pueblo los veranos, y que a menudo ayudaba a los criados del tío en las cosechas?

-¡El tío rico, nuestro tío Urbano! – suspiró Dorotea, y se mordió un labio, con un gesto de aflicción -. Sí, sí que macuerdo.... Pobre tío. Mira ya, ¿dónde estará? Que Dios le tenga en su Gloria.

El primo, igualmente triste, la mente ausente, continuó: -Entonces te acuerdas de eso que te digo... las faenas del verano... zagalas y zagales trabajando juntos, unas veces con las hoces afiladas, otras detrás de la segadora..., ¡ay, qué paraíso perdido!..., no hay que darle más vueltas: ¡he ahí la felicidad!

-¿Entonces?

-¿Entonces – dijo por segunda vez el primo – tú te acuerdas bien de todo eso?

-¡No me voy acordar! Si estaba yo pensando en lo mismo. Los terrenos esos del señorío, dices. Unos jornaleros. Pues claro. Les vi trabajando, hace unos minutos, ¿no?, y me dije... me dije... ¿no sabes? Y qué guapo y qué modoso eras tú aquel verano, ya con pantalón bombacho y todo: siempre tan bien peinado, la raya bien trazada a un lado. Sí, muy guapo y muy hermoso.

Gonzalo tornó a revolverse en el asiento, tratando de sacar la pipa del bolsillo. – ¿Te molesto si fumo? – preguntó.

-No, ¿por qué me había de molestar?

Encendió él la pipa, dio un par de bocanadas, echando el humo hacia la ventana, y dijo al cabo, pensativo y melancólico: - Tienes buena memoria. Bien peinado siempre y con la raya al lado izquierdo – suspiró -. Ya ves, según pasábamos por esos campos... ya viste la segadora..., pues estaba yo pensando en otra, de aspas de madera, que compró el tío en la feria del campo de Valladolid... ¿de eso no te acordarás?

-No - mintió ella.

-Una tarde, hace tantos, tantísimos años, ¡qué pena!, pues que estábamos siguiéndola, tú y yo... la segadora esa antigua, quiero decir, aunque entonces parecía tan moderna, ya ves, todos los otros segaban a hoz, ¿no lo recuerdas?

-Sí, claro que lo recuerdo. Muchos eran temporeros extremeños o gallegos, que llegaban para la cosecha.

- ¡Pobrecillos! – suspiró el primo; dio una chupada a la pipa, y prosiguió -: Parece que lo estoy viendo. Había, pues, todos esos extremeños o lo que sea... y tordehumeños también, claro; pero yo sólo tenía ojos para mi prima hermana tan guapísima... aquella tarde sobre todo... los labios redonditos que casi no se juntaban a las comisuras, un hoyuelo a cada lado de la boca, siempre tan colorados – volvió Gonzalo a chupar la pipa -. Lo que me vino a la memoria de aquel día fue.... Había entre los labriegos un mozo fuerte gallardo, llamado Justino, te acordarás de él. Pues bien, íbamos los tres juntos. Lo recuerdo porque aquel día me peleé con él – sonrió sarcástico -, y bueno, menuda la paliza que me dio, claro que como me llevaba dos años, creo, o tres, al menos el honor no se perdió. – Se paró para dar otra chupada y concluyó, muy triste -: ¡Justino! ¿Dónde estarán sus restos?

La prima no desplegó los labios, y se quedaron los dos quietos, pensativos. Al cabo él continuó:

-Y fíjate, no te lo hubieras figurado. Fuiste tú la causa de esa pelea. Estaba empeñado el pobre zagal, ya ves, en que nos amábamos. Vamos, que yo te quería y que tú correspondías a ese amor.

Dorotea soltó una carcajada, sin saber a ciencia cierta por qué, pero no dijo nada.

-Y en verdad que algo me gustabas – prosiguió el primo como si estuviera hablando de una amante desaparecida; dio un golpe con la pata chula en el suelo, y rió por un rato a pierna tendida -. Mira, para no decirte más, me acuerdo que me rezagaba todo el tiempo a propósito, en la siega, a fin de poder ver tus piernas cuando te agachabas a recoger los haces para atarlos en gavillas. Pensaba que tenías las pantorrillas más bonitas del mundo – exclamó -, ¡ya ves! -. Y empezó a dar, divertido, una serie de golpes con el bastón en el suelo del coche, al tiempo que se reía.

Dorotea sintió, de pronto, como si algo se le desgarrase en su interior, la llaga abierta de una puñalada sumamente dolorosa y temible. Sintió el vertiginoso palpar de su corazón.

Gonzalo seguía riéndose, echando la cabeza exageradamente hacia atrás, soplando con la risa, como si tuviera asma.

Dorotea bajó la mirada y contempló sus pobres piernas hinchadas. (La había lavado y arreglado la hija, que se había empeñado en que llevara medias.) De súbito se echó a reír, ella también, sonora, estúpidamente, convulsionándose todo el tiempo, sacudiendo el viejo cuerpo cárdeno hinchado en rápidos espasmos incontrolados, incontrolables. Tanto rió y se meneó que le dio un ataque de apoplejía, y su primo tuvo que ayudarla para que no se ahogara, dándole golpes en la espalda con la palma de una mano.

-Sí, Gonzalo – dijo al fin -,si me impresionó mucho... que sacaste una navaja... y que dijiste que le ibas a matar. Igual fuiste tú quien lo mató... en esa batalla que la decían.... Sí, ¿cómo, mujer, cómo la llamaban la batalla esa en la guerra?

-Brunete.

Estaban entrando en Villabrágima, el arco, la plaza, la iglesia, la torre, los vencejos..., y ya estaban otra vez en la carretera; un minuto más, y a torcer hacia Tordehumos; todo muy bonito, muy conocido: mil años, quizás, habían pisado esas tierras los antepasados de ambos.... Un cambio de velocidad, el ronroneo más pesado del motor al cruzar el Sequillo, una alta tapia de adobe, la residencia ancestral de los Núñez de Campos, como abandonada. Por la enorme puerta abierta vio el caserío, y saliendo de la capilla, al lado, una manada de grajos alborotadores. Y la subida hacia el altozano donde estaba situado el que había sido castillo famoso en el tiempo de los moros, y lego de los templarios... las casas de adobe apiñadas alrededor de un par de iglesias antiquísimas... el cerro que todavía llamaban Castillo estaba ahora rodeado de un centenar de pinos secos, pardos, raquíuticos, que se habían empeñado en plantar los de la Repoblación Forestal, olvidándose luego de que necesitarían agua, que llegado el tórrido calor de julio, se pondrían todos pálidos, y que había que regarlos para que no murieran.

Antes de entrar en Tordehumos, se volvió Gonzalo hacia Dorotea, apoyándose en la empuñadura del bastón, reposando la izquierda de su ancha frente en el envés de una mano, y señaló en un susurro:

-Decías antes, prima hermana, que cada oveja con su pareja, significando tal vez que no tenemos nada en común, y que por eso ya no nos vemos tanto estos últimos tiempos. ¡Qué equivocada estás! Somos del mismo rebaño y...tenemos mucho en común, lo esencial..., ya nos queda poco que vivir..., a ti y a mí, igual, ¿te parece poco? Ambos somos feos, decrepitos, viejos..., viejísimos. – Se calmó un poco, dio un ligero golpe en el alfombrado del coche con el bastón, y continuó: - Sí, la vida nos ha pasado de largo. Nos hemos convertido en vegetal. Y yo – soltó una carcajada cínica -, cuando pienso que de joven creía ser fuerte, conquistador..., revolucionario...; íbamos a devolver a España su espíritu, buscar la esencia viva de la Patria, ¡qué majadería! Ya ves la porquería que hemos fabricado.

Si Dorotea no hubiera estado ya tan fuera de combate, física y mentalmente, tal vez habría comprendido las palabras del primo.

“¡Pobre Gonzalo! – musitó – a pesar de su dinero, su trabajo, y el estar casado con una mujer bella..., no se siente feliz. ¿Qué será?”

CAPÍTULO 18

En Tordehumos de Campos, adonde habían venido oficialmente para el entierro, los sobrinos del difunto se ocuparon mayormente en continuar el despojo de la hacienda del tío. Y se dieron tan buena maña en ello, que al tercer día ya no quedaban por repartir más que las tierras.

Hubo naturalmente sus más y sus menos, y más de una disputa estuvo a punto de terminar en algo más grave. Pero todo lo suavizaron los albaceas de la herencia, a saber, el terrateniente Jaime Platero y el alcalde Celestino Rufio. Ellos pusieron un precio a cada cosa, distribuyéndolo todo en lotes. Conchita, la hija de Antonia Platero, se había encaprichado de una Purísima Concepción de escayola, de cuya Virgen decía ser muy devota. Pero resultó que también lo era la esposa de Santiago Platero, Eleonora, y como ninguna de las dos soltaba la prenda, tuvieron que venir los albaceas. Asignaron un precio exorbitante a la santa imagen, y ya nadie la quería. Cosa parecida aconteció con una chuchería de la que se antojó Felicitación Platero; pero aquí no valieron cuentos de albaceas. Vino Policarpo Cerezo, el marido, con sus voces y sus pretensiones de comisario jefe, y no tuvieron aquéllos más remedio que bajar la cifra. No tuvo tanta suerte Santiago, que se había metido bajo el brazo el viejo paraguas apolillado del tío (que quería conservar, dijo, como un recuerdo) y se tuvo que quedar con él, descontándosele de la herencia más de lo que le hubiera costado comprar uno nuevo.

En cuanto a las tierras, los albaceas pretextaron que estaban en medio de la cosecha, y dejaron la distribución para más tarde. En todo caso, ellos fueron quienes a la postre compraron las parcelas que les interesaron, y al precio que les dio la gana.

Dorotea dejó que Feli se encargase de todo, y ella se bajó a la bodega. Pidió a un niño que encontró en la calle que le subiera un cántaro mediado de vino a una especie de cuarto que había servido al tío antaño de granero, y allá se instaló tan

campante, bebiendo y soñando, bajando de vez en cuando a hacer sus necesidades en un rincón de la cuadra, que estaba justito debajo de su cuarto.

Dormida o despierta, soñaba; mezclando sin ton ni son el presente y el pasado, personas y fantasmas, lugares y situaciones, ilusiones, alegrías, dolores y miedos. Oía el “¡cra!, ¡cra!, ¡cra!” de la cigüeña de la iglesia... y deslizaba su cuerpo pesado hasta asomarse a la ventana (que no era más que una apertura de tablas dividida en dos cuarterones o compuertas horizontales, la inferior siempre atrancada), y se quedaba mirando la torre de rodillas, como si estuviera en un confesionario.... Eran dos las cigüeñas, y era el macho el que cantaba., ese enorme nido, negro en el azul oscuro de la noche.... ¡Oh, lo conocía todo tan bien, la torre llena de yerbajos, el nido, las cigüeñas con sus largos picos! ¿Serían las mismas de antaño?

Había cambiado el pueblo relativamente poco y, encima, los pocos cambios que había eran de retrogradación: todo más viejo, desgastado y abandonado.... Y ese siempre silencio fantasmal que era ciertamente de ahora. Había menos vida, menor número de animales, salvo los gatos y los perros; y menos gente, sobre todo menos gente joven. (Se habían ido, como antaño se fuera ella misa, a la capital, para disfrutar más de los productos de la industria, o bien a Madrid, de funcionarios públicos, o a Vizcaya, a trabajar en los altos hornos.)

Quedaban los bloques de piedra, los poyos y los bancos, desgastados desde siempre, que habían perdido ese brillo: ya no se sentaba nadie en ellos; y los banzos a las entradas de algunas moradas pequeñas en la subida hacia el Castillo, las cuales estaban cerradas; las líneas irregulares de los tejados, los bloques de adobe de las casas y de las bardas en ruina de los corrales; los mismos zaguanes grandísimos que no servían ya para nada (no había carros, ni cosecha que traer, nada); sólo se usaba el postigo de las puertas enormes tachonadas de madera aún más carcomida que antaño; las callejas sin los surcos que durante las lluvias formaban los carros, y que el sol endurecía entonces en seguida; pero aún se las veía, miserables callejas, llenas de polvo y de cantos.

Los lugares que ella había venerado, las personas que fueron tan queridas, sus padres, pobrecillos, los parientes y los, amiguitas... ¿qué fue de todos ellos? Y le venían otra vez las imágenes, memorias de un viejo pasado, por tanto tiempo olvidado... ya imposible para ella de situar clara, concretamente. Ni en el tiempo, ni el espacio. ¡Oh, todo estaba tan tergiversado, tan cofuso en su mente de vieja, en su alma desamparada! Hechos, circunstancias, situaciones, lugares, las personas, amigos y enemigos... todo mezclado, todo junto dando vueltas y más vueltas en su dolorida testa, como un torbellino. El tintorro, naturalmente, pero ¿qué se puede hacer en una vida tal, sino beber para poder soñar, llegar a olvidar..., sobre todo eso, olvidar? He ahí el único camino, el vino, la realidad más tangible, un cazo en la mano recién sacado del cántaro, rebosando de rojo y de espuma, y en seguida al paladar, la garganta, ¡puro regalo!

Soñar un pasado hermoso... soñar un pasado de irrealidades y fantasmas. Y una realidad presente aún más oscura y confusa, todo en uno, pura mezclanza, tal como lo es la vida.

Sentía las lágrimas que le bajaban por los carrillos hacia las comisuras de los labios, se sorbía los mocos, y otra vez las visiones más o menos hermosas, más o menos absurdas... y, a veces, un intento de reflexionar.... Sí, era Dorotea todavía un poco humana, había en ella aún algo del ser racional que antaño había sido.... Y hacía un esfuerzo para pensar, sí..., un poco. El silencio la aturdía. Se angustiaba y no sabía qué podía estar pasando. Ni un ruido mecánico, o animal (salvo el de canes y mininos) ni una voz de un ser humano. Ni siquiera el aire se movía.

Era la noche oscura, y sin embargo un rayo de luna que entrara por le hueco de la ventana era causa suficiente para espantarla, más aún que la más negra oscuridad. Veía una esfinge tiesa, nariguda, los brazos extendidos sobre el hule de la mesa, y ese rayo de luz en las manos huesudas; y en el aire, como un soplo, un cuento de crímenes sin fin. ¡Pobre Beren!

¡Veinticuatro muertos en veinticuatro horas! Le venía ese soplo de historia desde lo más profundo de su ser. No, no era el cerebro que razonaba, sino el instinto, la médula espinal, las tripas. Instino, miedo, aquellas muertes

numerosas... y la agonía de saberse, ella también, mortal, muy pequeña, un soplo, la nada. Había escapado entonces. No escaparía ahora.

Quería aullar, y le salían temblores, no palabras, solo espuma, un efluvio. Y se dio cuenta, de repente, de que algo le faltaba. Lo necesitaba. Ahora mismo. Se arrastraba hasta donde estaba el cántaro abierto y engullía más que bebía un cazo de vino salvador. Y otra vez a tumbarse en el jergón.

Se había quedado dormida, y la despertaron unas carreras precipitadas de animales o personas o fantasmas, que debían de tener unas patas diminutas que movían a gran velocidad... Y que no podía ver. ¡Ay, ay, ay, las ratas! Chillaba tiritando de frío y de miedo, sintiendo en su cuerpo de nuevo toda clase de angustias. Y, al mismo tiempo, unas ganas tremendas de hacer aguas. Y que le aterrorizaba el que pudiera tropezar, sin sus alpargatas, con el cuerpecito húmedo de uno de esos bichos asquerosos.... Hasta que terminaba por hacerlo bajándose la braga en el resquicio entre el jergón y la apertura color azul marino de un atardecer caluroso.

¡Qué silenciosas se quedaban las callejas al anochecido! ¡Oh, tan diferente todo de la algarabía de la Calle de las Angustias! ¡O del Tordehumos de aquel entonces!

El sonido de unos pasos. ¡Tap, tap, tap, tap!.... Había salido la luna. Luna amarilla, brillante, grandota, muy baja. Se veían las recortadas siluetas de las casas, negras como el azabache, los tejados relucientes, como barnizados de luz. Y un carro en la oscuridad de la plazuela. **¡Abre Crespo, majo, que no te va a pasar nada! Y estaba ya el carro lleno de cadáveres.**

Lloraba acobardadica, procurando no moverse ni soltar palabra. Ella nunca se había metido en nada.... De súbito, de nuevo, esos pasos. Veía un ser solitario avanzando decidido en el medio del camino (**¡yo he escogido mi camino, cada cual escoja el suyo!**) ¡Oh madre, madre! ¿Era eso posible? ¡Justino! Y según se iba acercando el hombre, por el medio de la calleja solitaria, se le veía perder velocidad, como si viniera cojeando. Vio a la luz de una lámpara intensísima, que la cegaba, que era el caminante un tipo viejo y corcovado, que avanzaba... avanzaba y

la miraba. Ella, desconcertada, dio un grito: ¿Pues no habían dicho que Antón murió hace muchos años?

-¿Qué coños, Antón?, ¡qué hablas! Vamos, vamos.

Abrió los ojos, y vio a dos hombres. Uno, junto a ella, era un anciano; el otro como de media edad.

-¿Qué queréis de mí?

-El funeral, ¿lo has olvidado? La ceremonia está a punto de comenzar.

Reconoció Dorotea al fin a Ignacio, un antiguo criado de su tío Urbano. El otro debía ser el Inacico. – Y, ¿a mí qué? – protestó.

-¡Anda, que a ti qué! ¿Pos no eres tú sobrina, como los demás?

-Doro, mujer – el Inacico hablaba ahora -, ¿qué va decir la gente del pueblo?

-¿La gente?

- Que no, Doro. Vamos, no te hagas la pesada.

-Que digan misa – dijo Dorotea, dejando que la alzaran.

-Anda, no seas perezosa – dijo el viejo -. Sacúdete esas pajas y vente con nosotros. Ya te ayudamos.

Momentos más tarde se hallaba Dorotea en un lugar oscuro lleno de sombras. Afuera el sol la había deslumbrado y en este antro ya no veía nada. Hasta que fue acostumbrándose, y vio un ataúd cubierto de una tela negra de terciopelo y unos cuantos cirios encendidos a su alrededor.

Cerró los ojos. Los abrió. Y vio de nuevo muchas sombras. Reconoció a su primo Gonzalo, siempre serio y siempre triste. Luego a su hermano Santiago, de riguroso luto, como el primo y los demás: el policía Policarpo, impecable, frunciendo el ceño, autoritario. La única que no iba de negro era la estúpida de su hermana Felicitación, de verde de oliva. ¡Qué fatua, siempre tiene que ser diferente!

Se oía la voz del sacerdote. Eran oraciones que ella había sabido, y que todo el mundo parecía repetir con facilidad. Y ella no podía. ¡Oy, soy más burra! ¡Qué cabeza la mía!

Hubo de repente un gran alboroto. Sintió un temblor que movió el banco en que se hallaba sentada. Es que se había puesto la gente de rodillas. Hizo un esfuerzo enorme para mover su cuerpo grandote torpe, al mismo tiempo que oía la voz de su hija.

-Tú quédate sentada, mamá, si no te sientes bien.

No se sentía, en efecto, nada bien. Ríos de sudor le corrían por la frente, y hasta sintió un escozor en los ojos, muy extraño: ¿es que la cegaba el sudor, o bien eran lágrimas que la anegaban?

Apenas podía ahora ver el ataúd. Debían haberse puesto todos de pie, pues una barrera de sombras apareció delante de ella. Oyó la voz del sacerdote. Estiró bien el cuello, y pudo ver a Florentino, casulla negra y oro. Pensó que el pobre tío Urbano ya estaría siendo pasto de los gusanos devoradores, y la idea le hizo estremecerse de espanto. ¡Ay, Virgen Santísima, y que triste debe de ser morirse!

-¿Qué quieres? – le susurró Feli al oído.

-Yo no, hija; si no estaba diciendo nada.

Continuó murmurando, por lo bajines. No pedía nada. Quería estar segura de que todavía estaba viva, allí, y no soñando... o quizás ya en la otra vida... Ni protestaba, ni se quejaba de impaciencia o de dolor. Aunque en verdad todo su

cuerpo le dolía. ¿Para qué iba ella a protestar ya a estas alturas? Sabía que había que conformarse, esperar a que llegara esa otra felicidad, la del espíritu, tal como lo dice la Santa Madre Iglesia. ¡Bienaventurados sean los enfermos, porque un día serán curados! Sanos y santos, sin ninguna tara, sentados a la diestra de Dios Padre, por los siglos de los siglos, amén. Oraba. ¡Qué bien lo recordaba todo! Y siguió rezando, a su manera, por un rato. Solamente que... tenía una sed horrible, y le faltaba el vino. Una o dos veces echó la mano derecha, inconsciente, a un lado, buscando el cazo, la tinaja, un cántaro, una botella.

-No te muevas. Quédate. Que ya falta poco.

Ya faltaba poco, por cierto, y ella continuó rezando: estaba deseando que discurriese el tiempo; sí, que pasase todo aquello muy deprisa, y que pudiera volver a su rincón del granero. Y pensó que tendría que pedir a alguien que le subiera un barreño de los grandes. La tinaja duraba muy poco.

Rezando y cogitando se quedó dormida. Hasta que volvió a llamarle la atención una como sacudida. Oyó voces y carraspeos, el susurro de faldas contra el banco en que estaba sentada, y luego el arrastrar de zapatos y alpargatas en el suelo. Dio un suspiro de alivio pensando que había terminado aquello.

Iba a poner las dos manos en el asiento de delante, para auparse un poco, cuando sintió que le tocaban los sobacos y la cogían en vilo como a un muñeco, conduciéndola no sabía a donde. Vio que eran Santiago y el Inacico. En la plaza, otra vez, no pudo soportar el resplandor del sol achicharrador; luego el interminable desfile de los lugareños, dando el pésame a los herederos... "...acompañó en el sentimiento, le acompaño... sentimiento... timiento... miento..."

No llegó nunca a saber cuanto duró aquel martirio.

CAPÍTULO 19

Con ayuda de Hilario e Ignacico, que se ofrecieron a echarle una mano, Feli acomodó a su madre en el asiento trasero del coche, donde Dorotea pasó al instante al reino de los sueños, si es que alguna vez, en todos los días del sepelio, llegó a hallarse despierta. Como no hubo en consecuencia, la más mínima posibilidad de una charla, un intercambio de ideas, un contacto racional entre los dos primos carnales, prescindió el de ella, a no ser aquel contacto físico de proximidad, en cuanto Hilario puso en marcha el automóvil: un empujoncito en el costado de cuando en cuando cuando invadía ella su territorio.

Gonzalo, pues, que nunca había tenido el sueño tan fácil, se limitó a contemplar el paisaje, sin dejar por ello de pensar intensamente. Miró aquella inconfundible llanura rasa, interrumpida solamente, muy a lo lejos, por una hilera de montes pelados de muy poca elevación, y pensó en su niñez: aquellas noches estrelladas limpias, serenas que eran como una visión fantástica ahora en su cansado cerebro, y sin embargo más presentes para él que la misma realidad. En todo aquel mundo pasado, su vida de niño y luego de adolescente había un deseo, una esperanza, un ahinco que nunca, nunca volvió a sentir después, no como entonces cuando era joven, un niño tan bien parecido, estudioso, como un ángel (decía la gente.)

Contemplando esa planicie, pues, reviviendo esa adolescencia que pronto se le iría para siempre, sintió una especie de morriña. Era en los meses de verano cuando se trasladaba su familia a Tordehumos de Campos. ¡Qué emoción sentir aproximarse el momento, qué nerviosismo, qué impaciencia, esperando que llegará el día en que él y sus hermanos cogerían el coche de línea, dos días antes que los padres! Evitando la compañía de sus hermanos y amigos, se iba solo al barrio de Santa Clara, donde había sobre todo establos de vacas lecheras, con ese olor tan marcado y delicioso que le hacía soñar del campo, de los pueblos, ¡qué delicia! Y continuaba solo toda la tarde. Si eran días de exámenes llevaba en su carpeta un libro, que luego leía y releía hasta aprenderlo de memoria, se sentaba ya en el campo: eran sólo casas molineras todo alrededor; más no le entraban las letras, distraído como estaba; veía árboles y oía el trinar de los pajarillos y se ponía apensar

en Tordehumos. Pronto estaría allí. Todo el cuerpo le temblaba, niño nervioso y soñador que siempre había sido.

Y volvió a mirar el campo, los ojos medio cerrados, muy cansado, pero en todo momento muy alerta. Y pensaba en el infinito. Siempre la vista de aquella llanura inmensa suscitaba en su mente la idea de eternidad; mucho más que todo lo que le contaban los curas.

Habían emprendido los cuatro la vuelta a Valladolid hacia el atardecer. Gonzalo (cuya oficina iba a diligenciar mucho de lo establecido en el testamento) había querido dejar los asuntos bien claros antes de que tirase cada uno por su lado, por si no se volvían a ver. Había también hablado mucho con su sobrina Feli, sobre la venta de las tierras (eran los albaceas los que lo compraban todo), y de la posible inversión de los dineros a crédito., amén de todo lo demás.

Ya empezaban a verse las estrellas. Miraba el firmamento, y ¡lo veía todo tan hermoso, amplio, de un azul oscuro intenso, ¡inmenso!

Tierra de Campos, tierra de sus mayores. Allí habían habitado desde tiempo inmemorial... casi todos; allí estaban enterrados tantos de sus familia... desde los tiempos de los moros. De hecho, ¿en qué época pasada de la historia habían empezado a establecerse los Beltranes, los Plateros y los Jiménez, procedentes quizás de Vasconia? Y que descendían de los sefardíes, radicados allí desde antiguo?

Y le volvió a la mente la idea de que todos estaban enterrados allí, sus restos, los huesos: hechos parte integrante del terreno, la tierra de la comarca. Uno de ellos, el tío Urbano, inhumado hacía unos días. Todos menos su padre, que había muerto en el exilio durante la guerra. Sin embargo, los restos de los antepasados de su padre todos allí estaban: Monzón de Campos.

- Aquí – murmuró, agarrando el bastón con puño de márfil y oro, y apoyando su frente en él, terriblemente cansado.

CAPÍTULO 20

A menudo, al levantarse de la cama, muy temprano, pues dormía muy poco aquellos días, Gonzalo Beltrán sentía como un peso en el pecho que le ahogaba. Era un inmenso agobio inexplicable, algo que le aplastaba, le hacía pequeño. Hubiera querido huir, no sabía de quién, de qué, a dónde: probablemente de sí mismo.

Tiritando de miedo o de frío, se sentaba en la cama; buscaba su único pie la babucha; y su cara no cesaba de contorsionarse: un sentimiento de dolor acerbo, intentísimo, algo muy fuerte, profundo, más aún. Estiró una mano para coger la muleta, y todavía se quedó sentado un buen rato, exhalando de cuando en cuando un suspiro; la respiración agitada, asmática.

Se dio la vuelta al ponerse de pie, y contempló a su mujer. Incluso cuando dormía su cara, todavía hermosa, denotaba insatisfacción: esa profunda tristeza que la había caracterizado siempre; es decir, siempre desde aquel día de la guerra en que le había visto mutilado en un lecho de hospital; y era un rasgo que iba acentuándose en su precioso rostro según pasaban los años. Tuvo un hondo sentimiento de compasión hacia ella. Como si no le importara su propia agonía, su invalidez de 'Caballero Mutilado', como si fuera ella quien ostentaba ese título, la que tenía que arrastrar este cuerpo feo, viejo, impotente, inútil. Cada día, cada semana, meses, años...

Comentario [I3]:

Iban para veintitrés años casados. ¡Qué poca felicidad, verdadera felicidad, sincero amor, había podido él darle esos años! En los círculos que frecuentaban eran estimados y respetados, tal vez incluso envidiados. Era él un hombre próspero, pudiente, distinguido; excelente abogado, reputado en la profesión y en la vida mundana, y muy adepto al régimen. Tenía una plantilla interesante de clientes, y era presidente o estaba en el consejo de administración de varias sociedades importantes; la fortuna le había sonreído siempre. Rico, inteligente y cultivado, tenía una esposa elegante, rica, distinguida, bella todavía. En fin, formaba parte de la "élite", era miembro de la hacendada clase poderosa del país. Y era admirado por

todos los que aspiraban a serlo, los muchos que habían de buscar en todo “una instancia superior.”

“¡Ah! – suspiró -. Qué poco sabía la gente. ¡Si le hubieran podido ver en aquel instante, sin su pierna falsa, las manos temblonas que no acertaban siquiera a alcanzar la muleta! Cuántos esfuerzos no tenía que hacer constantemente para ocultar hora tras hora esa tiritona maldita, ora de las sirvientas de la casa, ora de los empleados del despacho, de los amigos y conocidos, los contertulios del café; o en la audiencia.

Anamari dio una vuelta en la cama, sin llegar a despertarse: el rímel en las pestañas, esa película de un delicioso violeta en los párpados, cabello negro en el hueco de la almohada; en el brazo, bajo el finísimo camisón color de albaricoque, con la marca perfecta de la vacuna, podía verse el bronceado adquirido aquel verano en el Sardinero, ¡siempre le duraba a ella más que a nadie!

-¿Qué hora es, querido? – oyó que le preguntaba, todavía sin abrir los ojos.

-Casi las siete, cariño.

-No cojas frío, bien mío – dijo ella con voz suave, al tiempo que agarraba el edredón y se cubría los hombros.

“¿Me ama de verdad?” – se preguntó Gonzalo; e inmediatamente otra serie de preguntas le vinieron a la mente -. “¿Y yo? ¿Es que siento por ella verdadero amor?. O quizás, ya a los nidos de antaño no van los pájaros hogaño. ”

Gonzalo había sido siempre eso que llaman un marido fiel. En la Audiencia, en la Jefatura, en el Círculo había conocido a colegas y amistades cuyo libertinaje le había producido siempre asco: dignos caballeros, sin ninguna duda, profesionales excelentes y avisados, grandes políticos del Partido o de la Iglesia, respetados hombres de valía a todos los niveles y que sin embargo corrían detrás de cualquier falda, y se pasaban los fines de semana en el campo o la montaña con secretarías y mancebas, o que incluso se traían las queridas a casa durante el verano mientras

pasaba la familia una temporada en Santander. No, no eran para él esas veleidades. Y no se debía ese actuar virtuoso a que fuera un pobre mutilado: aun antes había pensado y actuado así; y aunque tenía una pierna postiza estaba seguro que no le habrían faltado amantes si se lo hubiera propuesto. Ni tampoco era a causa de Anamari, una especie de respeto hacia una mujer bella y buena. Era una cuestión de principios, el cumplimiento respetuoso de un contrato. Buscar una querida (hacerse un putero, hablando pronto y claro), rompiendo con la pareja a la que estaba indisolublemente unido, aunque sólo fuera una ruptura temporal, superficial, de juerga, por así decirlo, preservando al mismo tiempo, como se dice, las apariencias, simplemente le repugnaba, como le hubiera repugnado el adquirir legalmente un objeto en el comercio y no pagar el precio justo; o volver corriendo a la tienda a obtener uno nuevo, rechazando algo que había escogido libremente.

Y aquí venía algo que estaba muy hondamente arraigado en su carácter, una contradicción bien marcada que había arrastrado toda su vida desde niño. Cuando era estudiante en la universidad, bajo la influencia de Onésimo, Girón y otros, había acudido a menudo a la violencia, al empleo de la fuerza bruta y a las armas. Un error. Jamás pistolero alguno había nacido con menos predisposición a la violencia reaccionaria. Y sin embargo se metió en el pistolero. Sí, cayó de picado en el fascismo. Se tragó el cuento de que “la violencia era necesaria para salvar a España, con un sentido nuevo y religioso.” Había sido un Soldado de Cristo, no terrorista. Y la guerra que siguió fue para él siempre una Cruzada contra “el **invasor** ateo y materialista”, no contra el pueblo. Hablaban (él y sus camaradas de entonces) de “la profunda raigambre hispánica, la España cristiana que habría de ser regenerada por la sangre, la España que estaba destinada desde tiempo inmemorial a **realizarse** realizando su destino histórico, glorioso, imperial. Las Dos Españas, que tenían que batirse en el campo de batalla, hasta la extinción total de una u otra.

Y todo esto le había llevado al odio y al asesinato. Era un muchacho austero y religioso. Creía aquello de “por el Imperio hacia Dios”, y odiaba ante todo la “subversión, el imperio de las masas, que absorben y anulan a las minorías dirigentes y se colocan en su lugar.” Sobre todo eso, impedir al pueblo inculto que se saliera de su estamento, que ocupara el lugar que por Derecho Divino correspondía a las clases selectas, la suya, aquella a que él pertenecía.

Odiaba la fealdad en todo, ¡él que había nacido tan hermoso, tanto que de niño parecía un ángel! Y la gente baja era fea, no se podía negar: esa muchedumbre que brota como la maleza en los campos, como el hongo de los bosques, esos cuerpos enjutos de labriegos, cabezas toscas, quemado el cutis por el sol, las alpargatas desgastadas, pantalones de pana parda, descamisados, sin cultura, bestias de carga que habían impedido, por su misma incultura y obcecación, que la patria avanzase, proponiendo sólo revoluciones y tiranías. Contra esos hombres de la masa se elevaba lo más noble y lo más digno: los representantes de “lo sublime nacional”, estamento destinado a regir siempre, enemigo natural del hombre-masa vaciado de historia y en sí pura materia, pus, que ignoraba que el **hombre** tiene que trascender, **ser transcendencia**.

-¡No! No éramos pistoleros – gritó para sí -, sino Paladines de la Fe.

“¡Firmes y adelante!” había gritado con Redondo y otros compatriotas, allí mismo, en Valladolid. “¡Amemos la guerra! ¡Aficionémonos a la pistola en el bolsillo, el puñal al cinto, la estaca vindicadora!” Eso fue cuando adoptaron como símbolo el emblema del yugo y las flechas de los Reyes Católicos.

Adheriendo, pues, a las Juntas Castellanas de Acción Hispánica (más tarde JONS) había hallado él su destino, sus raíces, como un árbol que se agarra y resiste a las tormentas más tremendas. Y llegó la guerra, “el hecho inexorable de la guerra”; y como un niño que se hubiera quemado cruelmente en el fuego que él mismo había alumbrado, el Gonzalillo bello y reluciente se había transformado en Caballero Mutilado don Gonzalo. Pertenecía al bando de los vencedores; pero estaba tarado, y lo sabía, tarado de cuerpo y alma. Había llegado al fin “la Victoria.” Pero nunca levantaría cabeza: estaba seco, vacío de toda esperanza... a los treinta y tres años (la edad del Cristo de la Cruz.) Fue envejeciendo, haciéndose cada vez más feo, más triste. Y ahora, esta constante tiritona maldita.

Apoyándose en las muletas, se dirigió al cuarto de baño. Se miró en el espejo, pasando indeciso una mano por debajo de la barbilla. Contempló con tristeza esa cara llena de arrugas, los blancos amarillentos rodeando sus pupilas

azul cielo, los grandes papos oscuros por debajo de los ojos. Dejó caer el tapón de la bañera, abrió el grifo del agua caliente, luego un poquito el de la fría; puso la mano debajo del chorro, dejando que discurriera el agua entre los dedos; y luego se sentó en la banqueta de formica, esperando pensativo, una mano en el muñón.

En puridad Gonzalo Beltrán no había amado en su vida a nadie. Nada ni nadie le interesaba realmente. Sólo él mismo. He ahí la clave del enigma. De pequeño, cuando empezó a ir al colegio con los Hermanos Maristas, y hasta que terminó el bachillerato, siempre había sido un muchacho modelo, listo, pulcro, ordenado, estudioso y sumamente fino en los modales. Sólo en la universidad empezó a preocuparse de los otros, pero no para amar ni tratar de comprender. En lugar de amigos tuvo correligionarios, pistoleros como él, que al grito de "¡Amemos a España porque no nos gusta!" iniciaron una lucha absurda y criminal. "El tremendo drama de un pueblo despertando a la conciencia de su profundidad histórica." ¡Hipócritas! Soltó una carcajada. - Buscábamos la esencia misma de lo hispano. ¡Pobre Onésimo! Con el pistolón en la mano, pegando tiros. Con ese espíritu de sana y hasta de santa rebeldía propio de nuestros nobles antepasados, monjes y soldados. Así forjamos la Nueva España.

Recordó de repente un chiste que andaba por ahí repitiendo la gente muy en secreto, y que él había oído en la tertulia del Café España. « En un manicomio había un hombre que daba unos discursos magníficos sobre la sociedad y el gobierno de los hombres. Decíase en el pueblo que si un día tenían que nombrar a un caudillo que les dirigiera, le escogerían a él, pues lo exponía todo tan bien. En fin, preguntábale la gente que quién era él para hablar así. Y él a todos respondía que era Dios Todopoderoso. De donde dedujeron los oyentes, o bien que ese hombre era un impostor, o bien que no era el pobre más que un loco, pues no se podían creer que el Mesías hubiera descendido de nuevo del cielo para habitar entre los hombres. Ese impostor o ese loco tenía un nombre: Francisco Franco Bahamonde. »

"Y yo que luché para que eligieran a ese hombre en Salamanca," musitó Gonzalo, tristemente. Se había puesto a las órdenes de aquel hombre, aquel muñeco escogido por las fuerzas invisibles del capitalismo. Lo había hecho porque

había prometido ese impostor que iba a devolverles España, una España regenerada por la sangre (esas fueron sus promesas.) Él acudió a la llamada y luchó por ese Caudillo. Y continuó combatiendo por ese ideal, que no era más que el ideal de las clases privilegiadas, "Familia, Religión y Hacienda."

Y ahora lo sabía todo. Luchó y perdió. Cayó en un pozo de contradicciones insolubles. Sí, lo sabe. Y porque lo sabe y le duele, llora. Sí, a menudo se pone a llorar. Como ahora, esta mañana temprano de otoño, en la intimidad de su cuarto de baño.

CAPÍTULO 21

Más tarde, al salir del baño, bien aseado y oliendo a masaje “Varón Dandy”, encontró a su mujer sentada en la cama, unas cuentas de amatista entre los dedos, murmurando una oración. La comedia cotidiana. A veces la acompañaba en el Santo Rosario, para no ofenderla o herir sus sentimientos religiosos. Él había dejado de creer en Dios, ella lo sabía: y no había perdido la esperanza de reconvertirle, hacer de un renegado un siervo de nuevo, a quien ella conduciría de la mano por el Camino hacia Nuestro Padre Celestial.

No, no era aquello hipocresía de parte de Gonzalo. Simplemente, uniéndose a ella en la oración, quería evitarla un nuevo sufrimiento. Y se lo evitaba. Le seguía la corriente. Además, ¿cómo explicar a aquella dulce muñeca vacía que no hay más que una realidad, la materia infinita, y que no existe ni reino de los cielos ni el infierno tan temido, ni mucho menos un padre celestial? Mejor dejarla que continuase creyendo, rezase el rosario, fuera a misa, la novena, ejercicios, confesiones, el sacramento de la comunión cada domingo, y a veces más, si eso le servía a la pobre de algo. Y llegado el caso, ¿por qué no rezar con ella si con ello al menos la contentaba, le daba un placer, él que era de costumbre tan morugo? Pues había verdaderamente tan poquito que él podía ya hacer para hacerla feliz.

Se dejó caer pesadamente en el sofá otomano y contempló a su mujer según contaba las cuentas de su rosario. Mostraba ella también un aspecto cansado, el rostro ligeramente ajado, denotando que iba ya entrando en años. Sin embargo, bajo el camisón transparente su cuerpo era todavía hermoso. Recordó que cuando la vio por primera vez, en las islas, le había parecido una divinidad, en traje de baño ajustado, un bronceado africano y el cabello tan negro que parecía azul marino en el sol; negro con reflejos diamantinos a la luz de la luna, aquellas noches tropicales durante las prácticas de alférez de complemento en las Canarias.

“¿Sufrirá ella como yo sufro? - pensó para sí - ¡Bah! No lo llegaré a saber nunca; siempre ha sido imposible penetrar sus pensamientos; desde el primer día. ¡Si hubiéramos tenido un hijo!”

Recordó que la había visto llorar en secreto, y si no llorar, suspirar tristemente, muchas veces. Una vez había querido saber la causa, y ella no respondió. Luego ya, si la encontraba sollozando, o veía en sus ojos las trazas de lágrimas, disimulaba, carraspeaba un poco y hacía como que no la había visto.

Terminó aquella mañana de ajustarse la pierna, y apoyándose esta vez en un bastón, se levantó y, corriendo un poco la cortina, miró a la calle. – Otra vez lloviendo – dijo, a media voz -, el invierno se nos echa encima.

Salió al pasillo. Se sentía muy cansado, a pesar del baño. Todo en el piso olía a riqueza bien atendida: los muebles encerados, cortinas de raso y tapices antiguos que parecían no haber conocido nunca el polvo, alfombras de manufactura inglesa, los brillantes candelabros de plata, las bibliotecas de caoba con libros de encuadernación perfecta, las vitrinas con cristalería de Bohemia y preciosos objetos de marfil, jarrones chinescos, lienzos de los grandes maestros y gustosas acuarelas; hasta los radiadores de la calefacción, ocultos tras unas compuertas de alambre de cobre (con sus repisas de mármol rosa donde se veían estatuillas de pura cerámica y otras cosas) parecían ornamentos de lujo más que objetos de utilidad.

En el comedor había un cuadro de la Última Cena, con un Jesús de masculina hermosura acariciando a un bellissimo San Juan Evangelista, débil como una doncella, mientras que al otro extremo un Judas Iscariote muy feo separábase ostensiblemente de los otros Apóstoles, el ceño fruncido, la bolsa apretada en la mano. Contempló el cuadro, suprimiendo una cínica sonrisa. “Hay que ver qué cuentos nos cuentan,” se dijo, sentándose en una silla.

Una criada estaba frotando unos candelabros, al otro lado de una doble puerta abierta, en el salón. Otra entró en el comedor en aquel mismo momento. Las dos desearon los buenos días al señorito. La de más edad empezó a servirle el desayuno, que él apenas tocó.

-Tiene que comer más, señorito – se atrevió a decirle la sirvienta -. Se está usted quedando en la nada. - Era una mujer del pueblo, que ya había estado al servicio de doña Crisóstoma, y que había conocido al señorito de niño.

-Por favor, Rufa, déjame – contestó como quien repite una canción -, que ya sé yo lo que me hago. – Empujó el resto del desayuno a un lado, y aproximó la bandeja de los periódicos. “Nuestro Movimiento Nacional -(empezó a leer para sí)-, órgano dedicado a inspirar los rumbos del destino histórico. La gran transcendencia del Movimiento Nacional es causa y estímulo de la vida pública, instrumento decisivo de la voluntad del pueblo español en su afán de...”

Hizo una mueca de disgusto. – Palabras, nada más que palabras, palabras – dijo -. Ésta es la realidad de España hoy, ¡peor que una pesadilla! – Y continuó leyendo: “...en su seno acoge toda la inquietud política que significa un afán de unidad y grandeza de la Patria, y ha sido siempre vanguardia y paladín de todo impulso y reforma acertada de la estructura social, laboral y económica, heredera de una experiencia política aquilatada y en su continuo contacto con el pueblo y sus problemas, en una esforzada tarea de gobierno y responsabilidad que forman la realidad nacional, abnegados luchadores en cuyo historial sublime podemos encontrar relevantes páginas de nuestro Movimiento. Dialogaremos sobre la temática nacional, de amplio contenido en esta etapa de desarrollo. La problemática que va a ser objeto de nuestro estudio no se circunscribe, sino que avanzará y abarcará a todas y cada una de sus dimensiones. Las vertientes actuales de la vida laboral serán retenidas y conscientemente consideradas, con afán de perfeccionamiento y superación....”

Arrojó el ARRIBA con enfado al otro extremo de la mesa. – Y ¡éste es el periódico que yo contribuí a fundar! – exclamó. Recordó aquellos días del otoño de 1936 (ya muerto en campaña el camarada Onésimo), su llegada a Pamplona, sus compañeros Ridruejo y Laín, y el sacerdote falangista que dirigía el periódico, pistolón a la cintura. Momentos aciagos de enorme peligro que habían desembocado en **esto**.

Gonzalo Beltrán, camarada camisa vieja, se había salido del partido, no para irse al Opus Dei, como otros, sino abandonando enteramente el fascismo, del cual había estado separándose desde el momento mismo de su vuelta a Valladolid de la guerra, herido de cuerpo y alma. Con todo, él había conservado su círculo de amistades, con quienes se reunía de vez en cuando en el Círculo Militar del Duque de la Victoria. Y continuaba leyendo la prensa del partido (todos los periódicos eran de derechas, ARRIBA, ALCÁZAR, ABC, DIARIO REGIONAL, EL NORTE DE CASTILLA.) Los mismos o parecidos artículos en todas partes, la misma retórica al pasar de los años, idénticas mentiras, las amenazas, los engaños, los mismos discursos de siempre.

Cogió otro periódico. Lo hojeó. Luego otro. Lo mismo. Estaban todos llenos de fotografías del Caudillo. Con uno u otro uniforme. Apretado éste. Grueso él, siempre risueño, y con el bigotito. Levantando el brazo en el aire, la mano extendida, como una marioneta, un payaso de circo. «Propugnamos la justicia social más amplia y generosa que haya reivindicado jamás movimiento alguno acaudillado... » Cuando terminó de leer el discurso del día, pasó a la segunda página. Debió de encontrar algo en ella que le excitó un poquito, pues sus ojos se animaron, según leía: “En estos días el aparato de agitación y propaganda del partido comunista soviético, sus filiales internacionales, sus asociados izquierdistas, compañeros de viaje, y tontos de turno están orquestando una campaña en favor del terrorista Julio Gómez Iturralde, caído en las mallas de la justicia, y que intentó suicidarse saltando del cuarto piso de la Comisaría de Centro, donde había sido conducido por Agentes de la Brigada Político Social. No faltan ahora (y ello es cosa que no nos puede sorprender) ni las falsedades sobre este intento frustrado de suicidio o fuga, ni el coro de plañideras, ni los resonadores *humanitarios* de Praga y Moscú.”

A continuación venía un artículo sobre el terrorista en cuestión, el cual había sido acusado con otros tres, uno de ellos una mujer, de haber participado en “actividades con fines subversivos desarrolladas en complejos industriales de la ciudad, incluyendo el reparto de octavillas con llamadas a la huelga general, para protestar contra la carestía de la vida, y al boicoteo de espectáculos y transportes públicos; el porte de armas, y otros actos criminales y terroristas; delitos todos ellos

comprendidos en el Decreto-Ley sobre la rebelión militar y la represión del bandidaje y el terrorismo.”

Unos minutos más tarde Beltrán volvió a la habitación, besó a Anamari en la frente, y otra vez muy despacito salió al pasillo, atravesó el salón, y diciendo adiós a una criada que había venido a abrirle la puerta, salió del piso. Bajó por la alfombrada escalera al principal, donde tenía el despacho, atardándose unos segundos en cada descansillo. Su lentitud no era debida sólo a su invalidez, sino que a ella se añadía esa tiritona odiosa que le había invadido últimamente, una pesadez de origen nervioso que avanzaba implacable con la edad y que (lo sabía) terminaría paralizándole por completo un día.

Al llegar al principal, se paró unos segundos. Aquel ejercicio, que era el único que hacía en todo el día, le agotaba; y no quería que Pedraza, el apoderado, le viera entrar resoplando como un viejo.

-¡Buenos días, don Gonzalo! – le gritó la recepcionista, en cuanto le vio entrar.

Al instante se oyó una carrera en el pasillo, y se vio aparecer la enorme figura del señor Pedraza, que venía a desear los buenos días al patrón. Inmediatamente el cuerpo del señor letrado se irguió como empujado por un resorte invisible y milagroso. La expresión de fatiga había desaparecido para dar paso a una especie de tensión concentrada y profesional. Respondió al “buenos días” del encargado con un aire de imperio y una voz que parecía salir de un cuerpo sano y una mente despejada: - Muy buenos días, Pedraza.

-Don Gonzalo – le decía el gordo empleado, siguiéndole -, ¿quiere ver el expediente de que hablábamos anoche? – Era él el que resoplaba ahora, con aire medroso y excitado.

-No, déjalo. Ya te llamaré – contestó don Gonzalo, entrando en su despacho.

Era una enorme sala que ocupaba, ella sola, casi la mitad del piso, con tres amplios balcones, que daban a Miguel Íscar, y toda ella alfombrada y con muebles de época.

Se había parado nada más entrar, apoyando la espalda contra la puerta cerrada. Sacó un frasquito diminuto del bolsillo del chaleco, agarró con dos dedos una bolita de algodón, tomó una píldora roja; lo cerró; luego un tubito metálico, del que tomó una tableta blanca. Se fue con ellas en la mano hacía un mueble bar, donde había de todo: coñac, anís, ponche, Licor 43, y una botella de whisky que le había traído un cliente amigo de Inglaterra. Cogió una botella de agua mineral y un vaso, y con ellos (tableta y píldora todavía en la mano) se dirigió a su mesa de despacho. Se sentó, tomó las medicinas, bebió mucha agua, y abrió un cajón de cuyo fondo secreto extrajo una revista pornográfica que también le había traído el cliente del extranjero. Se quitó la gafas, sacó otras del bolsillo y, con una gamucita amarilla bien doblada y ultralimpia que tenía en el estuche, estuvo frotando los lentes un ratito, los miró luego al trasluz, y se puso a hojear la revista. Era el único exceso (con la pipa) que se permitía. Al cabo de una hora, puso la revista en su compartimiento, volvió a echar la llave al cajón, descolgó el teléfono interior, y llamó a su secretaria. Se oyó el golpe a la puerta.

-¡Sí!

Y entró Emilita, cuadernillo y afilados lapiceros a mano. – Dígame.

-No – dijo don Gonzalo -. Tráeme antes el expediente de esos norteamericanos de la semana pasada.

-Entendido, don Gonzalo – media vuelta -. Al instante.

Cuando la joven volvió con el expediente y otros papeles, le dictó el jefe unas cartas y despidióla, diciendo que se volviera a llevar sus papeles y dejara lo otro con él. Y de nuevo se quedó Beltrán solo con sus pensamientos. ¡Increíble! ¡Cómo odiaba él hoy día eso que todavía llamaba la Ciencia del Derecho! Había pensado antaño que era éste el más digno y el mejor de cuantos inventos o descubrimientos

había hecho el hombre. El Orden. El respeto de la Ley. ¡He ahí el Salvaje transformado en Superhombre! Era el Derecho que había creado la Sociedad, el Derecho árbitro en las disputas y conflictos entre los humanos, hijos todos ellos del Sumo Hacedor. El estudio, la ponderación, la justicia, todo se debía al Derecho humano y divino. Defensor del orden social. Preservador de la propiedad privada, la más sagrada e inviolable de todas las instituciones. Los mismos Papas lo habían dicho. Había él pensado, en sus días de estudiante, hacerse juez, preparar las oposiciones en una academia de la Acera de Recoletos (hoy día Avenida del Generalísimo), y entrar en la judicatura, y hasta llegar al Tribunal Supremo. Luego vino la política, su amistad con Onésimo Redondo, las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, el fascismo, la sublevación, Salamanca, la guerra; y entonces ya las batallas, el Alto de los Leones, Brunete, y su caída fatal a orillas del río Ebro. Su padre había salido huyendo (huyendo de las derechas, ¡qué paradoja!) y él se encontró con el despacho abandonado: este mismo bufete, aunque más pequeño. ¡Honorable señor letrado don Gonzalo! ¡Veinte años! Menos había él necesitado para comprender (practicándolo) que el Derecho es todo menos una ciencia justa, fundamentada, razonable, legítima. Es el Derecho una red que a los pequeños atrapa y la cual los peces gordos destruyen con suma facilidad: lo había dicho Solón, el primer legislador cuyo nombre es conocido de toda esa gloriosa civilización occidental que empieza con la Grecia antigua. O bien (como dijera Rousseau veintitres siglos después) mero instrumento que utiliza el poder instituido para mantener al pobre en su miseria y al rico en su estado de usurpación.

Una arruga profunda apareció en su frente, que no era como las otras, paralela a las dos cejas, sino que seguía la redondez del craneo haciéndose bien profunda en el entrecejo, roja y abultada, como si tuviera un acceso de fiebre. Se acarició la cabeza con la palma de la mano, como tomándose el pulso. Tenía mucho miedo de caer. Había estado, aquella mañana, entrando poco a poco en el terreno de los pensamientos peligrosos, peligrosísimos, y sabía que tenía que cambiar de rumbo, dejar aquello muy de prisa. Si no, terminaría poniéndose muy enfermo, como aquella vez que le tuvieron que llevar corriendo a la clínica de un famoso doctor que había estudiado en Boston.

Cogió el expediente de los norteamericanos que le había traído Emilita. Recordó la actitud de pistoleros con que habían llegado aquellos abogados neoyorquinos (tres en número), recomendados por un obispo ligado a la Falange. Los tres eran altos, gordos, babosos, con cara de niños salvajes. Tres veces habían hecho el viaje a través del Atlántico en otras tantas semanas, cruzando el Charco en avión. Y en el tercer viaje se habían deshecho los tres energúmenos en alabanzas y felicitaciones. “*What a success, Gonsalo!*” ¡Qué éxito! ¡Cómo no iban a haber tenido sus gestiones éxito, si se trataba de un simple contrato de compraventa y los clientes de esos abogados norteamericanos hubieran pagado el oro y el moro por ello, todo lo que la otra parte hubiera exigido, tratándose de dinero!

“Bien – se dijo -, ya sólo falta hacer la factura.”

Durante el almuerzo, su mujer, que acababa de hojear el periódico, preguntó:
- Bien mío, dime: ¿has leído que van a autorizar a los terroristas esos que escojan sus propios abogados?

Él pareció no haberla oído, y ella insistió: - ¿No te parece un poco excesivo, eso ya?

-Se trata de dar a la represión una forma nueva – contestó él, sin mirarla.

-Alma mía, no te comprendo – dijo ella, sorprendida -. Perdona.

-Un Estado de Derecho – prosiguió él, didáctico -, no puede legítimamente condenar por rebelión militar, en un tribunal militar, a unos acusados civiles cuya defensa se encomiende de oficio a un oficial del mismo ejército que acusa, cariño, como se ha venido haciendo hasta ahora.

-¡Ah! – exclamó la bella Anamari.

-Por eso, nena, han decidido ahora las autoridades que se autorizarán, de ahora en adelante, abogados defensores civiles – dijo Gonzalo, parándose para

encender la pipa -. Y eso, a pesar de que el tribunal **es** militar, y los fiscales son del Ejército; todo como en los sumarísimos de siempre.

Anamari le miró con expresión tan confusa que él no tuvo más remedio que añadir: - ¿Me has entendido?

-Me pregunto – contestó ella, evitando la pregunta – que si habrá alguien que se atreva a defenderlos.

Por un buen rato Gonzalo permaneció en silencio, chupando la pipa. Y era él el que tenía ahora una expresión extraña, confusa. Esperó a que salieran las criadas, una de ellas la Rufa, que señaló respetuosa al señorito que no estaba probando bocado. Luego, como despertando de un sueño, preguntó a su siempre hermosa esposa : - ¿Por qué dices eso?

Anamari, que se había olvidado momentáneamente de lo que había estado diciendo, recapacitó un instante. - ¡Ah, sí! – dijo -. No sé. Pero no creo que haya ningún abogado que lo tome a cargo.

-Y ¿por qué no?

Aquella noche, en la oscuridad de la habitación, Beltrán volvió a pensar en los encarcelados terroristas. La idea de que por primera vez la oportunidad se le presentaba de hacer algo que pudiera situarle en posición de argumentar contra un régimen que había sostenido él hasta el crimen, y que había llegado a odiar, le llenó el alma de un sentimiento extraño de euforia, una droga, un deseo intenso irresistible que le alteraba y le transformaba en un ser diferente del que había sido. ¡Oh, hacer ver cuán horrible era todo, todo, todo y..., sobre todo, poder aclarar sus propios pensamientos y deseos! Incluso si tuviera que hacerlo en público, y le costara... Sabe Dios lo que le iba a costar todo aquello; pero lo haría: saldría adelante ese algo bueno que todavía tenía dentro de sí, o creía tener. La idea le vino una y otra vez a la mente, y con tal fuerza, que tuvo que levantarse, vestirse y salir a la calle a dar una vuelta, a ver si en el frío de la noche se le pasaba la agitación.

A la mañana siguiente, después de haber dictado ya para todo el día a su secretaria, fumando una pipa mientras hojeaba una docena de documentos, llamó al apoderado, y le dijo: - Pedraza, coge este expediente, y encárgate tú de recibir a don Jaime. Y asegúrate de que no te comprometes a nada, ni das la menor garantía. Le dices que le enviaremos una opinión por escrito la semana que viene.

Después de asentir a todo con la cabeza, y emitir un “Sí, don Gonzalo” muy tímido, el gordo empleado preguntó: - ¿Va a salir don Gonzalo?

-Sí. Di a Hilario que saque el Mercedes.

-Como usted mande – contestó el otro, inclinando la cabeza.

Ya en el automóvil, don Gonzalo ordenó al chófer: - ¡A la Prisión Provincial!
¡Deprisa!

FIN

de la séptima novela
de la saga

Fernando García Izquierdo
9, rue Vernet
78150 LE CHESNAY
Francia
Tel. 00 33 1 39 54 01 98
E-mail fg.izquierdo@yahoo.es

